

$3.99 U.S.

LO MEJOR DE DOS MUNDOS

Lindsay Armstrong

Lo mejor de dos mundos

La vida de Roz Milroy era aparentemente tranquila y ordenada. Estaba casada con Adam, un hombre atractivo que la había rodeado de comodidades materiales. Pero las cosas entre ellos no iban bien. Tal vez porque su matrimonio se había llevado a cabo bajo unas circunstancias poco comunes. Por el bien de Roz, Adam sugirió una separación temporal, pero eso no era lo que ella quería.

¿Cómo podría reconquistar el amor de su marido? ¿Sería demasiado tarde?

CAPÍTULO 1

Roz Milroy se estremeció cuando se abrió la puerta de su habitación, pero se tranquilizó al ver que era Milly Barker la que asomaba la cabeza y decía:

-Adam está en camino, Roz. Acaban de llamar desde la oficina. ¿Quieres que te traiga algo mientras tanto? Jeanette dice que estás lista.

-No, gracias, Milly, voy a bajar... -titubeó un momento-. Pensándolo bien, creo que tomaré algo aquí, si no te importa -añadió.

-Estoy aquí para servirte -dijo la otra mujer con tono alegre, mientras entraba en la habitación. Era una mujer muy bajita, de mediana edad, que llevaba el pelo castaño corto y rizado y unos enormes anteojos a través de los cuales parecía ver el mundo con dificultad; pero en los dos años que llevaban juntas, Roz se había dado cuenta de que a Milly Barker casi nunca se le escapaba ningún detalle. También era un ama de llaves excelente-. ¿Qué te apetece tomar? Por cierto, creo que te favorece mucho el rojo, y Jeanette te ha mirado muy bien. ¡Vaya! Está sonando el teléfono de nuevo. ¿Un jerez?

-Prefiero ginebra con tónica -dijo Roz con cierto tono de duda en la voz, como si esperara que su petición no fuera bien recibida. Pero la señorita Barker no dijo nada y salió rápidamente de la habitación.

Unos minutos después, Jeanette le llevó la botella de ginebra y una tónica y le dijo:

-Han llamado otra vez desde la oficina del señor Milroy. Parece que ha surgido algún imprevisto y que se retrasará un poco. Aquí tiene su bebida.

-Gracias, Jeanette –Roz aceptó el vaso con una sonrisa-. Supongo que hay mucha actividad abajo.

-Así es -respondió Jeanette, con una mueca de su cara redonda y poco agraciada-. Ya no sé dónde meterme. Ha hecho usted bien en quedarse aquí arriba. Milly está convencida de que todos lo ayudantes contratados para la ocasión no hacen más que entorpecer su trabajo. Lo que necesitamos es que llegue el señor Milroy. Eso calmará un poco la situación.

Roz miró a la mujer con extrañeza y se preguntó por qué no le molestaba que Jeanette pensara que el sol no brillaba sin Adam Milroy y que no hiciera ningún esfuerzo por ocultar su admiración. Pero desde que Jeanette fue contratada como ayudante de Milly y también para ocuparse del guardarropa de Roz, se habían hecho

casi amigas; probablemente porque eran de la misma edad y ambas tímidas e inexpertas. Pero de cualquier manera, a Roz le hacía gracia tanta sinceridad y dedicación.

-Tal vez sea yo quien tenga que bajar a poner un poco de orden, ¿no crees?

-¡Oh no! -Jeanette parecía sobresaltada-. Usted no tiene que preocuparse por los preparativos. Es su cumpleaños; además es el trabajo de Milly y lo hace muy bien. Ella podría encargarse del doble de invitados sin ningún problema, pero... en las reuniones familiares... usted sabe lo especial que es la madre del señor Milroy, y también su hermana, la señorita Whatney -añadió Jeanette, ponien do los ojos en blanco.

Roz sonrió sin ganas pero la chica continuó:

-De modo que su trabajo, mientras nosotras atendemos a los invitados, es ser la anfitriona; y estoy segura de que no es fácil. Es muy importante para el señor Milroy que usted esté a su lado serena y hermosa. Es como la joya de esta casa -afirmó la empleada con fervor.

-Muchas gracias, Jeanette, pero no sé qué haría sin ti -agregó Roz, sonriente.

Jeanette le aseguró que todo saldría bien, y después bajó para ayudar a Milly.

Roz se acercó a la ventana con el vaso y reflexionó sobre lo que había dicho la criada. Ella también se sentía juzgada en todas las reuniones familiares.

El sol se estaba poniendo en el horizonte, y los alrededores de la casa estaban iluminados con farolillos de colores. El edificio tenía dos pisos y un amplio porche con columnas a su alrededor. Las habitaciones del piso superior tenían grandes balcones que se abrían sobre la propiedad de ochenta acres conocida como Pequeño Werrington.

-¿Por qué pequeño? -le había preguntado Roz a Adam en una ocasión.

-Se llama como la propiedad familiar que perdimos a causa de una larga temporada de sequía que hizo que bajara la calidad y el precio de la carne. Pero tenía ochenta mil acres.

-¿Fue allí donde te criaste?

-Sí, la gran mayoría de nosotros creció allí.

-¿Nunca lo echas de menos?

-No. Fue... otra etapa de mi vida, supongo.

Ella había pensado entonces, que quizás su matrimonio sólo era otra etapa de su vida.

Bebió un trago de su vaso y recordó que ese día cumplía veintiún años. El cielo iba oscureciéndose progresivamente y las

tierras de Pequeño Werrington se iban quedando en sombra. La gran mansión estaba ubicada a medio camino entre Brisbane y la Costa Dorada, sólo media hora de trayecto en coche hasta Brisbane, donde Adam tenía su oficina, o media hora en dirección contraria hasta llegar a la playa, a la vida nocturna, elegante y exótica de *Surfers's Paradise.*

-Lo mejor de dos mundos -murmuró, y se alejó de la ventana para mirarse al espejo, casi en la penumbra.

El vestido que llevaba era de color rojo rubí, con una falda larga y un corpiño ajustado con un pequeño volante sobre el pecho y los hombros. También llevaba un brazalete de oro y diamantes en la muñeca derecha; regalo de Adam por su cumpleaños. Roz había empezado a conocer de cerca el lujo, cuando se casó con Adam.

A juego con el vestido, llevaba unas sandalias de tacón muy alto, y en la mano su anillo de compromiso: un rubí ovalado rodeado de diamantes.

Se miró, complacida, en el espejo. Milly le había dicho que el rojo le sentaba bien; era cierto, por el contraste del color con su piel blanca. Jeanette había elegido la tela adecuada y el corte más sobrio y le había dicho:

-El señor Milroy no desea que usted lleve algo extravagante.

«Tenía razón», pensó Roz. Al señor Milroy le gustaba la elegancia sencilla, sin adornos llamativos o detalles exagerados. Y era habitual que en aquella casa siempre se intentaba satisfacer sus deseos, en especial en todo lo referente a la segunda señora Milroy.

Suspiró y bebió un trago de ginebra, sabía que era inútil darle más vueltas a ese asunto. Hubiera deseado no haber escuchado las palabras de Jeanette sobre su papel en la vida. La única misión de Roz era prepararse para ser una buena anfitriona, estar siempre bien arreglada, y ser siempre vigilada por los demás y no tener nunca exceso de trabajo. Su papel era ser presentada y admirada, como una joya más en la casa de su marido, pero...

Un ruido detrás de ella la sobresaltó y un poco de ginebra se derramó en el suelo de la habitación; se dio media vuelta para mirar en la penumbra.

-¿Adam?

-Sí. ¿Por qué estás a oscuras?

-No me había dado cuenta -contestó con voz entrecortada. Oyó un ruido y la luz se encendió, Roz tuvo que parpadear varias veces y entrecerrar los ojos para poder ver.

-Bueno -dijo Adam Milroy, apoyándose en el marco de la puerta-, estás estupenda, Roz.

-Eso me han dicho Milly y Jeanette, gracias -replicó de manera forzada, y sus miradas se encontraron un instante, antes de que ella

bajara sus espesas pestañas.

-¿Qué te pasa, querida?

Roz se estremeció.

-Nada -respondió y tomó un trago, después revisó su vestido para ver si se había manchado de ginebra. Adam se acercó a ella hasta quedarse a un lado y Roz pensó que se parecía al Príncipe de la Noche de sus sueños de adolescente. Aunque ya tenía veintiún años no podía dejar de sentirse, muchas veces, como la protagonista de un mundo irreal, igual que cuando era niña.

Se dio la vuelta para mirar a su marido. Era un hombre alto, moreno, dieciséis años mayor que ella y con bastante más experiencia. Adam era una persona excepcional, con sentido del humor y una sonrisa brillante que a veces le quitaba el aliento y la hacía sentirse aburrida y torpe. La experiencia le había enseñado que luchar contra él no tenía sentido.

-Estoy bien -afirmó Roz y ella misma se sorprendió por la firmeza de su voz-. Bueno, tal vez sean los nervios.

-Pensé que ya habías conseguido superar esa sensación. En especial con la familia.

Roz se encogió de hombros.

-¿Qué es eso? -preguntó él mirando su vaso.

-Es ginebra con tónica.

-¿Valentía holandesa? -dijo con burla.

-No hay nada de malo en ello, ¿o sí?

Él la miró pensativamente.

-No hace mucho ni siquiera te tomabas un jerez antes de la cena.

Eso era cierto, y ella, por lo general, sólo tomaba una copa de vino en la comida.

-No vaya emborracharme. Después de todo, ya soy mayor de edad, ¿no es cierto? Así que tengo derecho a elegir lo que bebo cuándo lo bebo -alzó la voz-, ¿qué estás haciendo?

-Deshaciéndome de esto -dijo él con calma y le quitó el vaso-. No me haría ninguna gracia que te aficionaras a la ginebra -dijo mientras ponía el vaso en una mesita y después volvió a decir con suavidad-: Si realmente quieres ejercer tu mayoría de edad conozco una manera mejor -su mirada la recorrió de la cabeza a los pies.

-¿A qué te refieres? -preguntó ella-. ¿No querrás decir que...? -retrocedió, con expresión asustada.

-¿Por qué no? --contestó él fingiendo tranquilidad-. Sería cosa de adultos. Sobre todo si admites que te gusta hacer el amor conmigo, a pesar de lo que esperabas. ¿O creías que no me había dado cuenta, mi hermosa Rozalinda? Sé perfectamente que cada vez te resulta más difícil estar en mis brazos de manera pasiva, como antes de... conocer el placer que hay en ello.

La chica se retorció y entreabrió los labios, pero sus ojos se oscurecieron de cólera.

Adam parecía divertirse y alzó la mano para acariciar el contorno de la boca de su esposa con un dedo.

-Es duro tener que admitir que uno puede equivocarse, lo sé -comentó con tono de burla-. Pero me he dado cuenta de que es la mejor táctica, también -añadió, mientras su mano recorría el volante color rubí que remataba el escote del traje-, ¿no sería muy atrevido y adulto hacer esperar un momento a los invitados y acostarte conmigo ahora?

-¡No! No -exclamó Roz con disgusto, y se apartó de él-. Además, sólo es una de tus bromas.

-Ponme a prueba -se rió con cinismo.

-Tardaría mucho tiempo en volver a arreglarme -pretextó, sintiéndose confundida y tonta.

-Si es eso lo que te preocupa -le dijo, haciéndola sentirse aún más tonta- estoy seguro de que Jeanette te ayudaría con mucho gusto y...

-He estado peinándome durante una hora entera -lo interrumpió Roz secamente, pero ya más serena-. No me gustaría que tuviera que volver a peinarme, seguro que además se escandaliza si se da cuenta de por qué me he despeinado.

-¿Crees que a ella le importaría? -inquirió él, y ya no sonreía ni parecía divertirse-. Creo que te escandalizas con más facilidad que Jeanette, Roz. De hecho, supongo que ella estaría encantada. Estoy seguro de que es una romántica.

-¿Y yo no lo soy? -preguntó Roz con frialdad.

-No -le respondió-. Y estás en peligro de convertirte en una santurrona aburrida…

Ella no pudo contenerse y le propinó una sonora bofetada.

-¡Te odio! -exclamó Roz con los dientes apretados, el rostro encendido y los ojos brillantes de rabia.

Adam apretó su boca y levantó la mano para tocarse la marca roja que había surgido en su mejilla. Después se acercó a ella amenazadoramente y cogiéndola con fuerza de la muñeca, le dijo:

-No vuelvas a hacerlo, Roz.

-¡Entonces no me provoques! -exclamó con indignación, pero aún temía una reacción violenta por su parte; a pesar de ello alzó la barbilla de manera desafiante.

-Así está mejor -señaló con una sonrisa despectiva.

-¿A qué te refieres? -preguntó sorprendida.

Adam se encogió de hombros.

-Prefiero verte furiosa que fría, cortés y altanera. Pero hay algo que no debes olvidar. Hicimos un trato por varias razones, mi

querida Roz, y yo he cumplido mi parte. Tal vez deberías recordar eso.

-¡También yo he cumplido! Yo...

-¿Crees que eso es cierto? -preguntó él con aspereza.

-¡Sí!

-¿O sería más correcto decir que lo has cumplido aunque lo detestabas? -inquirió con impaciencia.

-No -murmuró ella y le temblaban los labios-. Quiero decir...

-Entonces guarda tu orgullo y tu dignidad, Roz -le dijo él con sarcasmo-. O tendré que bajarte los humos, de la mejor manera posible -añadió con suavidad y con una mirada que la hizo ruborizarse de nuevo.

-Si te refieres a lo que estoy pensando -dijo Roz con severidad-, no hay nada que puedas hacerme que no haya... -se detuvo de manera repentina y se mordió un labio.

-¿No es eso lo que piensas en realidad, o sí? -sonrió ligeramente-. Bueno, entonces -continuó Adam-, ya es hora de que te enseñe de otra manera, mi amor.

-No soy tu... -pero la interrumpió con un gesto de irritación.

-No hablemos de eso ahora, Roz.

-Tú has sacado el tema -dijo a la defensiva.

-Sí, porque estás tan tensa que saltas por nada, y cualquier cosa te entristece. Créeme, Roz, la otra solución que hay para esto no te hubiera gustado. Pensé que podrías comprenderlo y aceptarlo sin embargo, ahora parece que me he convertido en una especie de ogro.

Roz lo miró y luego bajó la mirada, sintiéndose culpable.

-Lo siento -se disculpó-, si parezco desagradecida después de todo lo que has hecho por mí es una impresión falsa. Y lamento haber sido tan tonta; trataré de enmendarme... -se ruborizó de pronto y por primera vez se dio cuenta de que podía parecer santurrona, aburrida y engreída.

-Si te relajas, te sentirás mucho mejor. No puede ser tan difícil, ¿o sí?

-No.

-Entonces olvida esta conversación y trata de divertirte esta noche. Es tu fiesta, y aunque toda mi familia esté loca, estoy seguro de que lo que quieren es verte feliz. Voy a vestirme. Termina eso -señaló el vaso de ginebra mientras salía por la puerta que comunicaba con su habitación-. Tienes razón, a los veintiún años ya puedes desenfrenarte.

Roz lo miró con ojos abiertos y confundidos.

Al principio no habían dormido en habitaciones separadas, pero con el tiempo lo habían decidido así porque Adam trabajaba

muchas veces hasta muy tarde y ella tenía dificultades para conciliar el sueño. Con una habitación distinta, él no la molestaba si ya estaba dormida. Pero Roz se daba cuenta de que dormir separada de su marido no era más que una muestra del hondo abismo que los separaba en todos los sentidos.

-Nunca -le había dicho Adam una vez-, permitas que mi familia se acerque a ti. Todos están locos, y yo los ignoro.

Roz había pensado que, aunque no tenía en cuenta sus opiniones, no los ignoraba, si no que más bien los dominaba.

Roz recordó cómo, al principio, se había sentido apabullada por el gran número de familiares de su marido, ya que ella era huérfana y tampoco tenía hermanos. Margaret, la prima de Adam, se había compadecido de ella y le había hecho un árbol genealógico de la familia. Margaret era viuda y tenía dos hijos, Amy y Richard, de dieciocho y veinte años respectivamente.

Pero aquello no había sido todo lo que Margaret había hecho por ella; también le contó algunas intimidades de la familia, y consiguió que se sintiera un poco más acompañada. Roz recordaba bien cuando le había dicho:

-Hay un genio en esta familia, y es Adam, como podrás haberte dado cuenta. Cualquiera que pueda conseguir un millón de dólares antes de los treinta años debe de ser tenido en cuenta; pero desde que éramos niños él siempre destacó entre todos. A pesar de ello, no debes olvidarte de que hay otras personas influyentes en la familia. La tía Flavia es una. Dirige una impresionante red de espionaje y se entera de todo lo que sucede. No me preguntes como, pero lo sabe.

-¿Se dedica a espiar a toda la familia? -le preguntó Roz.

-A todos, nadie se salva -respondió Margaret con tristeza-. Verás, cuando Charles se casó con ella, se la llevó a vivir a Werrington, donde vivían mi madre y la tía Elspeth, ambas hermanas de Charles. Los tres hermanos habían heredado la propiedad y vivían juntos. Flavia y mi tío tuvieron un apasionado idilio en Roma y después se casaron. Así fue cómo nos criamos todos juntos.

-Debió de ser muy difícil para Flavia.

-Supongo que sí. Casi no hablaba inglés cuando llegó; no tenía familiares propios en quienes apoyarse, y, seguramente, se sintió muy nostálgica, sin mencionar... otros obstáculos -sonrió Margaret.

-¿Sí?

-Mmm... mi madre se llevaba bien con ella y a mí siempre me ha caído bien, pero la tía Elspeth... bueno, digamos que hubo una antipatía mutua desde el primer momento y ella y Flavia estaban siempre discutiendo. Pero, volviendo al principio, la segunda persona importante de la familia, después de Flavia, es Lucía, la hermana que sigue a Adam, la mayor de las chicas.

-Yo... -Roz se detuvo.

-¿No te agrada? -le preguntó Margaret-. No te preocupes, a nosotros tampoco nos gusta mucho, cuando era niña no era tan... -hizo un gesto-. Bueno, de cualquier modo -continuó después de un momento-, se comporta como si fuera el juez supremo del gusto y la elegancia en esta familia; como la primera dama. Por cierto, ése es ahora tu papel, no dejes que ella interfiera. Y la tercera persona importante -continuó con calma-, está por nacer. Bueno, ya ha nacido, pero no creo que los demás se hayan percatado de su fuerza. Estoy hablando de Nicky.

Nicola, a la que todos llamaban Nicky, era la hermana pequeña de Adam y la nena de la familia, a los diecinueve años.

-Pero ella es muy dulce -intervino Roz, sorprendida.

-No discuto eso. Pero tengo el desagradable presentimiento de que algún día moverá cielo y tierra para obtener lo que desee, tenga derecho o no; y que incluso a Adam le será difícil controlarla.

-Creo que él la quiere mucho. En cierta medida es como su padre.

-Ése puede ser el problema, que la quiere mucho -dijo Margaret, pero luego se encogió de hombros y continuó-, espero que no te importe que te cuente las cosas de la familia de forma tan dura, pero en la última reunión familiar me dio la sensación de que te sentías perdida.

-Sí, estaba bastante liada, es verdad -dijo Roz con tristeza-. ¿No es extraño que todas las personas influyentes de la familia, sin contar a Adam, sean mujeres?

-Hay una más todavía. ¡Espera a que la tía Elspeth entre en acción! Pero puedo decirte otra cosa: cuando tú le des un heredero a Adam, nadie podrá ganarte, Roz... -Margaret sonrió con buen humor.

La ironía de esa última frase afectó a Roz, sobre todo porque ella no tenía ningún deseo de ser la primera dama de la familia. Cuando Margaret le había hecho aquellas revelaciones, Roz estuvo a punto de preguntarle acerca de la primera esposa de Adam, pero le fue imposible sacar a relucir un tema del que nunca se hablaba en la familia. A pesar de las confidencias de Margaret, evitó hacer juicios basándose en ellas. Pero era obvio que Adam quería y respetaba su prima, y que se preocupaba por el futuro de sus sobrinos, Amy y Richard, hasta el punto de haberle conseguido un puesto de trabajo a Richard. Poco a poco Roz fue dándose cuenta de que las revelaciones de Margaret respondían a la realidad. Sólo tenía dudas respecto a Nicky, a la que no podía imaginar como persona influyente en la familia.

Nicky había heredado los rasgos latinos de su madre y era una

chica morena, como sus hermanos Adam y Angelo. Este último, el quinto de los hijos de Flavia, y tan sólo contaba con veintitrés años. Algunos hijos de la familia Milroy tenían un aspecto físico absolutamente distinto, como Lucía, que era rubia.

La más pequeña poseía una personalidad alegre y brillante, solía provocar algunos problemas con su madre. Nicky quería ir vivir a un apartamento con otras compañeras de la universidad, lo que era una aspiración normal en una chica de diecinueve años, como había dicho Adam a su madre. Pero a Flavia le era difícil aceptar la decisión, y Roz tuvo que explicarle a Adam que no era fácil para su madre ver marchar al último de los hijos del hogar. Él le había contestado que Flavia era una persona muy fuerte, como lo ha demostrado en tantas ocasiones; al apartarse tan joven de su familia, al ser capaz de convivir con los Milroy, y al sobreponerse a su viudedad. A él no le cabía la menor duda de que su madre se acostumbraría rápidamente a no tener a Nicky en casa.

Roz disfrutó de su fiesta de cumpleaños mucho más de lo que había esperado. Había conseguido no preocuparse y dejar de pensar en sus problemas. Además recibió muchos regalos y se sintió, toda la noche, el centro de la reunión. Ella siempre había pensado que la familia Milroy se había llevado una gran decepción cuando Adam se casó con ella, pero aquella noche, todo parecía distinto. Sólo Flavia, su suegra, había reaccionado como siempre, observando con descaro su cintura, para ver si estaba ya embarazada. Pero a Roz no le importó demasiado porque sabía que la máxima ilusión de Flavia era un nieto de Adam.

Flavia era italiana, había tenido a Adam a los diecinueve años y después otros cinco hijos, a intervalos irregulares, para disgusto de la familia Milroy.

La noche de su cumpleaños, después de cenar, Roz estaba estaba con Flavia y Lucía mientras la banda de música empezaba tocar. Miró a su suegra, y no pudo evitar sentir admiración por ella porque en efecto, se había adaptado a la ausencia de Nicky igual que dos años antes, había aceptado ser desplazada por Roz, como señora de Pequeño Werrington.

En el salón bailaban los más jóvenes; Nicky vestida de tafetán rosa bailaba con Richard, y Angelo estaba con una rubia esplendorosa en sus brazos.

-Espero que esos dos niños no tengan planes acerca de nada. No sería apropiado -comentó Flavia.

-Angelo no es un niño, mamá -le dijo Lucía con languidez-. ¿Planes acerca de qué?

-Nada, nada -se apresuró a decir la madre y se volvió hacia Roz con una sonrisa-. ¡Mira lo que has hecho Rozalinda!

-¿Yo?

-¡Sí, tú! Has puesto de moda las fiestas de cumpleaños. Veamos, se aproxima la de Richard, luego la de Amy, después la de Nicky, sin olvidar la de Julián, el nieto mayor de mi cuñada. Estoy segura de que Elspeth estará furiosa si Adam no...

-No se dice *estará furiosa,* mamá -la interrumpió Lucía-, *se pondrá* furiosa, es mejor.

-Lucía -Flavia, que estaba excesivamente gruesa pero que debió haber sido una extraordinaria belleza en su juventud, se enderezó en la silla y continuó-, desde que yo hablo en este idioma todos han comprendido siempre lo que yo he querido decir, así que no voy a cambiar ahora. Te he dicho muchas veces que si me entiendes, ¡no me corrijas!

Lucía alzó la mirada hacia lo alto y Roz fingió interés por los que bailaban para disimular su sonrisa, porque pensaba que a pesar de que madre e hija pasaban mucho tiempo juntas, siempre tenían aquellas pequeñas disputas.

-De todos modos... -replicó Lucía, pero Adam se plantó frente a ellas y sacó a su madre a bailar.

Después se acercó Angelo con la intención de rescatar a Roz de las mujeres de la familia.

-Pensé que debía salvarte de Lucía y de mamá -le dijo con una sonrisa-. Pero en realidad tenía muchísimas ganas de bailar contigo, Roz. Siempre estás muy guapa, pero esta noche te veo maravillosa y lamento que Adam te conociera antes. ¿Sabes que oculto un corazón roto bajo este falso aire de alegría?

-¡Sí, me había dado cuenta! -respondió Roz.

-Porque bailé con otra...

-Por cierto, es guapísima.

-Lo dices para consolarme... -se lamentó Angelo y la miró fijamente. Luego agregó con ansiedad-, ¿de verdad te parece guapa?

-Sí. Y he estado charlando con ella hace un momento y me ha parecido agradable también.

-¡Me gustaría tanto que el resto de la familia coincidiera contigo! Pero los conozco demasiado bien para saber que no lo hacen.

-Bueno -titubeó Roz-, estoy segura de que estarán de acuerdo contigo en que es guapa y agradable, pero tú debes admitir que te enamoras cada dos meses de una chica distinta.

Angelo parecía ofendido, pero después soltó una carcajada y los dos se rieron juntos.

-Supongo que eso es verdad, pero esta chica me gusta más que otras. De todos modos ellos se opondrán; dirán que soy demasiado

joven para pensar en casarme o… quién sabe qué.

-Tal vez -asintió Roz con tristeza.

-Bien -dijo el muchacho-, no echemos a perder tu cumpleaños con mis problemas, querida cuñada; de hecho voy a decirte lo que haré.

-¿Qué?

-Ahora que ya hemos cenado, creo que puedo animar un poco el ambiente. No podemos tolerar -continuó con fuerza-, que degenere en una de esas veladas aburridas, propias de Lucía.

-Bueno… -Roz miraba alrededor buscando a Adam.

-¡Pero te prometo que no me tiraré por la borda! ¡Sólo cumples veintiuno, no cuarenta!

-Está bien. ¿Qué es lo que piensas hacer? No, mejor no me lo digas -agregó ella-. ¡Así puedo alegar inocencia! -y se echó a reír con alegría.

Una hora más tarde, Roz hizo una pausa en el baile sólo para recuperar el aliento; de pronto notó que alguien ponía una mano sobre su hombro y, al darse la vuelta, vio a Adam detrás de ella y se dio cuenta de que era la primera vez que pensaba en él durante todo el tiempo que había estado bailando.

-Bien -dijo Adam-, después de todo parece que te estás divirtiendo. Me alegro.

-Sí, así es. La fiesta se ha animado, ¿verdad? -dijo casi sin aliento.

-Sí. Me pregunto a quién tenemos que agradecérselo. Sospecho que a Angelo, lo vi charlando con los de la orquesta hace un rato.

-Yo no sé nada, querido -le dijo Roz con una risita.

-Ya veo-dijo su marido seriamente-. ¿También le dijiste que bajara las luces?

-Todo fue idea suya, yo no… -se detuvo al ver que Adam sonreía-. ¿Entonces no te importa? -preguntó después de un momento.

-¿Por qué habría de importarme? Todos se están divirtiendo. Hasta los Whatney -agregó él con un gesto burlón, señalando a Lucía y su apuesto marido que pasaron bailando a su lado.

-Lo que es más -dijo él mirando a los demás-, la tía Elspeth está bailando.

-¡No! ¿Con quién?

-Con Richard. Él baila con elegancia y ella está disfrutando mucho a pesar de su torpeza; parece que trata de interpretar un vals. A propósito, ¿me concede esta pieza, señora Milroy?

-Por supuesto -sonrió ella, y se acercó a sus brazos, de manera obediente.

La banda eligió ese momento para compadecerse de los

miembros más viejos de la familia y empezó a tocar una balada lenta.

Adam la estrechó más y Roz tropezó, cosa que no solía ocurrirle, pues era una buena bailarina. Estaba acostumbrada a bailar con Adam, y aunque él no comentó nada al respecto, Roz se dio cuenta de su mirada de burla mientras ella intentaba volver a coger el ritmo.

Ella se ruborizó, sabía por qué había tropezado y se dio cuenta de que él también había adivinado la razón. Se estremeció al sentir el cuerpo de Adam tan cerca del suyo. Cerró los ojos y dio gracias por las luces tenues, ya que el contacto con su esposo no sólo le había hecho perder el paso, sino también recordar la última vez que hicieron el amor. Había sido algunas noches antes, hacía mucho viento; las cortinas ondeaban hacia dentro y la habitación estaba en penumbra. Roz estaba tumbada sobre la cama, y Adam estaba a su lado, apoyado sobre un codo, acariciándole los senos, aprisionándolos entre sus manos, con deseo. Mientras, ella se debatía en una batalla que esos días perdía con frecuencia. En aquella ocasión había vuelto a perder, bajo la luz de la luna que entraba por la ventana.

Ella tragó saliva y continuó bailando mientras recordaba aquella noche, y por debajo del vestido sintió un hormigueo, como si las manos de él siguieran aún acariciándole el pecho.

Roz intentó apartar de su mente aquella visión de ella descansando en los brazos de Adam, exhausta y con el cuerpo húmedo por el sudor, pero aún estremecida por el placer. Adam le preguntó súbitamente en qué estaba pensando; se encogió de hombros y contestó que en nada. Aquella pregunta consiguió apartar definitivamente de su cabeza la imagen de aquella noche y pudo seguir bailando sin volver a equivocarse. De pronto, una luz se encendió y cayó directamente sobre ellos. La banda inició un redoble de tambor y empezó a tocar la música de *Cumpleaños Feliz.* Roz se sintió indefensa.

-¡Oh! -suspiró, pero Adam se inclinó hacia ella y la besó.

-Que cumplas muchos más, Roz -le deseó al apartar su boca de la de ella.

-Gracias -logró murmurar, se sentía culpable-. No esperaba... quiero decir...

-Angelo y yo nos confabulamos -murmuró él.

-Angelo es... los dos sois muy... -pero fue rodeada, abrazada y besada por todos-. ¡No sé qué decir! -expresó al fin-. Muchas gracias a todos. Yo...

Pero no tuvo oportunidad de decir nada, porque la banda comenzó a tocar *Porque es una chica excelente,* y todos la cantaron

como realmente lo pensaran, y brindaron con champán. De pronto Roz pensó que quizás no les cayera tan mal, que tal vez la querían. Miró a Adam, pero él se había vuelto para hablar con su madre, que estaba rebosante de alegría; el sentimiento de culpa volvió a aparecer en su ánimo, junto al calor y la algarabía.

Jeanette subió las escaleras con Roz cuando terminó la fiesta.

-No necesitas hacerlo. Yo puedo desvestirme sin ti para ir a cama -protestó, pero la doncella contestó que era parte de su trabajo.

-Tu madre te enseñó bien -murmuró Roz. La madre de Jeanette había tenido un empleo similar con una amiga de Flavia, y fue ésta quien le había sugerido a Adam que su mujer podría necesitar ayuda y le recomendó a Jeanette. Pero en el fondo, aunque estaba muy contenta de la compañía de su doncella, Roz pensaba que estaba desperdiciando su talento, y trataba de convencerla de que hiciera un curso de diseño de moda. Sin embargo, Jeanette tomaba sus responsabilidades muy en serio, como lo demostraba el hecho de insistir, una vez que Roz se había puesto el camisón, en cepillarle el pelo.

-Es tan hermoso -dijo mientras deslizaba el cepillo sobre la melena rubia que casi alcanzaba su cintura-, sería una lástima no cuidarlo de manera adecuada. ¿Se siente mejor ahora?

Roz la miró con seriedad a través del espejo, luego le dijo con tono de broma:

-Sí, mamá.

-Bien.

-Estoy mejor. Gracias. Creo que hace unas horas te dije que no sé qué haría sin ti.

-¡Qué tontería! -protestó la doncella, pero se sintió halagada. Después observó la habitación con detenimiento para ver si había olvidado guardar alguna cosa, pero todo estaba en orden-. ¿Podrá usted dormir?¿Quiere que le traiga algo? El señor Milroy está aquí, pero...

-Estaré bien, Jeanette. Buenas noches.

De nuevo estaba sola. Roz titubeó antes de meterse en la cama y se preguntó si Adam ya habría subido. La puerta que comunicaba sus dormitorios estaba cerrada. Después se encogió de hombros y apagó las lámparas. Se sentó en la cama, abrazándose las rodillas, y reflexionó sobre la fiesta de cumpleaños y sobre su extraña mezcla de sentimientos. Pero su preocupación principal era cómo iba a tratarla Adam después. ¿Sería irónico y burlón como lo había sido en su primer encuentro de la noche? Después se había comportado

de manera muy distinta; incluso parecía contento de verla feliz. Roz se preguntó cómo reaccionaría ella y qué sentiría si él se presentaba en su habitación.

Se mordió un labio y, de pronto, la puerta que separaba las dos habitaciones se abrió.

CAPÍTULO 2

ROZ movió la cabeza hasta que su mejilla quedó apoyada sobre sus rodillas y vio cómo su marido se acercaba a la cama. El se había quitado la chaqueta y la corbata, llevaba la camisa abierta y las mangas enrolladas; su pelo oscuro le caía sobre la frente.

-¿No estás cansada? -le preguntó.

-Sí -murmuró ella.

-Pero no puedes dormir.

-No lo he intentado. ¿Has venido a...? -se quedó callada súbitamente, arrepentida de lo que iba a decir.

-¿Te gustaría que lo hiciera, Roz? -su mirada era sombría. Ella levantó la cabeza y miró hacia otro lado, pero algo pareció aclararse en su mente y dijo:

-Me gustaría poder complacerte en todo. Quiero enmendarme por ser tan... tonta. Sí, me gustaría hacer el amor contigo, ahora.

Adam se quedó en silencio tanto tiempo que ella sintió que no iba a poder soportar la tensión de sus nervios. Pero aún fue peor cuando él dijo con aspereza:

-Bueno, es un nuevo cambio. ¿Cómo crees que te sentirás mañana si hacemos el amor ahora?

-¿A qué te refieres? -sus ojos se abrieron más.

Una sonrisa helada apareció en sus labios.

-Quiero decir que si crees que eso te hará sentir mejor. ¿Podrás aceptarlo de un modo diferente, o sólo lo harías como si cumplieras con una obligación?

Ella lo miró con fijeza y comenzó a percatarse de que había cometido un terrible error.

-¿Roz?

Ella se humedeció los labios y comenzó a sentir el pulso en la garganta.

-¿Crees que no sé cómo te sientes después de hacer el amor? -le preguntó Adam con brusquedad-. Te odias a ti misma y a mí también, aunque Dios sabe por qué. Pero veras -sonrió con ironía-, te conozco bien y aunque estés agradecida no va a ser grato para ninguno de los dos. Preferiría que fueras sincera conmigo. De hecho, es lo único que puedo esperar de ti, Roz. Así que, buenas noches, querida. Si no puedes dormir, no vaciles en llamarme, te traeré algo.

Ella se puso de pie con indignación.

-Tienes razón. ¡Te odio! -exclamó, pero se contuvo para no golpearlo. Se preguntó, desesperadamente, por qué reaccionaba así.

Adam la observaba con detenimiento. La luz de la habitación

contigua iluminaba su camisón de manera que dejaba entrever el contorno de sus senos redondos, su pequeña cintura y sus esbeltas piernas.

Ella sintió que la desnudaba con la mirada y se dio cuenta de que su camisón se debía transparentar. Se dio la vuelta bruscamente y a la vez se sintió increíblemente tonta, porque él ya conocía cada centímetro de su cuerpo; la había acariciado con sus grandes manos expertas, y más, mucho más.

Roz cerró los ojos y sintió que un escalofrío la recorría desde la cabeza a los pies; pensó en lo que él podría hacerle sentir con sólo tocarla, con mirarla, si ella se lo permitiera. Después podría quedarse dormida en sus brazos como si nunca hubiera tenido pesadillas. Aquél era el motivo por el que, muchas veces, hacía cualquier cosa por mantenerse despierta y no soñar, de manera que su insomnio se había convertido en un círculo vicioso.

-Está bien -se dio la vuelta para mirado de frente-, todo lo que dices es cierto. No puedo evitado y no voy a poder cambiar. No creas que no lo he intentado, sí lo he hecho. En realidad, si quieres saberlo, me siento como... una mujer inútil, a la que tú mantienes, y pensé que apreciarías que me ganara mi manutención, por una vez -dio un paso hacia atrás, pero él no se movió; sus labios estaban pálidos y apretados.

-¡Así que has madurado, Roz! Hace dos años hubiera dudado de tus palabras.

-Tampoco era tan inocente -dijo ruborizándose, - pero lo siento, no tenía que haber dicho todo esto. Ha sido ridículo y melodramático.

-Pero sincero.

-Acabas de decirme que era eso lo que querías -murmuró.

-Continúa.

Roz levantó los hombros en un gesto de impotencia.

-Los dos sabemos por qué te casaste conmigo. Yo tenía tantos problemas…

-Así es, Roz -la interrumpió, pero su voz había cambiado parecía más cansado.

-Deja de seguir recordándome...

-¿Que yo soy el que hace que te acuerdes? Pero si eres tú quien insiste en recordarme mis canalladas, como casarme contigo para conseguir un caballo y apartarte del amor de tu vida...

-Adam -intervino ella angustiada-, yo nunca pensé que Mi chael fuese el hombre de mi vida. Pero fue un matrimonio de... de…

-¿Conveniencia? -dijo él con sarcasmo.

-Sí, ¡yo tenía tantos problemas! Dijiste que después de tu primer matrimonio te habías vuelto un escéptico respecto al amor, pero

que querías una familia...

-También dije que te quería a ti, Roz -le dijo con suavidad.

-No es lo mismo -replicó ella-. Creíste que podrías convertirme en la esposa ideal, ¿verdad?, pero sólo has conseguido una perfecta anfitriona. Y para empeorar las cosas, parece que no voy a poder proporcionarte una familia. No sé por qué, pero no acabo de quedarme embarazada, y lo siento. Quizá un hijo solucionaría nuestros problemas, creo que serías un buen padre. Pero no es demasiado tarde para ti. Sólo tienes que dejar que me vaya.

-¿Irte? -él la miró y se rió-. ¿Y a dónde vas a ir? Tal vez tenía que habértelo dicho antes, pero Michael Howard ya está casado.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó con incredulidad.

-No tiene importancia; ya han pasado dos años. Lo importante es que ese camino no está abierto para ti, en caso de que hubieras soñado con él, mi querida Roz.

-Yo... -ella intentó hablar.

-¿Me odias? Siempre lo he sabido, pero me temo que es algo que tendremos que aprender a soportar.

-¿Sabes lo que pienso? -dijo encolerizada-. Que aunque desconfías de las mujeres, no puedes soportar que haya alguna que sólo sienta indiferencia por ti...

-¿Indiferencia? -alzó las cejas.

-Sabes a qué me refiero. El problema es que estás empeñado en conseguir que me enamore de ti.

Él se quedó mirándola un momento, sin el menor asomo de enfado ante la hiriente declaración de su esposa; después sonrió con frialdad y le dijo:

-Tal vez. Me gustan los retos. Ahora que hemos aclarado esto, podemos irnos a la cama. Juntos o separados, tú eliges, Roz.

Adam se rió ante la expresión de la cara de ella; le dio un beso en la frente y murmuró:

-Así será -y se dirigió a su habitación, cerrando la puerta a su espalda.

Pasó mucho tiempo antes de que Roz se durmiera. Se despertó casi al amanecer, temblando, y sólo con un gran esfuerzo logró calmarse. Mientras amanecía, pensó en Michael Howard y se preguntó con quién se habría casado; sólo sentía curiosidad por saberlo, nunca había pensado en volver a su lado. Muchas veces Roz había deseado explicarle bien las cosas a su marido. Se revolvió entre las sábanas inquietamente, sabía que se ahogaría si permanecía un momento más en la cama. Aunque era muy temprano se vistió rápidamente.

El aire era húmedo y fresco cuando llegó a los establos; la primera persona con la que se encontró en su camino fue Lex, el encargado de la doma de caballos.

-Pensé que no madrugarías esta mañana, Roz -le dijo con una sonrisa-. ¿Fue divertida la fiesta?

-Sí, mucho, gracias. ¿Has trabajado con Nimmitabel ya?

-Está a punto de salir. ¿Quieres montarla?

-Si no te importa.

-¿Por qué habría de importarme? Eres una de las mejores amazonas que conozco. Me gustaría que estuvieras en el equipo de equitación. Y, además, es tuya -después se dio la vuelta y siguió trabajando.- Caliéntala bien, pero vigílala, está nerviosa.

-Gracias, Lex -le agradeció Roz-. ¿Voy a salir con otro caballo?

-No, llévala sola. Quiero verla en acción. Eh, Jake -llamó, y el mozo que estaba a punto de montar sobre una potranca marrón, se volvió y tocó su gorra para saludar-. La señora Milroy se la lleva -dijo Lex.

-Buenos días, señora -dijo Jake-. Está muy viva esta mañana, tenga cuidado.

-Bien -dijo Roz-, es justo lo que necesito -montó la yegua.

Veinte minutos después estaba de vuelta en el establo, con las mejillas encendidas y los ojos brillantes. Lex, que nunca demostraba mucha emoción por un caballo, a menos que valiera la pena, agitaba la cabeza en señal de entusiasmo.

-Vuela como un pájaro, Roz. Pienso que llegará a ser todo lo que tu abuelo esperaba de ella y más. Hacía mucho tiempo que no veía un caballo galopar como Nimmitabel.

Roz bajó del animal mientras todos la observaban.

-¡Gracias! -dijo casi sin aliento .- ¿Puedo cepillarla y guardarla? ¿Cuándo crees que estará lista para su primera salida?

-Dentro de un mes o algo así -respondió Lex-. Pero no tienes que...

-Quiero hacerlo -dijo Roz con firmeza.

-Pero Adam...

-Si no se entera, no puede molestarle. Vamos, Bel, sólo somos tú y yo, como antes -le dijo Roz con suavidad a la yegua.

Pero mientras se llevaba a la potranca, haciéndola caminar para enfriarla y después meterla en el establo para que comiera, se dio cuenta de que tenía que tomar una decisión.

Se dirigió hacia un lugar solitario desde donde podía ver la pista y los caballos. Reflexionó y se dio cuenta de que inconscientemente había entrado en un terreno peligroso, y el problema más grave parecía ser que había estado engañándose a si misma. Creía haber sofocado su tormenta interior respecto a Adam. Había decidido

dormir con su marido cuando él lo deseara y no armar ningún escándalo. Si después de hacer el amor se sentía mal, era sólo problema suyo. Pero estaba sorprendida de que su marido pareciera conocerla tan bien y hubiera adivinado sus intenciones y sus sentimientos más íntimos. Adam no sabía los motivos reales que la habían decidido a casarse con él. No podía echarle la culpa de nada.

Cortó una ramita y la mordisqueó mientras se preguntaba dónde y por qué se habría equivocado, por qué habrían fracasado sus mejores intenciones...

Adam Milroy había hecho su fortuna de varias formas. Era buen domador de caballos, y había hecho de ellos un negocio lucrativo. Ya desde su infancia se había sentido fascinado por los caballos, y también por la electrónica. Adam había dedicado todos sus esfuerzos a esas dos aficiones y en ambas había destacado. De hecho, había sido su debilidad por los ordenadores lo que hizo crecer su pequeño negocio de electrónica hasta convertirlo en una gran empresa.

Y eso, para un chico de campo, era digno de admiración, según decía siempre Flavia. Pero Roz sabía que la madre exageraba un poco. Werrington era una hacienda ganadera, pero los Milroy siempre habían procurado darles a sus hijos una excelente educación. Charles Milroy leía en voz alta todas las tardes y les daba clase sobre diversas materias, siempre que podía. Roz estaba enterada de aquellas clases, porque Margaret se lo había contado. Incluso decía que el señor Milroy debería haber sido maestro, en vez de ganadero, porque le interesaba mucho la literatura y la música. Roz también sabía que la práctica tía Elspeth también cooperaba en la enseñanza de los niños.

Pero el éxito en la electrónica había sido la base para que Adam pudiera desarrollar su afición por los caballos, aunque también provocó un tercer interés en su vida: las mujeres hermosas.

A pesar de obtener buenas ganancias con sus negocios de crianza y carreras, Adam tenía la obsesión de criar un verdadero campeón. Llegaba a desearlo tanto, que estaba incluso dispuesto a perder dinero por ello. Esa obsesión era la que había unido a Roz con su marido.

-La vida es muy extraña, a veces -se dijo-. Si mi abuelo... no... si mis padres no hubieran muerto y yo no me hubiese criado con mi abuelo, que era un jugador empedernido... Si no hubiera adquirido aquella yegua, Amanda Belle, la madre de Nimmitabel, para criar sementales... Si no se hubiesen incendiado nuestros establos, y mi abuelo no hubiera muerto entonces, si yo hubiera heredado algo más que una potranca huérfana, una hipoteca y deudas... no estaría aquí. Pero las cosas han sido así; dejé a Mike, sopesé las

oportunidades y tomé una decisión... ¿qué puedo hacer, más que mantenerla?

-Te has levantado muy temprano, Roz.

-Así es, Adam -respondió ella con calma mientras se servía un poco de café. Recordó que era sábado, y aunque era todavía, temprano, Adam ya estaba vestido para ir a las carreras, con un traje color azul marino y una camisa blanca aunque la chaqueta y la corbata estaban colgadas en el respaldo de su silla. Ella estaba a punto de comentar lo temprano que se habían vestido cuando él dijo:

-Lo dices con aire de resignación, Roz.

-¿Te parece? Tal vez porque eres la tercera persona que me lo dice. Milly y Jeanette ya me lo han comentado... ¡Ah!, y también Lex, o sea, que eres el cuarto que se asombra de que madrugue.

-Ya veo -él la miraba con atención y ella se preguntó si habría algo malo en su atuendo. Llevaba pantalón vaquero, botas, y una camisa de cuadros azules y amarillos; además se había recogido el pelo con una cinta. Pero rápidamente Adam centró su atención en el desayuno y le dijo-. ¿Así que no tratabas de complacerme?

-¿Complacerte?

-Como una buena esposa. Si recuerdo... la charla de anoche. -sus ojos brillaban.

-Sí, recuerdo -Roz le dio un trago a su café.

-¿O tal vez estás esperando que yo te complazca? -le preguntó con tono amable, y empezó a desayunar.

Ella se sintió impotente, débil y se preguntó cómo podía haber imaginado que vencería a Adam Milroy. Hacía sólo un rato había tomado la decisión de tratar de llevar la relación como antes, después de meditar por qué había permitido que se le fuera de las manos, por qué había demostrado sin pudor lo que sentía. La única respuesta que se le ocurría era que las palabras de Jeanette la noche anterior habían disparado todas sus emociones. Roz se preguntó si Adam aún aguardaba una respuesta a su última pregunta.

Él alzó la vista de repente y preguntó:

-¿Y bien?

-No, no esperaba que intentaras complacerme.

-Me imagino que no dormiste muy bien anoche.

Roz se humedeció los labios, lo miró de nuevo y le preguntó con firmeza:

-¿Tú sí?

-No -respondió Adam y agregó-. Roz, si crees que eres estéril, puede ser que estés equivocada. La razón por la que no te has

quedado embarazada puede ser por exceso de tensión. No, no te sorprendas. Es una posibilidad.

-Recuerdo que el médico mencionó eso, pero dos años -se encogió de hombros-, parece mucho tiempo, y no siempre... -se quedó callada.

-Si pudieras olvidado todo, quizá fuera más fácil.

-Oh, Adam -suspiró-, es fácil para ti decir eso y no pretendo ahogarme en ese problema, pero... -se detuvo y tomó aire, pensando que era la ocasión para sacar el tema otra vez-. De hecho, quería hablarte de lo que pasó anoche, lo que dije y todo eso. No sé -hizo una pausa y se estremeció, pero continuó-, no sé por qué estalló todo de esa manera, pero tal vez -trató de sonreír-, fue lo mejor. Yo me he desahogado un poco y, de todas formas, tú ya sabías lo que me pasaba, ¿no es cierto? Tú dijiste... -titubeó.

-Sigue -Adam cogió la cafetera. .

-Ahora que me doy cuenta de lo tonta que he sido, creo que puedo cambiar. Prometo que no... bueno, he estado pensando en eso esta mañana y me he odiado por... -se ruborizó.

-¿Te has odiado porque has disfrutado haciendo el amor? –le preguntó él.

-Sí -murmuró ella-. Es ridículo, ¿no es cierto?

Él sonrió por un momento.

-En realidad no. No en nuestra situación. Pero he tenido una buena idea -añadió mientras ella lo miraba confundida-. Creo que sería una sabia decisión que nos separásemos momentáneamente.

-¿Te refieres a estar alejados el uno del otro? -preguntó muy sorprendida.

-No exactamente. Pero se acercan unos meses de mucho trabajo para mí, así que estaré alejado de casa bastante tiempo y...

-¿Quieres decir que no vamos a dormir juntos porque sigues enfadado conmigo? Es eso...

-No, Roz, no es por eso. No estoy enfadado contigo. Pero necesitamos mantenemos alejados. Podrás relajarte y dejar de preocuparte acerca de si vas a quedarte embarazada.

-¿Cuántos... -la voz parecía quebrársele en la garganta - cuántos meses?

-No tenemos por qué ser tan exactos, ¿no crees? -se encogiéndose de hombros.

-¿Pero cómo vas a...? -se ruborizó y cerró los ojos, mientras él se reía; ella le dijo con tono de reproche-, sólo estaba...

-¿Expresando interés de esposa? -sonrió con ironía-. No te preocupes, ¡estaré muy ocupado!

Roz lo miró con impotencia, asombrada por el rumbo que estaban tomando las cosas. Si él le hubiese dicho aquello la noche

anterior, ella hubiera saltado de alegría, y sería un alivio olvidarse por un tiempo de la obsesión del embarazo.

-No sé qué decir. ¿Tengo otra elección?

-No, mientras te veas así.

-¿Cómo me ves? -preguntó ella.

-Asustada -le dijo Adam.

-Estoy bien... de verdad.

-Bien, yo creo que la separación te vendrá bien -dijo su marido y ella notó cierta sequedad en su voz, pero él continuó-. Nicky vendrá a quedarse una temporada a partir del martes, ¿verdad? Y también está Nimmitabel. Pronto estará lista para su primera salida, así que tendrás algo emocionante.

-Sí, sí -contestó Roz confundida-. ¿No te perderás eso?

-No -titubeó él-. Acerca de lo de Michael Howard, lamento habértelo dicho así. No soy tan viejo como para haber olvidado lo traumático que puede ser el primer amor.

-¡No fue mi amor! Quiero decir...

-Yo sé lo que se siente -sonrió ligeramente-. Te dije que Louise me dejó por un hombre mayor -se puso de pie-, seguramente más inteligente que yo, pero sobre todo más rico. No es que fuera difícil ser más rico que yo entonces, pero aquel hombre tenía mucho dinero.

-¿Y ahora? -preguntó Roz.

-¿Ahora qué? -la miró.

-¿Aún es rico?

-No... -respondió Adam.

-¿Ya no lo es?

-No lo era la última vez que supe de él; pero eso fue ya hace años. Quizás se haya recuperado.

-¿A dónde vas?

-A trabajar.

-Pero si es sábado. ¿No íbamos a ir a las carreras?

Adam la miró, se acercó a ella, se apoyó sobre la mesa y tomó la mano de Roz.

-No puedes tener insomnio toda la vida, querida. Tampoco puedes depender de mí para que te ayude a dormir. Puedes hacerlo tú sola.

-¿Así que aprenderé ahora? -preguntó y sus labios temblaron.

-Sí, Roz. Te estoy librando de todas tus obligaciones. Yo también sé lo tremendo que es no poderse relajar; tener que olvidar cuando todos los recuerdos parecen invadirte. No es que mi experiencia haya sido tan terrible como la tuya, pero hay algo en común; lo que pasó cuando yo perdí Werrington, y tú a tu abuelo, no fue culpa nuestra. Sucedió, eso es todo.

-Sí -murmuró ella-, así lo creo.

-Y el hecho de que no hayas dormido durante las últimas veinticuatro horas no va a cambiar nada.

-No, pero...

-Lo sé, yo no te he ayudado. Pero con mayor razón tenemos que hacer esto. Debes aprender a relajarte, y ésta es la mejor manera.

Roz subió a su habitación después de despedir a su marido en la puerta. Se miró al espejo. Encontró su imagen desmejorada; se sentía mareada y cansada y también un poco asustada.

Suspiró y entró en el baño para darse una ducha, después se puso su bata de seda gris con estampado de aves del paraíso y se tumbó sobre la cama para reflexionar. Pero cuando se despertó, se dio cuenta de que se había quedado dormida profundamente durante horas.

Cuando se levantó se encontró con que Nicky acababa de llegar, disculpándose porque había adelantado su visita unos cuantos días, sin avisar. Explicó que se le había acabado el dinero y por eso había decidido llegar antes.

-Nicky -le dijo Roz, sonriendo-, pasa y no pienses más en eso. A Adam no le importará. No le diremos nada si tú no quieres, y yo estoy encantada de que hayas llegado unos días antes. ¿Qué tal te han salido los exámenes? Anoche pensé que tenía que preguntártelo, pero se me olvido.

-Fatal -respondió Nicky-. Fueron muy difíciles, así que también cargo con eso en mi conciencia. Si suspendo...

-No lo harás -la consoló Roz-. No te preocupes, hasta ahora nunca has suspendido, Nicky.

-Sí, pero no he sido una buena estudiante este semestre... Roz, ¿no hay otros miembros de la familia por aquí, que puedan cotillear? ¿No está tía Margaret o mamá o ¡Dios no lo quiera! Lucía?

-No hay nadie, y no creo que vengan -le aseguró Roz.

–¿Por qué? - Nicky suspiró con alivio, y dijo cómicamente: -No puedes ni imaginarte lo que significa tener una familia tan entrometida como los Milroy. ¡Oh! -se detuvo y se ruborizó-, bueno, tú también eres parte de ella, pero tienes a Adam como amortiguador; y supongo que no tener familia debe ser triste, aunque en este momento no pueda imaginármelo, pero... oh, diablos, ¿entiendes lo que quiero decir, Roz?

-¡Claro que sí! -le respondió con una sonrisa-. Pero si te sientes acosada por la familia en este momento, aunque no puedo imaginarme por qué, ya que todos te adoran, estoy segura de que Adam estaría dispuesto a actuar como amortiguador también para

ti. Él sabe cómo manejarlos -añadió ella.

Pero la cara de Nicky se entristeció:

-¡Si supiera de qué parte está Adam!

-Nicky -dijo con calma-, no estarás pensando afeitarte la cabeza y unirte a los *Hare Krishna* o algo así, ¿no? Porque...

-¿Te imaginas, Roz? Pero de todos modos, es una posibilidad que tendré en cuenta... -dijo con una amplia sonrisa.

-¡Nicky! -exclamó Roz alarmada.

-No es nada -Nicola la besó en la mejilla-, sólo que tengo diecinueve años y me indigna que traten de manejar mi vida como si tuviera quince. Creo que ése es uno de los problemas de ser la pequeña de la familia. Bueno, ¿sería mucho pedir que me dieras algo de comer? Ya es casi la hora y no he desayunado.

-Ven por aquí -la invitó Roz. Pero mientras comían junto a Milly y Jeanette, Roz se preguntó si no sería algo más que el interés de la familia lo que preocupaba a su preciosa cuñada. Recordó lo que Margaret le había dicho de Nicky, y pensó que había algo detrás de todo aquello, pero no pudo descubrirlo. Luego pensó que tenían dos semanas para estar juntas y que quizás la propia Nicky le contara si había, en efecto, algo más.

-Por cierto -le dijo Nicky mientras veían una película en el cuarto de estudio y cenaban con los platos sobre bandejas-, ¿dónde está Adam? ¿No ha habido carreras?

-Sí, pero está trabajando.

-¿Trabajando? ¡Querida Roz, no me digas que nos estamos arruinando, otra vez!

-¿Por qué dices eso?

-Porque no suele trabajar los sábados -explicó Nicky-, normalmente vais a las carreras, ¿no es cierto? A decir verdad, no esperaba encontrarte en casa esta mañana, cuando llegué.

Roz no sabía cómo explicar por qué Adam estaba trabajando; de pronto, oyó los pasos de su marido fuera de la habitación, respiró, aliviada, al darse cuenta de que su llegaba evitaba la explicación.

-¡Adam! ¡Nos has leído el pensamiento! Estábamos hablando de ti -Nicky parecía sobresaltada por la súbita llegada de su hermano.

-Por eso me zumbaban los oídos -dijo Adam con una sonrisa; pero su mirada buscaba los ojos de Roz por encima del hombro de Nicky, que lo estaba abrazando.

Y se encontró con la sonrisa complacida de su mujer.

-Roz me dijo que estabas trabajando, pero yo no me lo había creído, porque según me dijo mamá...

-Estaba trabajado, Nicky -la interrumpió Adam-, ¿tú qué crees?

Las cosas no se manejan solas. ¿Pero a qué debemos el honor de tu presencia dos días antes? Pensé que... ¡oh, no me digas! Te quedaste sin dinero.

La perspicacia de Adam hizo que Nicky se ruborizara y soltara una carcajada, olvidando lo extraño que era que su amado y comprensivo hermano trabajara un sábado. Pero Roz no podía olvidarlo.

-¿Cómo estás? -le preguntó Adam, sirviéndose una copa.

Nicky los había dejado solos.

-Bien. ¿Quieres algo de cenar? Estoy segura de que algo habrá quedado; y si no puedo hacerte un sandwich.

-No, gracias, ya he cenado -se quitó la corbata y se abrió el cuello de la camisa, después se acercó a la ventana mientras Roz apagaba la televisión. En silencio, ella lo miró, estaba de espaldas, como mirando el paisaje, aunque todo estaba en sombra. Le pareció más alto aún de lo que era y pensó que en muy poco tiempo su vida había sufrido un cambio radical, pero como un iceberg, la mayor parte de él estaba debajo de la superficie. Reflexionó y se dio cuenta de que gran parte de su vida juntos había sido así.

-He conseguido dormir un rato -él se dio la vuelta y vio a su mujer observándolo-. Bastantes horas -entonces pensó que quizás no debería habérselo dicho; al fin y al cabo era darle la razón.

-Bien -se sentó en una confortable silla de cuero, y cuando ella hizo lo mismo frente a él, añadió-, ¿quieres tomar algo? Ahora ya tienes veintiún años.

-No, gracias --contestó Roz-. Tenías razón acerca de la ginebra de anoche. No me sentó del todo bien. Así que sólo tornaré vino en las comidas y el aperitivo -alisó su larga falda azul marino que hacía juego con la blusa de mangas de farol.

-Me gusta ese traje -comentó Adam, después de un momento de incómodo silencio.

-¿De verdad? Pues éste lo elegí yo misma, aunque Jeanette dio su consentimiento. Dijo que era perfecto para... -Roz se detuvo, luego se encogió de hombros y sonrió-, para que la señora de la granja estuviera cómoda en su hogar por la tarde. Jeanette tiene unas ideas un poco anticuadas, pero también es muy inteligente y...

-Bueno, creo que en esta ocasión tenía toda la razón –parecía divertido- Eres la señora de la granja -añadió.

Roz pensó que sólo era la señora Milroy y la dueña de la casa de nombre, pero no dijo nada. Adam prosiguió.

-¿Siempre llevas a Jeanette de compras contigo?

-Casi siempre. Tu madre piensa que tiene buen ojo para la ropa. Adam, ¿crees que podríamos hacer algo al respecto? Me refiero a que se apunte a un curso de diseño de ropa o de sombreros.

¿Recuerdas el sombrero que llevé a la recepción del primer ministro? Bueno, tal vez no -se encogió de hombros.

-Sí, lo recuerdo. Ibas de azul ese día, y tus ojos brillaban como zafiros, sólo el sombrero no era todo azul, tenía capullos de rosa encima. Era muy bonito.

-Bien -continuó ella casi como si hubiera olvidado lo que estaba diciendo.

-Supongo que Jeanette tuvo algo que ver con el sombrero -sugirió Adam.

-¡Sí! ¡Ella lo remodeló! -dijo Roz-. Al principio tenía una larga pluma amarilla, pero cuando llegamos a casa, pensamos que había sido un fallo comprarlo, porque me hacía parecer una chica de cabaret.

-No puedo imaginármelo -Adam sonrió.

-Claro que no, conociéndome a mí supongo que no -le dijo ella sonriendo-. Pero el caso es que...

-Jeanette sustituyó las plumas por capullos de rosa.

-Los hizo ella misma. Untó la seda con clara de huevo batida para que fuera modelable y les dio forma. Luego los roció con laca para el pelo. Aprendió todo el proceso de su madre, que una vez decoró una tarta con un lazo untado sólo de huevo, y las hormigas lo invadieron.

-Pero quizás fuera la propia tarta, y no el lazo lo que atrajo a las hormigas -sugirió Adam.

-Quizá. Desde luego, yo no tuve problemas con los insectos, pero...

-Pero yo creo que hubieras tenido mucho éxito en cualquier cabaret, aunque dudo que eso te hubiera gustado.

-No creo estar lo bastante... exuberante para ese tipo de cosas. ¿No crees? -y soltó una carcajada.

Adam también se rió, y agregó:

-No es cuestión de ser exuberante, Roz. Tu tipo es perfecto. Eres una chica encantadora.

-¿Entonces por qué...? -la sonrisa de ella se desvaneció-. Quiero decir, si crees eso por qué quieres alejarte... -se quedó callada y se frotó las manos como si estuviera muy nerviosa.

-Pensé que lo comprendías y lo aceptabas.

-Yo...

-Roz, hace unos minutos estabas contenta y relajada, charlabas conmigo como no lo habías hecho desde hace tiempo. Además, hoy has conseguido dormir, y de día, que es más difícil. ¿No te das cuenta?, ya está funcionando, querida.

-Sólo me doy cuenta -afirmó ella-, de que no he sido una esposa muy eficiente, como había prometido ser. Yo... quiero que lo sepas,

Adam.

-¿Crees que no lo sé? -preguntó él.

-Entonces... -vaciló.

-Roz -la impaciencia desapareció de su mirada-, todo lo que estoy proponiendo es que nos separemos durante algún tiempo. Quiero asegurarme de que lo entiendes antes de irme. No me parece que sea nada malo, ¿no?

-¿Irte? -sus ojos se abrieron, con asombro.

-A Japón -dijo él-. Sólo una semana, de negocios. Te dije esta misma mañana que me esperaba una época de mucho trabajo; bueno, me ha surgido la oportunidad de adquirir la licencia de importación de un sistema de sonido electrónico japonés. Hoy he decidido que lo mejor era ir en persona, así que cogeré el avión mañana. Pero tienes a Nicky y...

-Lo sé -intervino Roz secamente, y miró hacia otro lado para que él no se diera cuenta de que estaba furiosa; y no sólo le molestaba que Adam pensase que necesitaba un ejército de invitados para no sentirse sola en casa. Hizo esfuerzos por tranquilizarse y respiró profundamente; en cierta forma casi se alegraba de enfadarse, porque así no se sentía tan tonta y podía mantener bajo control otras emociones más complejas.

-Espero que te lleves bastantes koalas de peluche -le dijo-. Sé que a los japoneses les encantan. El otro día leí que un turista japonés compró catorce, y como se le cayeron al río Brisbane, por accidente, corrió a comprar otros catorce -logró sonreír; Adam la miró con fijeza, luego sonrió y dijo:

-Tendré en cuenta su consejo, señora. Me pregunto si los venden en el aeropuerto.

CAPÍTULO 3

ESTO es una delicia! -exclamó Nicky con entusiasmo mientras se acomodaba en una tumbona al lado de la piscina.

Era un día despejado y caluroso y el agradable aroma del verano flotaba en el aire.

-Mmm -asintió Roz, pero en vez de estar disfrutando del espléndido sol, pensaba que quizás estuviera nevando en Tokio.

-Roz, ¿antes de conocer a Adam estuviste enamorada de alguien? Quiero decir, ¿fue tu primer amor?

Aquella pregunta borró las imágenes de invierno en la tierra del Sol Naciente que Roz había imaginado. Se enderezó y alcanzó un bote de crema bronceadora para untarla sobre su piel, pero todo su cuerpo estaba en tensión, alerta; pensó con cuidado lo que iba a decir. Tal vez alguien tuviera alguna sospecha sobre la verdadera razón de su matrimonio con Adam.

-Mm... creí haber estado enamorada de alguien antes de conocer a tu hermano, pero...

-¡No me digas! -Nicky se enderezó y cruzó las piernas, mirando a Roz con expectación-. ¿Cómo era él?

-Era el vecino -dijo Roz con un matiz de tristeza-, crecimos juntos, yo vivía sola con mi abuelo, un cariño maternal y su madre era muy buena conmigo. Al principio éramos como hermanos, pero un día eso... cambió. Para consternación de algunos -añadió.

-¿De quién? -preguntó Nicky con interés.

-Su padre, principalmente; bueno, su madre también.

-¿Pero, por qué?

-Éramos muy jóvenes y... tal vez tenían miedo de que yo hubiera heredado los hábitos de mi abuelo. Verás, él era un poco manirroto. Tan pronto como tenía dinero en las manos, se lo jugaba a los caballos o a los galgos.

-Entonces, ¿cómo pudo dejarte una yegua tan estupenda? Quiero decir, si algún día falla, tan sólo en su manutención...

-¡Nicky! -exclamó Roz.

-Lo siento. No quise decir eso -se apresuró a decir Nicky y añadió.- Su forma física es excelente, pero su capacidad como madre de sementales es indudable con esos antepasados que ha tenido. ¿No es una de las teorías de Adam? -sonrió de pronto-. Seguramente, aunque tú hubieras sido otra mujer, de todos modos se habría casado contigo sólo para conseguir a Nimmitabel... ¿he dicho algo malo?

Roz negó con un rápido movimiento de la cabeza.

-Bien -siguió Nicky con alegría-. Me pareció que te molestaba de

pronto. Pero volviendo al asunto, si tenías un abuelo manirroto, y ningún otro apoyo económico... -se ruborizó y se encogió de hombros, sin saber cómo seguir.

Roz se echó a reír ante el gesto avergonzado de su cuñada, y al mismo tiempo sintió alivio porque la conversación no parecía ya una investigación de los motivos de su matrimonio con Adam.

-De hecho, tus antecedentes siempre han sido un misterio para nosotros, Roz -continuó Nicky-. Quiero decir que Milly nos dio una enorme sorpresa cuando nos dijo que Adam se casaba. Nunca habíamos oído hablar de ti, ni sabíamos que te conociera. Seguramente fue un amor a primera vista... -suspiró.

-No hay ningún misterio -dijo Roz, percibiendo el peligro de nuevo, y añadió, - Adam conocía a mi abuelo, que era entrenador de caballos y todo empezó por eso, particularmente por Nimmitabel; pero lo que le pasó a mi abuelo es mucho más interesante que mi vida. Es como un cuento de hadas, y de todos modos, creo que también forma parte de mi historia.

-¡Qué bien, me encantan los cuentos de hadas!

Así que Roz empezó a contar, con alivio, la historia de cómo la madre de Nimmitabel, una yegua campeona de carreras, había contraído un extraño virus que pareció haberla dejado estéril; finalmente fue vendida como caballo de tiro cuando su propietario murió. Fue entonces cuando el abuelo de Roz la compró.

-¡Fíjate, querida! -le había dicho a Roz su abuelo--. ¡Es una yegua tan hermosa! Es una lástima que no pueda engendrar. Pero así es la vida.

Roz le había preguntado qué iban a hacer con ella.

-La trataremos como a una campeona de carreras, que es lo que se merece -le había contestado su abuelo y así lo habían hecho.

-También era hermosa -dijo Roz con un suspiro-. Muy noble y muy aristocrática.

-Pero si Amanda Belle era estéril, ¿cómo es que tuvo a Nimmitabel? -preguntó Nicky.

-Bueno, durante siete años estuvieron intentando que se quedara preñada, y es posible que hubieran continuado intentándolo si no hubiera muerto su dueño y sus herederos no hubieran vendido todo; debió de ser el tiempo lo que al fin la curó. Fue toda una sorpresa para nosotros que la yegua se quedase preñada; si quieres te cuento cómo ocurrió.

-¿Pero vosotros la cruzasteis con Kosciusko?

-¡No! No hubiéramos podido pagar aunque supiéramos que Belle podía quedar preñada. Lo que sucedió fue que cuando llevaban el semental hacia la nueva caballeriza, el camión tuvo una avería justo delante de nuestra puerta. Entonces tuvieron que bajarlo del

remolque, porque lo estaba destrozando a coces y tenían miedo que se hiciera daño; pero fue un error, ya que no pudieron con él.

-jAh!, ahora empiezo a entenderlo.

-Sí -continuó Roz-. Rompió el freno y salió galopando por nuestro camino de entrada, lo cual, como podrás imaginarte, causó pánico, porque el animal vale una fortuna.

-¿Y tú viste todo eso?

-¡Oh, sí! Uno de los entrenadores había entrado en la casa para llamar por teléfono antes de que Kosciusko se escapara. De hecho, había un gran número de espectadores; Michael, el chico de al lado, y su padre, y también un policía que había venido a ver a mi abuelo acerca de una vaca que se nos había perdido. Para ser breve, Kosciusko saltó la cerca del corral de Amanda Belle y cuando los mozos llegaron, ya era tarde.

-¡Dios mío, qué romántico! -exclamó Nicky, emocionada.

-Bueno, a mí también me lo pareció, pero los mozos que transportaban el caballo estaban furiosos y asustados por si el semental se había lastimado y mi abuelo estaba lívido porque su Amanda Belle había sido tratada con brusquedad... -sonrió-. No dejaba de quejarse, porque ésa no era forma de tratar a una dama.

-¿La lastimó?

-No, pero el milagro más grande fue que el caballo no se hizo más que unos cuantos rasguños. Y después de que terminó todo, se dejó llevar como un cordero. Todos fueron a casa a tomar un café -hizo una pausa-. Y fue entonces cuando mi abuelo nos sorprendió.

-Continúa -le pidió Nicky después de un rato.

-Bien -se encogió de hombros-, insistió en que el incidente tenía que ser anotado y testificado. No porque deseara que los mozos perdieran sus empleos, sino porque tenía que ser anotado que Kosciusko había cubierto a Amanda Belle frente a varios testigos. A todos les pareció una estupidez al enterarse de que Belle era incapaz de engendrar. Pero mi abuelo decía que nunca se sabe... y el policía dijo que estaba de acuerdo, así que los mozos no tuvieron otra alternativa. Me acuerdo que yo también pensaba que era una pérdida de tiempo, pero él seguía insistiendo; después me contó que había tenido un extraño presentimiento durante el apareamiento. Once meses después, Amanda Belle dio a luz a Nimmitabel. Amanda murió, y... mi abuelo también, la noche anterior.

-Cuéntame -le pidió Nicky.

-Nuestros establos se incendiaron. Alguien, en una granja vecina, había quemado los rastrojos, pero el viento cambió de dirección y antes de que pudiéramos reaccionar el fuego avanzó hasta nuestra propiedad y los establos se quemaron. No tuvimos tiempo de sacar todos los caballos, pero mi abuelo rescató a Amanda Belle, después

volvió a entrar. Él... él amaba a los caballos y no podía soportar verlos sufrir. El humo lo mató. Pero antes de morir me dijo que cuidara a la yegua y a su cría; mi abuelo estaba seguro de que el potro iba a ser un campeón, desde que nos enteramos de que Amanda Belle estaba embarazada de Kosciusko.

-¡Oh, Roz, qué terrible! -dijo Nicky-. Lamento haberte hecho recordar. Debes tener pesadillas horribles desde entonces...

-Algunas veces -admitió Roz-. Pero me ayuda pensar que quizá mi abuelo tuviese razón. Aunque no se puede decir hasta que corra, yo creo que Nimmitabel es, en efecto, una vencedora.

-Bueno, al menos conociste a Adam después -comentó su cuñada.

-Ya lo había conocido en otra ocasión -le dijo Roz-. Cuando yo tenía catorce o quince años, pero la segunda vez, bueno...

-¿Te enamoraste? ¡Qué maravilloso!

-Sí. Lo fue.

-Y aún eras muy joven -señaló Nicky con entusiasmo-. Es curioso, Roz, hace dos años que te conozco y casi no sé nada de ti; no creas, eso me hace sentirme un poco culpable, pero fue mamá la responsable de ello.

-¿Sí? -Roz alzó las cejas.

-Sí. Por si no te has dado cuenta, mamá adora a Adam, pero aunque tú llegaste de sorpresa, creo que ella te aceptó enseguida porque nos previno a todos. Quiero decir que nos dijo que no quería que con nuestras preguntas te sintieras como si te enfrentaras a la Inquisición. Eso ha provocado que haya una cierta distancia entre tú y la familia, bueno, hasta ahora. Me alegro de que todo haya cambiado -dijo Nicky sinceramente.

-Yo también.

-Roz -le dijo con suavidad-, ¿no pensarías que no nos gustabas? ¡No era eso!

-No, yo lo sé, bueno, así lo esperaba. Milly está llamándonos para la comida. Espero que tengas hambre, porque dice que estás demasiado delgada y piensa ayudarte a engordar un poco.

Durante la comida, Jeanette comentó que la había llamado su madre para contarle que acababa de tener otra nieta. La hermana mayor de Jeanette había tenido tres hijos en cuatro años y no cabía duda de que la chica deseaba visitar a su hermana, y a su sobrina. Después de comentarlo con Milly, Roz sugirió que la doncella podía coger una semana de vacaciones para ir a visitar a su familia.

-¿Seguro que pueden prescindir de mí toda una semana?- preguntó Jeanette.

-Seguro -le dijo Roz con sinceridad, pero se sentía contenta y esperó que aunque por el momento no podía ser del todo

complaciente con Adam, su familia y sus empleadas eran otro asunto. Y recordó cómo se había emocionado ante las revelaciones de Nicky; entonces se dio cuenta de lo mucho que significaba para ella tener la aprobación de su familia.

Aquella noche fue mucho más animada que otras en el Pequeño Werrington, y desde luego, más de lo que había imaginado Roz. Richard, Amy y Angelo llegaron con la intención de pasar allí la noche y recibió una llamada de Adam desde Tokio .

-Espera un momento -dijo Roz-, lo cogeré en tu estudio. Aquí hay mucho ruido.

Cuando llegó a la habitación, levantó el auricular.

-¿Hola? -dijo-: ¿Adam?

-Aquí estoy, Roz. Tenías razón acerca del ruido. ¿Has hecho una fiesta?

-¡No! Angelo, Arny y Richard han venido a visitar a Nicky y a pasar la noche, así que esto casi parece una fiesta.

-¡Puedo imaginarlo! Pero no tienes por qué sentirte culpable -dijo con tono afable.

-Estoy bien -se apresuró a decir ella-. ¿Cómo estás tú?

-Exhausto, a decir verdad. No he parado desde que llegué.

-¿Conseguiste la licencia de importación?

-Sí, pero me llevará un par de días más solucionar todos los detalles. Y tú, ¿cómo estás?

-Estoy muy bien. Nicky y yo nos estamos divirtiendo sin hacer gran cosa. Tu madre, va a venir a pasar el día con nosotras mañana y Margaret llamó ayer para decir que es probable que también venga esta semana. Oh, Adam, ¡debiste haber visto a Nimmitabel esta mañana! Les había organizado una carrera de obstáculos para ella y otros caballos de dos años, pero resultó algo sensacional, venció a los demás sin ningún esfuerzo, no sabes cómo corre esa yegua, Adam -le relató todos los detalles.

-¿No hubo ningún problema? -preguntó él.

-No, Lex la vigila con mucho cuidado, no le quita el ojo de encima.

-Bien.

Hubo un pequeño silencio, luego ella le preguntó qué hora era en Tokio.

-Una hora antes que en Pequeño Werrington.

-¿Está nevando?

-No, pero hace mucho frío. ¿Por qué lo preguntas?

-Por curiosidad -le dijo ella-. ¿Qué vas a hacer esta noche?

-Creo que me tratarán al estilo japonés.

-¿Quieres decir...?

-Bueno, mis anfitriones han sido un poco misteriosos, pero me preguntaron si conocía a alguna *geisha* verdadera. Por cierto, Roz, antes de que te imagines...

-No estoy imaginando nada de eso -protestó ella-. He leído sobre *geishas* y su propósito principal es atender a los hombres, para que no les falte de nada.

-¿Lo has leído?

-Sí. No sé cómo suelen comportarse con los extranjeros, pero estoy segura de que te están haciendo un honor. Así que no te vayas a quedar dormido, aunque no entiendas una palabra.

-¡No, señora! -dijo él-. Me portaré de la mejor manera que se me ocurra.

Roz se echó a reír y él también. Luego Adam dijo:

-Alguien llama a la puerta, creo que ya vienen a buscarme. Que duermas bien, querida.

-Tú también. Adiós.

Cuando volvió del estudio, después de hablar con Adam, Roz se sentía inquieta y nerviosa, como si se hubiese roto su equilibrio, no podía concentrarse en la divertida conversación de los jóvenes, y decidió subir a su habitación.

-¡Roz! La noche es joven -protestó Nicky.

-Lo sé, pero...

-Querida Roz, ¡no nos abandones! -suplicó Angelo con tono cómico-. ¿O nos estás echando con amabilidad?

-¡No! Me encantaría que os quedarais y os divirtierais. Sólo estoy cansada.

Richard dijo con amabilidad.

-Creo que Roz echa de menos a Adam, chicos, y que además está cansada, así que no insistáis. Buenas noches, Roz, ¿de verdad no te importa que nos quedemos?

-No, de verdad -contestó con agradecimiento.

Una vez en su habitación, tuvo que reconocer la verdad, como había dicho Richard, echaba de menos a Adam. Aunque quería estar tranquila se le venía a la imaginación la visión de su marido en los brazos de una hermosa y experimentada *geisha*...

Parpadeó varias veces para detener las lágrimas que afloraban a sus ojos, no sabía si de soledad o de celos.

-¡Dios mío! -murmuró-. ¿He sido tan ciega como para no reconocer lo que me está sucediendo? ¿Cómo es posible que me haya pasado esto? Tal vez deba volver al principio, retroceder a ese terrible día, dos semanas antes del incendio...

Tenía diez años cuando llegó por primera vez a la granja de su abuelo. Era una casa grande, de madera y con un porche alrededor, con un terreno de diez hectáreas, al oeste de Beeleigh, muy cerca de Brisbane.

Roz creció rodeada de caballos, con un abuelo excéntrico que la había cuidado con amor y además le había contagiado su cariño hacia los animales y su curiosidad por todas las cosas y aunque sus malos hábitos de jugador no le permitían vivir con mucho lujo, la casa resultaba muy cómoda; tenía hermosos muebles antiguos y una colección de objetos de cobre y latón que coleccionaba su abuela. También había libros antiguos y Roz disfrutaba, desde muy pequeña, leyendo.

Después de reponerse de la muerte de sus padres, se adaptó al estilo de vida de su abuelo y siempre estuvo a su lado, alegrando su vida solitaria.

Todo había terminado aquella noche, por el fuego, el humo asfixiante, y el sonido de la sirena de un camión de bomberos y de una ambulancia.

Dos semanas después de ese día, un extraño acudió a visitarla y las cosas que sucedieron después fueron causadas, en parte, por aquella visita. Roz lo recordaba muy bien...

-No puedo, y no entiendo cómo va a obligarme -su voz temblaba-. ¡Váyase y déjeme sola!

-Señorita…

-Llamaré a la policía si sigue molestándome, no sé quién es usted, ¡y debe estar loco si cree que le entregaré a la potranca!

El hombre pareció vacilar y se quedó mirándola. Tendría unos treinta años y era alto y fuerte. A Roz le pareció mucho peor lo que había ido a decirle, que su aspecto físico.

-Mira, guapa -le dijo--, tu abuelo me debía mucho dinero. Apostó a las carreras sin pagar en metálico y no ganó mucho; es más, su cuenta se elevó un poco...

-¿Por qué lo permitió? -preguntó Roz y recibió una mirada burlona a cambio.

-Es mi negocio, querida. Pero -se encogió de hombros-, últimamente se estaba excediendo, así que hablé con él-continuó con una sonrisa de satisfacción-, fue cuando tu abuelo me dijo que no me preocupara, que había una fortuna en camino. Fue entonces cuando me contó la historia de la yegua estéril preñada, y del potro campeón.

-¡Apenas tiene dos semanas! -exclamó Roz-. Él no podía estar seguro de que sobreviviría al parto; la yegua murió. ¿Cómo pudo él...?

-Lo hizo cariño. Yo le pregunté si pensaba venderla. Él me dijo

que si no lograba salir de sus dificultades económicas tendría que venderla. Ahora -Roz retrocedió ante el hombre que se le acercaba-, estoy de acuerdo con que hay una fortuna potencial en esa cría. Potencial, ya que si entiendes algo sobre caballos sabrás que pueden pasar muchas cosas desde que nacen hasta que salen a las pistas de carreras, si es que lo llegan a hacer algún día. Pero es una potranca...

-Pero...

-Déjame terminar, pequeña -le dijo con tono amenazador-, estoy dispuesto a llevarme el caballo a cambio de olvidar todas las deudas de tu abuelo. Creo que es una oferta generosa, pues como acabo de decirte, no sabemos qué le puede pasar al animal.

-Y mientras usted se lleva a la potranca, yo me quedaré sin nada -reclamó Roz.

-Ahora no tienes nada, guapa. Aparte de una montaña de deudas. De cualquier modo, ¿cómo crees que vas a poder mantener a la cría? Todo cuesta dinero. Si aceptas mi proposición saldarás algunas deudas y no tendrás un caballo que alimentar. Así que piénsalo -le aconsejó él, pero luego la atemorizó añadiendo-, sólo te pido que no tardes mucho tiempo, cariño. Eres una joven muy deseable y puede ocurrírseme otra manera de cobrar, ya sabes a lo que me refiero.

La mirada lasciva que le dirigió no dejaba duda sobre sus intenciones. Roz se puso pálida y volvió a retroceder, mientras el hombre estiraba los brazos, como si fuera a abrazarla.

-¡No! -exclamó ella.

-Estoy de acuerdo -intervino alguien que había detrás de ellos. Por encima del hombro de quien la acosaba, Roz se quedó mirando a su defensor, con sorpresa; era la última persona que esperaba ver allí: Adam Milroy.

-Amenazar a mujeres y niños puede ser tu costumbre, Stan, no voy a decirte que me sorprende, pero no me gusta. Así que vete y si yo fuera tú no volvería a aparecer por aquí.

-Bien, bien -musitó Stan Hawkins-, me pregunto qué viene a hacer usted aquí, señor Milroy. Déjeme adivinar.

-No te molestes, Stan -le advirtió Adam. Y aunque esas palabras fueron pronunciadas con suavidad, había algo en su tono que hizo estremecerse a Roz.

Parecieron surtir un efecto similar en Stan Hawkins, que comenzó a hablar sobre los negocios legítimos que tenía con Roz; pero mientras, Adam lo miraba con dureza, hasta que se quedó en silencio; finalmente recogió su chaqueta y se fue.

Roz permaneció inmóvil, como una estatua, hasta que oyó el ruido del coche de Stan que se alejaba; luego, salió deprisa de la

cocina, justo a tiempo para vomitar debajo de las escaleras.

-Yo... yo -murmuró ella.

-Está bien -le dijo Adam Milroy-. ¿Por qué no entras a enjuagarte la boca?

-Pero...

-Sin peros -le sonrió--, estoy acostumbrado a esto. Tengo una hermana que siempre se marea en coche y en avión; creo que hasta en una bicicleta. Anda, ve.

Roz vaciló un momento, después aceptó el consejo.

Cuando volvió a la cocina, Adam había preparado café y había puesto pan en el tostador.

-Yo... -empezó a decir ella.

-Siéntate -ordenó él.

-Lo haré -dijo haciendo un esfuerzo-. Es lo mejor.

Adam Milroy la miró pensativamente y luego sonrió. Después se sentó y dijo:

-Por cierto, me llamo Adam y creo que ya nos conocíamos; pero fue hace algunos años y no recuerdo tu nombre, me parece que era algo poco común.

-Rozalinda... pero todos me llaman Roz.

-Tenía razón.

-Fue idea de mi padre. No sé por qué.

-Roz -dijo él con calma.

El pan saltó del tostador y ella se quedó en silencio mientras él sacaba las tazas para el café. De hecho, cuando había empezado a hablar, Adam le indicó que bebiera y comiera antes.

-Bien -dijo él al fin-, no he oído toda la desagradable charla, pero me imagino que tu abuelo estaba metido en un buen lío, ¿no?

Roz empezó a contarle lo sucedido al recién llegado; al principio de un modo vacilante, pero poco a poco fue cogiendo confianza, hasta que todo salió a flote, incluso la desmedida afición de su abuelo por el juego.

-Es como una enfermedad, querida -le dijo Adam Milroy con tranquilidad.

-¡Pero él era tan maravilloso en otros aspectos!

-Lo sé. Así que -su mirada oscura se fijó en ella-, te has quedado sola y con un montón de problemas, Roz. ¿Cuántos años tienes?

-Casi diecinueve -respondió y le dio un último sorbo a su café-. Y no me importa haberme quedado sin nada, pero sólo pensar en darle a Nimmitabel a... ese hombre...

-¿Nimmitabel? -la interrumpió él-. Ah, ya entiendo. Monte Kosciusko, las Montañas Nevadas, Nimmitabel está también en esa zona, como Amanda Belle -sonrió él-. Es un nombre bonito y bien elegido; pero no hay motivo para preocuparse, no tienes por qué

entregar tu potranca a Stan Hawkins.

-¿Entonces por qué vino? -sus ojos azules estaban clavados en él.

-Seguramente esperaba asustarte -le dijo Adam Milroy-. Aunque legalmente... -se encogió de hombros-. Podía haber urdido un plan para avalar la transacción. ¿Cuál es la situación de este lugar? -miró con curiosidad a su alrededor.

-Hipotecado -dijo Roz con tristeza.

-¿Y tu abuelo tenía otras deudas además de las de las apuestas?

-Sí, muchas, con la tienda de comestibles, con el veterinario... -hizo un gesto de desesperación.

-¿Y te lo ha dejado todo a ti?

-Él no tenía planeado morirse tan pronto -respondió con tristeza.

-Lo sé. Quiero decir, ¿eres su única heredera?

-Oh, sí.

-Está bien -Adam Milroy tamborileó sobre la mesa con los dedos, luego le preguntó-: ¿Sabes lo que puede pasar ahora?

-Ha sido todo tan complicado... he recorrido toda la región en busca de una yegua nodriza para la potranca, el funeral, los caballos lastimados... Pero ya me he puesto en contacto con el abogado que tiene el testamento. Tengo una cita con él y me ha prometido explicármelo todo.

-Yo puedo explicártelo. Los acreedores de... una persona fallecida tienen derecho a reclamar sobre su herencia. Pero si las peticiones superan el dinero disponible, los bienes de la herencia deben ser puestos a la venta y el producto divido entre los acreedores. Stan Hawkins debe saber todo esto, por eso está tan ansioso de poner sus manos sobre la potranca.

-Oh, sí, ya veo -dijo Roz-. ¿Eso quiere decir que Nimmitabel tendrá que ser puesta en venta?

-Así es -aseguró con suavidad-. Me imagino, por lo que has dicho, que es casi lo único que no está hipotecado. Supongo que no estará a tu nombre.

-El abuelo me iba a hacer su socia, pero...

-Sí. Bueno, es difícil pronosticar qué precio podría alcanzar. La descendencia de Kosciusko no es barata y creo que no ha habido ningún caballo, hasta el momento, que sea superior a la casta de esta potranca. El albacea testamentario, que supongo que habrá sido, puede decidir... otra solución para el animal, porque todo esto lleva tiempo.

Adam notó la inquietud de la joven y continuó:

-Debes decidir con cuidado, Roz. ¿Tienes trabajo?

-No. He estado trabajando por horas con un guarnicionero, en Beenleigh, pero va a cerrar pronto. Aparte yo era el mozo de cuadra de mi abuelo. Pero... -su voz temblaba-, estoy segura de que puedo

encontrar algo.

Él se apoyó en el respaldo de la silla y dijo con escepticismo:

-Tal vez. ¿No tienes otros familiares?

-No.

-¿Y nunca has soñado con hacer otra cosa en tu vida que ayudar a tu abuelo con los caballos y trabajar por horas el cuero?

Roz se mordió un labio ante el tono sardónico de la pregunta.

Luego dijo con calma:

-Sí, lo he hecho. He soñado con viajar, con aprender mucho más sobre arte, música, cocina... Me gustaría entender la economía, cómo funcionan los ordenadores y estudiar la ciencia de los antiguos herbolarios. Desearía hacer desaparecer la amenaza de guerra nuclear para siempre y tener muchos hijos. Amo los caballos y siempre lo haré, pero... -se detuvo, arrebolada porque él la miraba con un curioso interés-. Quiero decir... -se encogió de hombros.

-No te avergüences, lo que has dicho ha estado muy bien. Pero sobre todo eres muy hermosa, lo que ya te ha causado algunos problemas.

Roz enrojeció con más intensidad, pero no porque la mirada del señor Milroy fuese lasciva como la de Stan Hawkins; más bien la miraba de manera totalmente desapasionada, como un entendido que juzgara a un caballo. Sin embargo, desde hacía tiempo, Roz se había dado cuenta de que gustaba más a los hombres mayores que a los chicos de su edad; sólo con Mike era diferente, porque él la conocía. Algunas veces se había sentido molesta y llegó a comentarle a su abuelo que nadie en la escuela, salvo Mike, había mostrado interés por ella; mientras los hombres mayores la miraban de una manera molesta.

-Se necesita mucha edad y experiencia para reconocer la clase que tienes, Roz -le había dicho y se mordió el labio con cierta preocupación-. Cuando eres un poco tímida, los adolescentes no saben bien cómo tratarte; se vuelven unos tímidos grandullones y no pueden manejar la situación. Por eso prefieren a chicas más atrevidas. Pero no te preocupes por eso. Tienes muchos años por delante aún.

Roz se había quedado absorta en sus recuerdos y pensó también que la primera vez que había visto a Adam Milroy tuvo pesadillas con él. De pronto se dio cuenta de que el mismo señor Milroy estaba sentado frente a ella, mirándola con curiosidad.

-Tengo un novio -se apresuró a decir.

-Bien. ¿Y dónde está?

-Es vecino mío, vive aquí al lado. Lo conozco a él y a su familia desde hace tiempo... -dijo con nerviosismo.

-Entonces -le dijo Adam con consideración-, ¿no podrías

quedarte con ellos por el momento?

-Allí es donde he pasado estos días -Roz miró hacia abajo.

-¿Qué sucedió?

-¡Nada! Yo... fueron a una boda, una de las sobrinas de la señora Howard se casa, pero vuelven mañana.

-¿Aprueban ellos tu relación con su hijo?-le preguntó Adam después de un momento.

Roz titubeó, luego contestó con un suspiro:

-Creo que piensan que somos demasiado jóvenes para, bueno...

-¿Cuántos años tiene ese Mike?

-Diecinueve, somos de la misma edad. Está estudiando comercio y le faltan dos años para terminar.

Hubo un silencio, y Roz pensó que le había contado la historia de su vida y casi todos sus problemas a un hombre que apenas conocía, que, seguramente, no estaba interesado en ella.

-Lo siento, no sé por qué ha venido usted a verme, pero estoy segura de que no era para oír mis problemas. Por cierto, ¿a qué ha venido?

-Me encontré a tu abuelo en las carreras hace un par de meses. Nos conocíamos desde hace bastante tiempo. Una vez le compré un caballo, por eso había estado aquí antes. Bueno, me contó lo que había sucedido con Amanda Belle y me invitó a venir a verla. Me hubiera gustado venir antes, pero tuve que irme de viaje y... no me enteré de su muerte hasta que volví, hace un par de días.

-jOh...!

-¿De qué murió la yegua? ¿Por los estragos del fuego?

-No, aunque se puso de parto justo después; tuvo una hemorragia. No pudimos hacer nada -cerró los ojos-, todo fue inútil.

Adam no trató de consolada, pero su silencio era tranquilizador; después de un rato, preguntó temblorosa:

-¿Le gustaría ver a Nimmitabel?

-Por supuesto.

Fueron juntos hasta la cerca donde estaba la potranca y la vieja nodriza.

-¿Qué le parece? -preguntó Roz.

-Es encantadora -sonrió.

Roz la acarició.

-Espero que no crezca con doble personalidad -comentó-. Estuve alimentándola con biberón unos cuantos días y piensa que soy su madre.

Cuando se alejaron del corral la potranca pareció entristecerse por la ausencia de Roz, hasta que la yegua relinchó y la cría se acercó saltando hacia su nodriza.

-¿Ve a lo que me refiero? -comentó la chica.

-Ya veo.

Adam se marchó de la granja, después de comentar que parecía acercarse una tormenta. Roz asintió un poco preocupada, mirando la gran masa de nubes negras sobre el horizonte, porque no tenía establo para sus caballos. Mientras veía alejarse el lujoso coche deportivo, pensó en la posibilidad de convertir el garaje en un establo provisional.

La velocidad con la que parecía acercarse la tormenta hizo que rápidamente se pusiera a limpiar el lugar, y cuando estaba esparciendo un poco de paja por el suelo, vio acercarse otra vez el coche de Adam.

-He vuelto porque acabo de oír en la radio que una tormenta, de violentas granizadas se acerca hacia aquí y que ha causado estragos tierra adentro -se quedó callado un momento y con una mirada rápida se dio cuenta de la situación-. Buena idea -le dijo y la ayudó a extender la paja-. Yo haré esto mientras tú vas a por los caballos.

Una puerta de la terraza se cerró de golpe por el viento y el cielo pareció oscurecerse por momentos.

Cuando Roz logró acorralar a la vieja yegua, que estaba muy nerviosa, había empezado a llover; Adam se acercó al animal, le dio unas palmaditas en el cuello y la sujetó por el ronzal. La llevaron hacia el garaje y cuando olió la paja entró sin oponer resistencia; Nimmitabel entró detrás de ella y en el mismo instante en que cerraron la puerta, empezó a granizar con fuerza.

-¡Oh, su coche! -exclamó Roz alzando la voz para que la oyera, a pesar del ruido del granizo en el techo-. Sería mejor que lo aparcara en el cobertizo, quitaré algunas cosas...

Minutos después entraban en la casa, empapados hasta los huesos pero a salvo de la tormenta de granizo. Roz había visto granizar muchas veces, pero nunca con tanta intensidad. El ruido era ensordecedor y tembló con la idea de haberse quedado sola, con la yegua y la potranca. Adam pareció darse cuenta y rodeó sus estrechos hombros con un brazo; Roz se sintió verdaderamente agradecida por su compañía, porque hubiese vuelto.

Diez minutos después la granizada había pasado y sólo la lluvia caía sobre el techo. La tarde era muy oscura y Roz se dirigió a un interruptor a encender la luz, pero no funcionaba.

-No hay por qué sorprenderse, puede haber algunos postes caídos. Siempre pasan cosas de éstas con las tormentas. ¿Tienes alguna otra fuente de energía? -preguntó Adam.

-La estufa es de gas -le dijo ella-, lo mismo que algunas lámparas. Así que no me moriré de frío y tendré luz, estaré bien; si usted quiere ya... quiero decir... estoy segura de que ya pasó lo peor y... -Roz se quedó mirándolo, pero él dijo, como respuesta:

-¿Tienes una linterna?

-Sí, dos, pero...

-Entonces, voy a ir a ver los caballos; mientras podías buscar las lámparas de gas.

-Bien... -Roz fue a la cocina, cogió las linternas y le dio una de ellas a Adam; durante el tiempo que él estuvo fuera encontró las lámparas y las encendió. Se preguntó por qué tardaba tanto en volver y, de pronto, apareció en la puerta de la cocina.

-Me temo que voy a tener que quedarme esta noche, Roz. La razón por la que no hay luz es que la tormenta tiró un árbol que rompió el cable de electricidad. También está obstruyendo la salida; he intentado moverlo, pero no puedo, es demasiado grande.

Ella lo miró a la suave luz de las lámparas de gas con la boca abierta y ojos de sorpresa.

-Lo siento, no pensé que iba a importarte tanto, pero no hay otro remedio. De todos modos no te preocupes, no voy ya aprovecharme de ti -le aseguró Adam.

-¡No! -se apresuró ella a exclamar-. Oh, no, no quise... no fue... me siento tan ridícula... yo...

Adam parecía divertirse con el azoramiento de la chica, luego su mirada se suavizó y le dijo:

-También eres muy dulce, Roz.

Roz siempre recordaría aquella noche. Había llovido sin cesar, a veces de forma torrencial, pero se sentía segura, a pesar de que la casa crujía como un viejo barco.

Se había cambiado el empapado pantalón vaquero por un vestido de color rosa y se había soltado el pelo para que se le secara. También encontró ropa seca para Adam Milroy y preparó la cama de la habitación que había ocupado siempre su abuelo. Puso la mesa de la cocina con uno de los manteles de hilo de su abuelo y sacó los cubiertos antiguos; en poco tiempo preparó una cena apetitosa que hiciera honor a los cubiertos.

Antes de ponerse la ropa seca, Adam bajó para llenar un recipiente con comida para los caballos, y extender un poco más de paja en el garaje.

A pesar de la preocupación de Roz por su timidez habitual, charlaron animadamente durante toda la cena. Cuando terminaron Adam le dijo:

-Una cena deliciosa; creo que debes saber mucho acerca de la cocina, Roz.

-Bueno, me gusta cocinar y tengo mucha práctica -se apartó un mechón de pelo de la frente, y no pudo evitar ruborizarse ante el halago. El joven insistió en ayudarla a fregar los platos; mientras, Roz hizo café y fueron a tomarlo al salón.

-Antes me has dicho --:-comenzó Adam mientras se acomodaba en el sillón-, que te gustaría saber cómo funciona la economía y los ordenadores. ¿Hablabas en serio?

-Sí. ¿Por qué?

-Bueno, me parece que sé bastante de ordenadores -explicó. Roz parecía sorprendida, y Adam le habló de su negocio.

-Yo nunca he sabido nada de esas cosas. Pero si cree que puedo entender...

Él la miró dubitativamente, de pronto sonrió y le pidió un lápiz y un papel.

Una hora después, Roz estaba encantada de haberlo entendido todo, y también muy emocionada, tanto que recordó la botella de licor que la señora Howard le había regalado en Navidad, y sugirió que la abrieran para celebrar la explicación. Adam sonrió y parecía animado mientras ella sacaba dos vasos y más café; cuando ella tomó un trago de licor y empezó a toser, Adam se echó a reír abiertamente.

-¡Oh! No sabía que fuera tan fuerte -pudo decir al fin-. Aunque debía habérmelo imaginado. Mi abuelo solía decir que aturdiría a un caballo, pero siempre pensé que bromeaba.

De pronto, Roz se sintió sola y triste; hablar de su abuelo había hecho que lo recordara, y miró sombríamente a Adam Milroy que llevaba sus ropas. Pensó que mientras ella estaba allí bebiendo licor y bromeando, algunos kilómetros más allá yacía su abuelo en una tumba húmeda y desolada. Roz se puso de pie, dejó su vaso sobre la mesa y se dio la vuelta. Adam se quedó mirándola y se dio cuenta de que estaba temblando. Se acercó a ella con expresión de preocupación.

-Lo siento... Estaré bien -musitó ella.

-Será mejor que te desahogues. No me importa.

-No, no -dijo Roz-. Ya lo he hecho. Ahora tengo que hacerle frente. Él... a él no le hubiera gustado verme abatida, sino que lo recordara con cariño.

Adam rodeó sus hombros con un brazo y ella se apoyó en él un rato, hasta que se calmó.

Poco después Adam comentó que había sido un día muy largo y difícil y, alzándole la cabeza hacia él, le sugirió que se fuera la cama.

Roz asintió dócilmente y le preguntó si quería algo. Adam negó con la cabeza y le prometió visitar a los caballos por última vez y apagar las lámparas de gas.

A pesar de todas las complicaciones Roz había dormido muy bien, sin despertarse por la lluvia.

A la mañana siguiente, cuando los Howard llegaron a casa, muy

temprano, se encontraron a los empleados de la compañía de electricidad que habían ido a quitar el árbol y a arreglar el tendido eléctrico. Pero también se encontraron con Adam Milroy, y fue evidente la sorpresa de disgusto de la familia por el hecho de que Roz hubiera pasado la noche en compañía de un hombre extraño.

La señora Howard disimuló su disgusto y explicó que se habían apresurado a llegar a casa porque estaban preocupados por Roz, pensando que estaba sola; sin embargo el señor Milroy no debía preocuparse más, porque Roz volvería con ellos por el momento, hasta que se arreglaran las cosas.

Adam recibió la idea con una sonrisa y mencionó el desagradable encuentro con Stan Hawkins. La mirada del señor Howard se volvió sombría, porque detestaba las apuestas y el juego. Se quedó mirando a Roz y dijo bruscamente:

-Eso es suficiente. ¡Haz tu equipaje, Roz! Y también nos llevaremos a la yegua y a la potranca.

Roz trató de protestar, sin ningún resultado; Adam Milroy se acercó a la chica para despedirse y comentó:

-Dicen que después de la tormenta viene la calma. Espero que esto sea el final de tus penas, Roz, y que las cosas comiencen a mejorar de ahora en adelante. Adiós.

-Adiós. Gracias por todo.

CAPÍTULO 4

Roz se revolvió entre las sábanas y se dio cuenta de que había estado absorta en sus recuerdos, no sabía cuánto tiempo. Aún podía oír el jolgorio que venía del piso de abajo y se sorprendió al ver que todavía no era medianoche. Se levantó y miró por la ventana; había tres coches aparcados en la entrada: el de Amy, el de Angelo y el de Richard, y se alegró de que Nicky tuviera compañía, porque estaba segura de que su cuñada tenía alguna preocupación seria.

Suspiró y se sentó en un sillón de terciopelo rosa, esperaba que los problemas de Nicky no fueran como los que ella había tenido después de la tormenta de granizo, cuando se vio forzada a volver a vivir con los Howard. Roz volvió a recordar aquellos días.

La mudanza había resultado fácil, gracias al sentido práctico de la señora Howard. A pesar de que el señor Howard había sido siempre un buen vecino y un hombre honesto y sereno, Roz sabía que no aprobaba que su hijo Mike se hubiera enamorado de ella. Aquel hombre, con su negocio de construcción de cercas, había conseguido mandar a su hijo a la universidad y parecía querer algo diferente para él.

Roz siempre había sido consciente de que el señor Howard nunca la aceptaría como nuera. Recordó la noche en que Mike la había llevado a dar un paseo después de cenar y, después de besarla, le había pedido que se casara con él. Al volver del paseo Roz se encontró con la mirada de reproche del señor Howard que parecía haber adivinado lo ocurrido.

Por fortuna, ella había logrado que Mike se diera cuenta de que los dos eran aún demasiado jóvenes y consiguió que le prometiera que no se lo comentaría a sus padres. Pero la verdad era que ella misma había provocado que Mike se apiadara de ella y por eso quería casarse.

-¡Dios mío! –murmuró-. ¿Por qué tengo que plantearme esto? El ha sido tan maravilloso y ha sido... bueno, supongo que hemos sido arrastrados a esto, pero en otras circunstancias no hubiéramos... estaríamos dispuestos a esperar, por lo menos hasta que él terminara la carrera y luego comprometernos y esperar que su padre aceptara la idea.

Se frotó el rostro y se sentó al borde de la cama, deseando con desesperación estar en su casa, pasando una velada como la que había pasado la noche anterior. Contuvo el aliento y pensó lo extraño que era que Adam Milroy hubiera aparecido dos veces en su

vida, de manera fugaz, y que ambas ocasiones fueran memorables. Cuando ella tenía catorce años, Adam había ido a su casa para charlar con su abuelo acerca de un caballo. Roz se había quedado impresionada de su aspecto varonil. Lo recordaba con exactitud; ella llevaba un jersey rojo que le había tejido la señora Howard y unos vaqueros viejos. Se acordó también del día frío y brillante, del bonito coche y del alto, bronceado y atractivo extraño que vestía pantalón de pana con americana de lana sobre un suéter negro. Él había mirado hacia ella que llevaba un cubo en una mano y un cepillo en la otra. Adam le había dirigido una brillante y seductora sonrisa.

Mientras se cepillaba el pelo pensó que podía recordar con claridad su llegada, pero el resto de su visita era una vaga evocación. Sabía que apenas había dicho palabra, que nunca se había sentido tan torpe como cuando tuvo que pasear a un caballo para que él lo viera. Pero lo que Roz nunca había esperado era que, desde aquel entonces Adam Milroy había aparecido en sus sueños de adolescente y ella durante meses, había inventado fantasías imposibles con él. A eso había contribuido el entusiasmo de su abuelo por el joven, a quien no dejaba de elogiar.

-Ahora tiene mucho dinero -decía su abuelo-, pero cuando lo conocí por primera vez... aun entonces, ya era impresionante; uno podía darse cuenta de que llegaría a algo, sabe mucho de caballos. Creo que estuvo casado una vez, pero su matrimonio no duró mucho; sin embargo, hay muchas mujeres en su vida...

En aquel momento fue cuando Roz se imaginó a Adam Milroy como a un donjuán, pero eso hizo crecer la atracción que sentía por él. Pero ni siquiera los sueños más ardientes duran para siempre, y Roz, a los dieciséis años, comenzó a comprender que las mujeres, sobre todo las más jóvenes, tendían a considerarse capaces de reformar a un atractivo y experimentado hombre maduro. La chica había seguido pensando en Adam, hasta que en una fiesta del colegio Mike había bailado con ella, y en lugar de bromear acerca de cualquier cosa, le había dicho con mucha seriedad y timidez que le gustaba mucho su vestido y que la encontraba muy guapa; de pronto todas las cosas parecían ir bien. Ella era ya como cualquier otra chica con novio y empezaba a enamorarse. La imagen de Adam Milroy había comenzado a borrarse de su mente a partir de aquel momento y Roz se convenció de que era sólo una ilusión infantil.

-Y ahora vuelvo a encontrármelo -murmuró mientras apagaba la luz y se metía en la cama-. No es que sea tonta como para imaginarme nada especial, pero la vida es extraña. De cualquier modo, es probable que nos volvamos a encontrar por tercera vez...

Pero al día siguiente, por la tarde, la señora Howard recibió una

llamada telefónica que la dejó pensativa durante un buen rato, y después le preguntó a Roz si su cita con el abogado era para la mañana siguiente.

-¿Por qué me lo pregunta?

-Bien, Roz, el que acaba de llamar ha sido Adam Milroy.

Vendrá a verte mañana y tiene una proposición para ti, al menos eso supongo, porque me pidió que te dijera que no hagas nada con la herencia de tu abuelo hasta que hable contigo.

-No comprendo -dijo Roz, confundida.

-Yo tampoco estoy segura de entenderlo -señaló la señora Howard-. Pero quizás tenga algo que ver con la cría de caballos de carreras.

Roz había estado nerviosa el resto del día, pensando en la proposición de Adam Milroy. Incluso olvidó proponerle a la señora Howard volver a su casa pronto. Pero esa misma noche lamentó no haberlo hecho, ya que Michael y su padre tuvieron una fuerte discusión y era imposible no oír lo que decían.

-¡Eres demasiado joven para pensar en eso, Mike! No has tenido oportunidad de... conocer, de madurar. ¿Crees que me agrada la idea de haber trabajado como un esclavo durante tantos años para darte una buena educación para que tú lo tires todo por la borda por una mujer...? ¿Cómo esperas arreglártelas con la universidad y una esposa? Yo no os voy a mantener a los dos. Mike, ella no es para ti, nunca lo será, créeme, no es el tipo de mujer que deseo para un hijo mío...

A la mañana siguiente, alguien llamó a la puerta de Roz muy temprano, pero suponiendo que era Mike no había contestado, porque no sabía qué decirle. Así que esperó a que Mike y su padre se marcharan de la casa para salir de su habitación. Encontró a la señora Howard sentada junto a la mesa de la cocina, triste y pálida.

-Me... iré a casa hoy mismo -dijo Roz tímidamente-. Lo lamento y yo... no sé qué decir. Lo siento.

La señora Howard apretó los labios, después le hizo una seña para que se sentara y le sirvió una taza de café.

-Estoy muy enfadada, Roz, y no lo puedo negar, pero no es contigo.

-¿Con quién? -murmuró Roz.

-Con los hombres.

-¿Mike?

-Mike no es un hombre -la señora puso la cafetera sobre la mesa, de golpe-. Es un niño y resulta ser mi único hijo, ¡y no puedo creerme que su padre haya sido capaz de asumir semejante escándalo con todo esto! ¡Estoy tan enfadada que no sé qué hacer!

-Señora Howard -comenzó Roz con voz temblorosa, pero fue

interrumpida.

-Como si... como si no fuera natural que un muchacho de dieciséis años pensara que ha encontrado el amor de su vida; ¿por qué no hablarlo de otra manera? ¿Por qué todo este maldito...? -se detuvo y suspiró-. Lo siento, Roz, supongo que tú crees que has encontrado el amor de tu vida, pero... -se encogió de hombros.

-Señora Howard… -comenzó Roz de nuevo, pero, de pronto, se quedó en silencio.

-Continúa.

-Puedo comprender que ustedes piensen que somos demasiado jóvenes. Pero su esposo dijo que yo no soy la mujer indicada para Mike y que nunca lo seré. ¿Es porque teme que voy a ser como mi abuelo? ¿Que haya heredado de él algún vicio?

La señora Howard la miró fijamente y después le dijo:

-No, querida, no. Eso es ridículo, porque te conocemos bien y sabemos que eres una buena chica. Pero... -se detuvo.

-Por favor, dígamelo -le pidió Roz.

La señora miró por la ventana.

-Es... es algo acerca de ti. Algo que los hombres encuentran en ti. Es tu carácter reservado y maduro junto con tu apariencia, tu hermoso cuerpo. No... no va a ser fácil para ti, Roz, ni tampoco para el hombre que se case contigo. Eso es lo que teme el padre de Mike. Verás, él no ha sido inmune a ello tampoco.

Los labios de Roz se abrieron con gesto de sorpresa.

La señora Howard la miró con precaución.

-¿Entiendes lo que trato de decirte? -dijo después de un momento.

-¡Oh, no! -los ojos de Roz reflejaban tristeza y se puso pálida.

-Veo que sí -le dijo la señora con calma.

-¡Pero yo no tenía ni idea! Yo, por favor, créame, yo...

-Roz, cálmate. Claro que no podías saber nada. Tampoco quiero que pienses que mi esposo es un monstruo o algo así. Eso tan sólo prueba que es un hombre como cualquier otro.

-Pero…

-Por desgracia -continuó la mujer-, ha sido muy difícil para él hacerle frente a esto. Tiene principios morales muy fuertes y le gusta enorgullecerse de su integridad. Lo que nunca deja de asombrarme es con qué frecuencia la gente como él cae en una terrible trampa. Pero además, ya sabes que los hombres no necesitan mucho para echar la culpa a las mujeres.

-No comprendo -murmuró Roz.

-Él te culpa a ti, Roz.

-Quiere decir... -la chica se quedó atónita-. Pero yo nunca...

-Lo sé, Roz.

-Me siento muy mal. Me siento... ¿en realidad quiso decir que él cree que yo... incito a los hombres a... a...? -Roz se detuvo y humedeció sus labios-. ¿Él dijo eso?

-No con esas palabras, pero puedo adivinarlo fácilmente -dijo con expresión afligida-. El hecho de que Adam Milroy haya pasado la noche contigo y lo que Stan trató de hacer, empeoró las cosas.

-¡Adam no pasó la noche conmigo! -exclamó Roz.

-Lo lamento -la señora Howard cerró los ojos durante un momento-. Roz, ¿cómo puedo explicarlo mejor? Es... como un mecanismo de defensa que mi marido está utilizando contra ti, ¿puedes entenderlo? Oh, Roz, cómo siento tener que decirte esto, pero las circunstancias son adversas -suspiró y de pronto pareció mucho más vieja-. Sólo puedo sentirme indignada ante la forma en que nos tratan los hombres, algunas veces; en este momento tengo que prepararme para un terrible enfrentamiento dentro de la familia –miró a Roz con tristeza.

-¿Qué podemos hacer? -preguntó la chica después de un largo silencio -. Parece que no soy capaz de pensar con demasiada claridad. Quiero decir, por supuesto que me iré a casa, pero Mike... y... -parpadeó para contener algunas lágrimas, en su cara pálida había una expresión de duda y tristeza.

-Pensaré algo -dijo, intentando parecer tan decidida como otras veces-. ¿Por qué no desayunas y después te pones algo más elegante?, no olvides que Adam Milroy va a venir a verte esta mañana. Debo confesar que tengo mucha curiosidad acerca de este asunto, ¿tú no?

Roz la miraba con fijeza.

-¿Te habías olvidado? -le preguntó la madre de Mike con amabilidad,

-Yo... sí. Pero no tengo hambre -dijo Roz con aire distraído.

La señora Howard no le prestó mucha atención, sin embargo, la convenció de que tomara pan tostado y té; luego la mandó a que se cambiara, pero poco después acudió para ayudarla a escoger la ropa. Se decidieron por una blusa azul del mismo color que los ojos de Roz y una falda blanca de algodón. Después le sugirió que se recogiera el pelo y la ayudó a hacerse un moño.

Meses después, Roz había llegado a preguntarse si la señora Howard conocía las intenciones de Adam Milroy respecto a ella. Pero le pareció que no podía ser cierto. Los años en que la madre de Michael la había tratado como a una hija hacían difícil creerlo... No, todo tenía que haber sido una coincidencia.

Pero aquella mañana, mientras se miraba al espejo, lo que veía era el reflejo de una extraña, una muchacha que no parecía reconocer, alta y de cintura estrecha, una chica que los hombres

consideraban seductora y algo peor. Una joven con una nube de culpa y vergüenza en su mente y unos ojos azules asombrados y tristes.

-¿Por qué no llevas al señor Milroy a ver a la potranca, Roz? -preguntó la señora Howard.

-Ya la ha visto.

-Pero me gustaría verla de nuevo -le dijo Adam Milroy con una sonrisa-. También hace un día hermoso -él estaba vestido de manera informal, con un pantalón beige, botas de cuero y una camisa blanca un poco abierta.

Pero Roz estaba nerviosa y no conseguía concentrarse en otra cosa que no fueran trivialidades, tales como por qué la señora Howard le había sugerido que se cambiara el pantalón vaquero, para después proponerle que diera un paseo a través de la dehesa para ver a Nimmitabel y la vieja yegua.

Y no muy lejos de la casa, su mente sobrecargada seguía pensando en trivialidades. Era un día hermoso, con el cielo azul, la tormenta de granizo era sólo un recuerdo.

Roz dejó de andar y dijo con tono vacilante:

-Lo siento, pero no quiero ir más allá. ¿Podría decirme ahora para qué quería verme?

Adam se detuvo junto a ella y la miró, frunciendo el entrecejo:

-¿Qué pasa? Ha vuelto a molestarte Stan Hawkins.

-¡No! No lo he visto.

-Entonces algo ha pasado aquí.

-Por favor, si usted sólo... -pero no pudo continuar. Habían llegado a una cerca y Adam apoyó un codo sobre la parte superior. Luego miró a Roz y le dijo:

-Está bien, he venido a sugerirte que nos casemos.

Por un momento Roz pensó que el mundo se había detenido y que era lanzada al espacio. Lo que en realidad había sucedido era que el asombro la había hecho retroceder y tropezar con una piedra, y él la había cogido en brazos para que no se cayera al suelo.

Después se dio cuenta de que Adam se estaba riendo, y trató de zafarse de sus brazos sin conseguirlo; alzó la mirada y preguntó:

-¿Cree que es gracioso hacer bromas sobre algo así?

-Oh, no me estaba burlando -dijo él, pero sus ojos oscuros tenían una expresión divertida-. Y tampoco me reía de ti, sino de mí.

Ella lo miraba y su corazón latía de manera salvaje.

-¡Pero no tiene sentido! ¿Por qué querría usted casarse conmigo?

-Roz -él buscó su rostro confuso y preocupado, la atrajo hacia sí un poco más y le cogió la mano-, hay un banco ahí. Vamos a sentamos para hablar de esto.

El asiento estaba debajo de un viejo sauce, así que era un sitio fresco y apartado. Adam no había soltado su mano mientras se sentaban y estiró su brazo libre sobre el respaldo del banco.

-Antes de nada -dijo él al fin-, lo que me parece divertido es que, desde que tengo mucho dinero, ha habido muchas mujeres... que se hubieran alegrado de que yo les hiciera esa pregunta. Mientras que tú casi te caes de la sorpresa. Lo encuentro agradable y también irónico.

-No me parece así -le dijo Roz con calma-. Casi no nos conocemos. Lo que sería irónico es que entre todas esas mujeres que desean casarse con usted, encontrara alguna a la cual usted amara con desesperación pero no pudiera conseguir.

-Tienes razón, mi sabia amiga -señaló, sonriente.

-No trataba de molestar o de pasarme de lista -apuntó rápidamente.

Adam entrelazó sus dedos con los de ella, en silencio.

-Lo sé. Es otro punto a tu favor, Roz.

La chica parecía inquieta, pero su mano permaneció en la de él.

-Eso no es razón suficiente para querer casarse conmigo. ¿No... no deben las personas estar enamoradas para casarse? ¿No cree usted en el amor?

-Supongo -dijo, meditabundo-, que hay mucha gente que se casa porque cree estar enamorada y luego se da cuenta de que no es así. Creo que es muy difícil saber diferenciar entre la atracción física y eso que llaman amor. Creo que el matrimonio es una proposición incierta, o en las mejores circunstancias, una relación sana y racional que puede ser recomendable.

-Supongo que eso quiere decir que no cree en el amor -murmuró ella-. Y tal vez el ser tan rico ha contribuido a ello, pero no creo que sea una buena manera de ver las cosas.

Él le soltó la mano y se inclinó hacia adelante.

-Roz, cuando yo tenía veinte años me enamoré locamente de una hermosa muchacha llamada Louise. Nos casamos. Doce meses después nos divorciamos y ella se volvió a casar con un hombre mayor y muy rico. Tal vez fue lo mejor que pudo haber pasado. Nosotros creíamos que nos amábamos con pasión, pero de hecho no podíamos vivir juntos. Yo -hizo una pausa-, no tenía entonces mucho dinero y ella no era el tipo de muchacha que uno podía sobrecargar de trabajo o imponerle restricciones económicas. Ella... -se detuvo y miró las ramas del sauce-. Sí, no creo en el amor -dijo después de un rato-. No sería justo decirte otra cosa. No porque aún esté enamorado de Louise, pero mi experiencia me dice que tal vez la gente busca sólo un enamoramiento apasionado y no comprende que eso es algo inconstante; yo creo que un compromiso honesto, de

naturaleza práctica... resulta mejor.

Roz abrió la boca, pero inmediatamente la cerró.

-Por ejemplo -continuó Adam-, y me disculpo por ser tan sincero, Michael Howard no es para ti...Roz. Él es un niño, un chico amable, tal vez, y no puedo negar su buen gusto, pero él está... -se encogió de hombros-, como yo estaba deslumbrado con Louise.

-¡No diga eso! -exclamó ella.

-¿Ha tenido él otras novias? -preguntó con los ojos entrecerrados.

-No, pero... -titubeó.

-¿Así que tú eres la primera para él y viceversa?

-Yo... sí, pero... usted habla como su padre -acusó Roz con amargura.

-Si yo fuera su padre también estaría muy preocupado -dijo y le tomó otra vez la mano-. Aunque fue un encuentro breve el de ayer, Roz, pude darme cuenta de las tensiones que hay bajo una aparente tranquilidad.

-¿Qué tensiones?

-Un padre viendo a su hijo anhelando casarse demasiado joven, porque las circunstancias han hecho a la chica muy vulnerable, y eso es muy atractivo para los hombres jóvenes, que son más románticos de lo que uno cree.

Roz parpadeó y se quedó inmóvil ante aquellas palabras porque, después de todo, ella había pensado lo mismo.

-¿Y eso es todo? -preguntó después de un momento.

-La madre de Mike estaba tratando de aligerar la tensión, pero creo que aunque ella te quiere mucho, también tiene dudas.

-Todos -dijo Roz con calma-, están muy preocupados porque creen que Mike es demasiado joven. En cambio usted no piensa que yo soy muy joven para casarme; sino no me lo pediría, ¿no es cierto?

Él se quedó en silencio.

-¡Y además apenas nos conocemos!

-A veces lo que cuenta es cuánto conoces a alguien, no el tiempo que lleves tratándolo. Yo creo que te conozco bastante bien, por cierto. Pensé que lo mismo te habría sucedido a ti, pero tal vez la última cosa que te imaginas es a nosotros... casados.

Roz cerró los ojos y trató de borrar todas sus fantasías infantiles que la acosaban de manera traicionera. Y tuvo que pensar que si no fuera todo tan imposible, sería como un sueño hecho realidad; y no pudo evitar la risa nerviosa que salió de su boca, aunque apretó los labios.

-¿Qué significa eso? -le preguntó Adam-. ¿Sí o no? Si consideras que soy tan odioso como Drácula, me iré ahora mismo.

-No, no, no es eso -dijo con agitación-. No sé qué decir. Estoy... -se levantó y dio algunos pasos, luego se quedó mirándolo-. Gracias, creo que sus intenciones son buenas, pero no podría. No estaría bien.

-Roz -le dijo súbitamente-, déjame decirte lo que se podría lograr si nos casamos. Tú no tendrías problemas con las deudas de tu abuelo, podrías quedarte con Nimmitabel...

-¡No! -exclamó incrédulamente-. ¿Así que de eso se trata?

-Podría decirse que en parte sí -respondió secamente, pero había algo de burla en su mirada al añadir-, pero de cualquier modo, puedo comprar la potranca cuando se ponga a la venta. El ser rico tiene sus ventajas.

Él esperó y la observó; Roz se preguntó por qué tenía que sentirse culpable por lo que Adam había dicho.

Él continuó hablando mientras ella lo miraba con asombro.

-Habrá otras ventajas para ti, tendrás seguridad y una casa. Mencionaste que te gustaría tener muchos hijos, y me doy cuenta de que a mí también. ¡Tres, por lo menos! -sonrió, después se puso serio-. Y también tendrás un marido que te prestará toda su atención; tienes que saber que quizás sea un cínico, pero siempre cumplo mi palabra.

-Yo... -empezó a decir ella, sin mucha decisión.

-Con respecto a la potrilla -la interrumpió-, no puedo negar mi interés, pero lo que más me gustaría es que pudieras conservada. Tal vez -se encogió de hombros-, sea supersticioso, pero el animal te pertenece y, antes de que me arrepienta de habértelo dicho, si no te encontrara... deseable, no te pediría que te casaras conmigo aun que tuvieras seis Nimmitabeles.

Roz se ruborizó.

-Tal vez no te das cuenta de lo hermosa que eres, Roz -le dijo Adam con voz suave-. O cuánto saldría ganando yo. Una mujer joven, con inteligencia y gracia. Alguien a quien pueda respetar lo suficiente como para que sea la madre de mis hijos.

Roz abrió la boca con gesto de sorpresa y después volvió a cerrarla. Sabía que nunca podría olvidar los problemas que había provocado sin querer entre los Howard; el rostro pálido y triste de la señora, a Mike que, hasta ese momento, se había llevado bien con su padre. Y tampoco podía olvidar el hecho de que, a pesar de saber que era inocente, no podía dejar de sentirse un poco culpable por las confesiones de la señora Howard respecto a su marido y otros hombres.

-Yo... -se detuvo y se mordió un labio, se quedó mirando a Adam y notó que él la miraba con interés. Como si él hubiera expuesto sus motivos y estuviera preparado para cualquier respuesta. Roz pensó,

de pronto, lo clara y segura que parecía su proposición, sin los oscuros secretos y trampas que existían entre hombres y mujeres, como había descubierto aquella misma mañana con tanto miedo y vergüenza...

Pensó en la posibilidad de irse de allí con su potranca, en abandonar su casa, en Mike y finalmente en Adam Milroy, que acababa de decirle que la respetaba; también le había dicho que la deseaba, sí, pero no de una manera que la hiciera sentirse avergonzada.

-Yo... -ella miró hacia arriba y él aún estaba estudiando su cara-. Está bien. Sí. Muchas gracias.

Adam no dijo nada, sólo tendió su mano hacia ella; Roz titubeó, pero después volvió al banco y se sentó junto a él. Adam rodeó sus hombros con el brazo, porque ella había empezado a sollozar; Roz dejó correr las lágrimas por sus mejillas porque ya no podía controlarse más.

A él no pareció importarle; apoyó la cabeza de la chica sobre su hombro y le acarició el pelo mientras lloraba. La muchacha descargaba, así, la tensión acumulada por las desastrosas y horribles semanas que había pasado y por la importante decisión que acababa de tomar.

Las cosas, entonces, se habían sucedido con una velocidad que había superado a Roz.

Ni siquiera había visto a Mike para explicarle el asunto; se sentía cobarde porque sabía que no podría hacerlo de cualquier modo y temía la reacción del chico. Adam le había dado la noticia a la señora Howard en cuanto volvieron del paseo. La señora se quedó atónita y le dijo a la muchacha:

-Roz, si algo de lo que dije esta mañana...

Pero la chica se acercó a ella y la abrazó, ante la expresión extrañada de Adam.

-Confío en él; si no lo hiciera, no aceptaría una cosa así. Además no creo que yo le convenga a Mike. Tal vez usted pueda... ayudarlo a comprender, por favor; y gracias por todo.

-¡Oh, Roz! -exclamó la señora Howard-. ¿Estás segura?

-Del todo.

Pero después de una triste despedida, mientras iban en coche hacia casa de su abuelo, Adam le preguntó:

-¿Qué te dijo la señora Howard esta mañana, Roz?

-Sólo... algunas de las cosas que tú has dicho después, acerca de Mike, quiero decir.

-Me pregunto si ella no tratará de impedir que yo te embarque en algo como esto -le dijo él con una débil sonrisa.

Roz pensó que la señora Howard sólo podía sentir alivio ante los

acontecimientos. Además había sido sincera en todo momento y era lógico que su familia fuese lo primero para ella.

Una vez en la casa de su abuelo, Roz señaló las cosas con las que deseaba quedarse, y desde allí mismo, Adam se dispuso a solucionar el transporte de los caballos.

-Verás, sólo pedí prestada la yegua, no es mía -dijo con aire distraído.

-Dame el nombre y dirección del dueño y la compraré –señaló él con calma.

Cuando hubieron terminado, Adam la llevó a su apartamento en Brisbane, el cual utilizaba, según le dijo, cuando tenía que quedarse a pasar la noche en la ciudad. Pero no se quedó con ella. En vez de eso, al caer la noche, llegó al apartamento una alegre mujer llamada Milly Barker.

-¡Me alegro mucho de conocerla! Soy el ama de llaves.

-Y por cierto que me tiene controlado en todo momento -dijo Adam con una sonrisa.

-¡Claro que no! Bueno, ya conocerás la verdad pronto, Roz, ¿puedo llamarte Roz y tratarte de tú?

-Por supuesto -dijo la joven con timidez.

Pero durante los días que siguieron había empezado a confiar en Milly Barker y a mostrarse menos tímida con ella; habría sido imposible no hacerlo, ya que habían ido juntas a comprar el ajuar de novia y Roz pudo descubrir que la mujer no tenía la intención de indagar sobre las razones de su matrimonio; o si la tenía, lo ocultaba muy bien. Algunos meses después Roz se había dado cuenta de que Milly era algo más que un ama de llaves; se encargaba personalmente de la vida social de Adam y, sobre todo, manejaba a la familia con tacto y discreción. Aunque, tiempo después, Roz había pensado que para Milly debió haber sido una prueba de entereza y paciencia el tener que soportar el asombro de la familia cuando les dio la noticia del matrimonio, mientras ellos estaban de viaje de novios.

Adam le había explicado a Roz que no tenía intención de permitirle a su familia que se inmiscuyera en su boda, ni hacer del suceso una especie de circo con todo tipo de discusiones sobre quién debería ser padrino de boda, testigos y todo eso.

-¿Pero y tu madre? -le había preguntado Roz.

-Mi madre tiene suficientes hijos como para tener varias bodas en los próximos años; yo soy el segundo que se casa en la familia, pero además tenemos primos, primas y sobrinas a montones; a pesar de todo, le he escrito una carta para que Milly se la entregue. Entre otras cosas le recuerdo que mi padre la convenció de que huyera de su casa para casarse con él y después la presentó a su

familia ya como un hecho consumado.

-¡Oh!

-Roz -era el día anterior a la boda y estaban cenando lo que Milly les había preparado-, si has descubierto que algo no te gusta, ahora es el momento de que me lo digas. Sé que debes tener algunas dudas, pero ahora me conoces un poco mejor y puedes hacer un juicio más razonable.

Ella lo miró por encima de la elegante mesa iluminada con candelabros.

-¿Has tenido tú alguna duda?

-No -respondió él en voz baja, pero con decisión.

Roz bajó la mirada y recordó lo que había hecho el día anterior; había estado buscando en la guía telefónica si el nombre de A. Milroy aparecía, por si Mike hubiese querido localizarla; no habría sido muy difícil, porque su prometido aparecía tanto en Brisbane, con el domicilio de su apartamento, como en la costa Dorada. Pero él no lo había hecho y ya habían pasado diez días. Tal vez era tonto esperar que Mike comprendiera y preguntarse si sería capaz de enfrentarse a tantos obstáculos por ella. Pero Mike no lo había intentado.

-No -dijo Roz-. Tampoco yo -sonrió bajo la tenue luz de las velas y le preguntó cómo estaba Nimmitabel en su nueva casa.

Al día siguiente, por la tarde, estaban en su luna de miel.

-Roz.

-¿Mmm?

-¿Estás bien?

-Sí. Muy bien -dijo, somnolienta, y se desperezó entre los brazos de él-. ¿Estuvo bien, quiero decir, lo hice bien?

Su habitación en el lujoso hotel en Cairns, punto de partida de su viaje de novios hacia el Norte de Queensland, estaba en silencio.

-Te he encontrado exactamente como yo esperaba. Muy dulce, con un poco de miedo, pero más encantadora de lo que pensé -recorrió con los dedos el cuerpo de ella.

-Pensé que dolería más -le confió Roz-. En realidad no sabía qué esperar.

-Nunca me ha gustado hacer daño a pequeñas criaturas.

-Me haces sentirme como un conejo -le dijo fingiendo indignación, pero soltó una risita -, no soy tan pequeña, ¿verdad?

-Comparada conmigo, sí -señaló Adam con seriedad.

-Pero, quiero decir, ¡oh, tú sabes lo que quiero decir...! –se quedó callada cuando él empezó a acariciarle los senos-. Bien, no son muy grandes, lo sé -murmuró ella con timidez.

-Son perfectos, como el resto de ti; la palabra correcta es *exquisita,* Roz.

Se volvió a quedar dormida en sus brazos, sintiéndose aliviada porque había necesitado toda su valentía para acostarse con Adam Milroy y había pensado que iba a estar más nerviosa. Pero mientras se quedaba dormida, se sentía feliz de poder mantener la decisión de aceptar ese aspecto de la vida de casada y de sobreponerse a todos sus temores e inseguridades. Había conseguido portarse como una esposa debe hacerlo, y descubrió que podía aceptarlo, que no había nada aterrador en ello y que Adam era paciente, amable y muy cariñoso.

CAPÍTULO 5

ROZ se levantó y caminó hacia la ventana. Suspiró y se preguntó qué era lo que había salido mal en su matrimonio, después del emocionante comienzo. Se asomó a la ventana de su habitación en Pequeño Werrington, y miró hacia la entrada que estaba iluminada por la luz de la luna; en ese momento Angelo cruzaba la terraza y se montaba en su coche deportivo. Detrás de él salió Amy, que consiguió arrancar su viejo coche, después de varios intentos fallidos. Ambos vehículos se perdieron en la oscuridad de la noche.

Roz no pudo evitar sonreír ante el estruendo del motor del viejo coche de Amy. Adam quería mucho a su prima y ésta lo sabía; él siempre decía que Amy tenía otras cualidades, como su talento para la música. Roz pensó que Adam era encantador con sus familiares jóvenes, y deseó tener un hijo, por fin. Pero sabía que ése no era el único problema que había entre ellos.

Se mordió el labio al recordar el ulular de las sirenas de las ambulancias y de los bomberos, y se preguntó si algún día podría olvidar la casa en llamas, después del viaje de novios, camino de su nuevo hogar. Y aquellos recuerdos iban unidos a los Howard, al señor Howard... eso era lo que más la inquietaba; siempre había temido enamorarse de Adam porque éste no creía en el amor y porque estaba obsesionada por apartar de sí el deseo físico, por diferenciarlo del verdadero amor. Roz se daba cuenta de que no quería admitir que deseaba a Adam porque después de lo sucedido con el señor Howard odiaba todo lo relacionado con la pasión y el deseo. Roz se sentía infeliz, celosa e indefensa y se preguntaba los motivos de su situación y de su confuso estado de ánimo.

Se frotó los ojos y murmuró para ella misma:

-Tú te enamoraste de él, Roz, ¿por qué no lo admites? No solo lo quieres sino que lo necesitas, estás perdida sin él, y tratas de engañarte. Pensaste que podrías dirigir tu vida ante Adam, y conservar una parte de ti, reservada y secreta; te enfrentaste a él sólo para demostrarte que eras capaz de hacerlo, y ahora que lo has logrado, ¿te das cuenta de la victoria tan vacía que has alcanzado? Estabas tan obstinada con tus recuerdos y problemas que nunca te detuviste a pensar en él, hasta que fue demasiado tarde. Lo indujiste a creer que aún querías a Mike... ¡qué tonta fuiste, Roz! Tal vez hasta tuviste oportunidad de... conseguir que se enamorara de ti, y lo dejaste escapar entre los dedos...

Cerró los ojos con pena.

Poco después, cuando los abrió, pudo ver una curiosa escena al lado del coche de Richard. Había estado tan concentrada en sus

propios sentimientos, que no había oído a Richard y a Nicky salir de la casa; en aquel momento estaban abrazándose apasionadamente bajo la luz de la luna y no había nada de familiar en aquel beso.

De pronto, Richard había apartado a Nicky de su lado, y a pesar de la distancia, Roz se dio cuenta del esfuerzo que le había costado, y de que los ojos de ella estaban llenos de lágrimas.

-¡Oh! -exclamó en voz baja; de pronto, todo encajaba en su lugar. Margaret había previsto ese romance, y también Flavia. La noche de la fiesta de su cumpleaños, su suegra sólo se había fijado en Richard y Nicky, no en Angelo y su nueva novia. Y también comprendía las cosas que Nicky había dicho, y su preocupación por saber de qué parte estaba Adam.

Roz parpadeó y se alejó de la ventana porque sintió que no tenía derecho a espiarlos, pero pudo oír el motor de un coche que se ponía en marcha y se alejaba.

Se preguntó qué podría pensar su marido sobre ese asunto. Quizás compartiera el punto de vista de Margaret de que Nicky no era lo que Richard merecía, o tal vez la teoría de Flavia de que sólo eran unos niños. Desde luego se preocuparía porque eran familiares, aunque en realidad no fueran directos; tan sólo eran parientes en segundo grado, porque Margaret y Nicky eran primas.

Con una sensación de desasosiego, decidió que a Adam no le iba a gustar la relación de Richard y su hermana, y ese pensamiento fue otra carga que se llevó a la cama con ella.

-Roz, te veo pálida -le dijo su suegra a la mañana siguiente. La chica había olvidado que Flavia había quedado en ir a visitarla, hasta que Milly se lo recordó en el desayuno.

-Creo que echo de menos a Adam -respondió Roz, con lo que Flavia pareció sentirse muy satisfecha. Luego preguntó dónde estaba Nicky.

-Aún está dormida -contestó Roz.

-¡Pero si son las once de la mañana!

-Se acostó tarde anoche y como está de vacaciones pensé dejarla dormir otro rato. Me temo que yo también he dormido hasta muy tarde.

-¿Salió anoche Nicky?

-No. Vinieron Angelo y Amy y...

-Ah, eso está bien -comentó Flavia-. Me gusta verlos juntos, y ¿sabes?, me sorprende ver lo buenos amigos que son ahora Angelo y Nicola, teniendo en cuenta cómo se peleaban cuando eran pequeños. Gracias por permitirle quedarse, Roz -le dijo suavemente, y le dio un golpecito en la mejilla. Luego miró por la ventana y añadió-: Santo Dios, tienes más visitas, Roz. Parece que es Margaret y creo que trae a Elspeth con ella.

Roz cerró los ojos con disgusto, porque de verdad era Margaret, y como casi siempre lo hacía, había llevado a la tía Elspeth con ella. Estaba convencida de que le había dicho a Margaret que Flavia estaría en su casa ese día, porque era un hecho bien conocido que Flavia y Elspeth se detestaban.

-Mmm -dijo ella-, le dije a Margaret que usted vendría hoy. Se debe haber confundido.

-¡Claro que no! -dijo Flavia con dulzura-. No hay razón por la que Margaret y Elspeth no puedan venir si yo estoy aquí. ¡Voy a salir para saludarlas!

-Yo... yo iré a darle instrucciones a Milly sobre la comida-dijo Roz y se fue.

-¡Oh, Milly! -dijo casi sin aliento, cuando se la encontró en la cocina-, necesito ayuda.

-¿Qué es lo que pasa?

Roz se lo explicó, y el ama de llaves pareció preocupada durante un momento. Luego dijo:

-Tú puedes hacerte cargo. Sólo sé amable y menciona a Adam varias veces, eso suavizará la situación. ¿Y Nicky? ¿Quieres que la despierte?

-Yo lo haré. ¿Te importaría ocuparte de todo mientras subo arriba?

Roz despertó a su cuñada y le dio la noticia de las visitas.

-¡Oh, no! -exclamó, y se tapó la cabeza con la almohada-. Dios mío, ¿qué he hecho para merecer esto? -después se sentó-. Si todas han venido para...

-No han venido a eso -dijo Roz y de inmediato se dio cuenta de que había cometido una indiscreción, pero Nicky no pareció notarlo, así que continuó-, quiero decir, Margaret ha tenido que confundirse de día, porque estoy segura de que no hubiera traído...

-Roz, la última cosa que deseo hoy es ver a mamá y a la tía Elspeth discutiendo. Con respecto a Margaret... ¿No puedes tú...?

-No, Nicky -dijo Roz con suavidad-. Es demasiado tarde para eso. Sólo muéstrate tranquila y serena, y menciona a Adam de vez en cuando, eso suavizará la situación.

Nicky la miró con expresión de duda y Roz contuvo el aliento, pero su cuñada dijo con una sonrisa:

-He oído esa frase otras veces, en boca de Milly. Bien, supongo que podía ser peor. ¡Podía haber venido Lucía también!

-jOh, Roz! -dijo Nicky horas después de que todos se hubieron ido-, tienes que admitir que somos una familia poco convencional. Casi me muero cuando mamá y la tía Elspeth entablaron esa

conversación sobre los méritos y cualidades del carácter anglosajón frente al latino. Quiero decir que casi me muero de risa. Parecían tan amables y tan irónicas, a la vez... y han discutido sobre eso desde que se conocen, ¿puedes creerlo?

-Ahora sí -respondió Roz con una sonrisa.

-Pero estuviste estupenda cuando dijiste que ambos caracteres se mezclaban de forma maravillosa y que Adam era una prueba viviente de ello. ¡Eso las dejó mudas!

-Creo que no por mucho tiempo -señaló Roz-. Tan pronto como lo dije podía imaginarme a Elspeth diciendo que sí, pero que eran sus genes anglosajones los que habían templado a los latinos. O a tu madre diciendo que si no, podía haberse convertido en un frío bacalao sin genes.

-¡Un frío bacalao! -Nicky comenzó a reírse con ganas.

-Lo siento, no trataba de burlarme de tu madre. Me agrada y la admiro -dijo Roz.

-¿De verdad, Roz? -preguntó Nicky.

-Siempre me había preocupado mucho su opinión sobre mí. Ahora sé que ella... no me desaprueba; supongo que es fácil decir que creo que es muy comprensiva, amable y cariñosa, pero es cierto... lo he estado pensando durante bastante tiempo. ¿Por qué lo preguntas, Nicky?

-Por nada especial; sólo que si ella fuera más joven podría...

-Cincuenta y cinco años no es ser viejo, Nicky.

-No, pero si yo hubiera sido su primer hijo, ella tendría treinta y ocho años... -Nicky se quedó callada y parecía preocupada-. No es que yo no la quiera, admire y respete, Roz, pero algunas de sus ideas son muy anticuadas.

-Creo -dijo Roz cautelosamente-, que la mayoría de las madres son así, o parecen serlo. Y cuando nosotras seamos madres -se mordió un labio-, quizá nos portemos igual. Supongo que ellas conocen todas las trampas en las que puede caer una chica.

-Seguramente creen que hay un peligro a cada paso –dijo Nicky con seriedad-. La tía Margaret ha estado muy callada hoy.

-Sí.

-Bien, ¿qué vamos a hacer mañana? Por cierto, ¿cuándo regresa Adam?

-Dentro de dos días. Y mañana, llevaré a Nimmitabel al hipódromo, para acostumbrarla al ruido y alboroto de una carrera. ¿Qué te parece si nos arreglamos y vamos?

-En realidad no he traído ropa adecuada -dijo Nicky.

-¡Entonces vamos a inspeccionar mi armario, ahora mismo! -exclamó Roz-. Casi debemos usar la misma talla.

Roz no pudo evitar sentirse aliviada cuando Nicky aceptó la idea

con entusiasmo y, aparentemente, olvidaba todos sus problemas. Pero se preguntó si no era una cobardía desear que su cuñada no confiara en ella.

Al día siguiente, Nicky pareció disfrutar de la carrera y estaba muy favorecida con una túnica de color rosa que le había prestado Roz. Esta iba de color azul pálido y, de pronto, Nicky le dijo:

-¡Tú y yo estamos despertando mucho interés, señora Milroy! ¡Interés masculino! ¿No es una suerte que hagamos tan buena pareja?

Roz asintió con una sonrisa y pensó que tal vez los problemas de su cuñada no eran tan graves. Pero cuando llegaron a casa, Nicky parecía estar muy inquieta y, después de la cena, invitó a Roz a jugar un partido de tenis a la luz de los árboles.

Sin embargo, apenas habían iniciado el partido, Nicky lanzó su raqueta y se sentó en la cancha con la cabeza entre las manos. Roz se preguntó si Milly estaría aún en casa para ayudarla a consolar a la pobre chica, pero el ama de llaves había salido a visitar a unos amigos en Nerang.

-Nicky -le dijo con calma-, vamos a casa. Allí podremos charlar con más comodidad.

La muchacha encogió los hombros y por un momento pareció ignorarla; pero después se puso de pie y Roz la cogió del brazo.

-Ahora dime. Se trata de Richard, ¿no es cierto? -dijo Roz con suavidad.

-Sí -sollozó Nicky-. ¿Pero cómo lo sabes?

-Os vi la otra noche, por casualidad, desde mi ventana.

-¡Y no me dijiste una palabra! -exclamó Nicky con amargura, mirando hacia ella y mostrando sus ojos llenos de lágrimas.

-Pensé que si tú querías, me lo dirías. Nicky, ¿lo saben los demás?

-Claro que lo saben -dijo la joven con más amargura aún-. Si conoces alguna manera de mantener un secreto en esta familia, me gustaría que me la dijeras.

-¿Pero eso quiere decir que no has confiado en nadie?

-No he tenido que hacerlo. Y nadie ha admitido abiertamente que lo sepa, pero todos me hacen comentarios, con frecuencia, sobre los riesgos de casarse joven y los peligros de una unión entre parientes; también me recomiendan que consiga antes mi título y que después viva un poco mi vida. Eso fue lo que más me exasperó, Roz, porque si salgo a probar la vida, ¡ellos serían los primeros en escandalizarse! He tenido que soportar hasta un sermón de mi madre sobre lo poco fiable que es el primer amor. Y aun así, cuando

yo era niña, le gustaba jactarse de que papá había sido el primero y único amor de su vida, ¡y ella se casó cuando tenía dieciocho años!

-¿Es Richard tu primer amor, Nicky? -Roz sonrió para sí misma.

-Sí. Bueno, he tenido algunos amigos, pero nunca ha habido nada serio con ellos.

-Nicky, me preguntaste el otro día si Adam había sido mi primer amor y yo te dije...

-Lo sé -la interrumpió Nicky-. ¡Pero uno no puede generalizar! Quiero decir, no hay reglas sobre este tema, ¿verdad?

-No -admitió Roz-, pero creo que tal vez hay una... una especie de edad peligrosa en la que te sientes madura y capaz de adoptar este tipo de decisiones, y después te das cuenta de que no lo eras, Nicky...

-Roz, aunque no fue la primera vez para ti, no eras mayor que yo ahora, cuando te enamoraste de Adam.

-Pero él era mucho mayor que Richard -le recordó; sin embargo se dio cuenta de que estaba tratando de dar un consejo desde una posición muy insegura.

-Tal vez, ¿pero cuánto tiempo te llevó tomar la decisión de casarte con Adam? -le preguntó Nicky.

Roz permaneció callada un momento, mientras pensaba que, como mucho, había tardado media hora en decidirse.

-Supongo -dijo al fin-, que lo que trato de decirte es que, al final, tendrás que decidirte, pero no es sabio apresurarse Nicky, y creo que eso se aplica a cualquier edad.

Nicky la miró con tristeza.

-¿Puedo pedirte un favor, Roz? ¿Sacarás este tema cuando esté Adam? Sé que es mucho pedir, pero si al menos supiera que a él no le preocupa que Richard y yo seamos parientes, bueno, entonces no me importaría lo que pensaran los demás.

-Creo que debes ser tú misma quien le hable a Adam sobre ello.

-No sé por qué, pero me parece que no voy a atreverme a decírselo -admitió Nicky-. Y he pensado que él ha estado un poco... no sé, preocupado últimamente, por lo que es probable que todavía no se haya dado cuenta. Él y Lucía son los únicos que aún no lo saben, pero creo que todos han tratado de ocultárselo a ella, porque temen su reacción. Parece que solamente un título nobiliario satisfaría sus aspiraciones sociales, aunque no sé en qué lugar espera que yo encuentre algo así.

Roz sonrió, pensando lo extraño que era que Nicky se hubiera dado cuenta de que Adam estaba preocupado, mientras ella no lo había notado.

-También -continuó Nicky-, en el futuro, uno podría tener la ventaja de decir que sólo tenía diecinueve años cuando se equivocó.

Roz suspiró. Pero una mirada al rostro joven, terco e infeliz de Nicky le recordó la predicción de Margaret:

-Está bien -dijo secamente-. No cometas ninguna locura mientras tanto.

-No hay mucha oportunidad para eso -dijo su cuñada con tristeza-. Hasta Richard...

-¿Qué pasa con Richard?

-Bueno, él dice que prefiere esperar hasta que tengamos la aprobación de todos. Pero eso es imposible, porque nunca han estado todos de acuerdo.

-¿Y qué piensan Angelo y Amy? -preguntó Roz.

-No creo que les parezca mal. Saben lo bien que nos llevamos Richard y yo.

A la mañana siguiente Roz salió para montar a Nimmitabel, pero Lex había decidido dejarla descansar durante todo el día.

-¿Sucede algo malo, Lex? -preguntó con ansiedad.

-No, Roz, sólo parece estar un poco agotada, pero es que ayer la desparasitamos. Por cierto, que no quería dejarse.

-Hay algunos caballos que se oponen a que se les introduzca un tubo por la nariz hasta el estómago, Lex -dijo ella con una sonrisa.

-Lo sé, pero nunca había tenido problemas con Nimmitabel. Ayer tuve la sensación de que era un capricho.

Roz se encontraba contenta aquella mañana; volvió a la casa y se encontró con Milly, que le recordó que tenía una cita con el ginecólogo.

-¡Vaya! -dijo Roz desconcertada-, se me había olvidado, además, de cualquier modo, no tiene sentido que vaya. ¿Podrías cancelarla por mí, Milly?

La mujer se quitó las gafas para mirada, lo que era una señal de desaprobación. Ella era la única persona, aparte de Adam, que sabía que la chica iba frecuentemente al ginecólogo.

-¿A qué te refieres con que no tiene sentido que vayas?

-Yo... nada -titubeó Roz.

-Él dijo que era necesario que fueras a revisión de manera regular durante un cierto tiempo, ¿no es así, Roz? Y Adam...

-Iré, iré. Sólo te pido que no le digas a Nicky por qué voy al médico o qué tipo de...

-¿Quién va al médico? -preguntó Nicky, al entrar en la cocina. Estaba un poco pálida, pensó Roz, pero parecía bastante tranquila.

-Yo, voy a ir para una revisión. ¿Quieres venir a la ciudad conmigo? Podrías ver escaparates y luego iríamos a comer juntas.

Pero Nicky decidió quedarse en casa para tomar el sol en la

piscina. Por un momento, Roz pensó en confiarle a Milly el problema de su cuñada, por si sucedía algo mientras ella estaba fuera; pero como tenía prisa y había encontrado a Nicky muy tranquila, no lo hizo.

El doctor Mason era un anciano paternal que siempre hacía todo lo posible para causarles a sus pacientes la mínima molestia o incomodidad.

-Bien, Roz, creo que puedo afirmar ahora que no parece haber ningún problema físico. Existe una leve alteración en tu ovulación pero muchas mujeres padecen eso, y, de hecho, no afecta a su fertilidad. Eso me conduce a volver a pensar en algo que pueda esta afectándote: tensión y ansiedad. ¿Tienes todavía pesadillas?

-No... al menos durante un tiempo -respondió Roz, pensó que tal vez había tenido demasiadas cosas por las que preocuparse, últimamente.

-Eso es bueno. Ahora, aquí está lo que voy a sugerir. No más pruebas, no más visitas. Quiero que te vayas a casa y te olvides de pensar en quedarte embarazada, por lo menos durante seis meses.

Roz sonrió un poco y él la miró con curiosidad.

-Adam está de acuerdo con usted.

-Adam lo ha aceptado muy bien, Roz. Muchos hombres se niegan a admitir que ellos podrían ser la causa del problema, pero él me dijo que si tú estabas dispuesta a pasar por todo esto, lo menos que podía hacer era participar también. ¿Te das cuenta de que estás más preocupada por esto que tu marido?

-Yo... sí.

-Y creo que ya te he explicado antes que la tensión y la ansiedad pueden ser el principal problema; y por eso quiero que te vayas a casa ahora y de verdad trates de seguir mi consejo.

-Trataré... no; lo haré -prometió ella.

-Porque es como un círculo vicioso, Roz; quiero decir, la noticia es buena, aunque yo sé que dos años tratando de concebir quizá te parezca una eternidad, pero al preocuparte tanto también puedes retrasar el momento de quedarte embarazada. Tienes que romper el círculo.

Mientras conducía su pequeño coche deportivo azul por la carretera del Pacífico, Roz se preguntaba por qué no le había dicho al doctor Mason que todo había cambiado desde que Adam decidió que se separaran temporalmente. El problema era que Roz se sentía insegura sobre su matrimonio, y no se atrevía a confiárselo al médico. Sobre todo porque sentía que ella misma se había estado engañando y si deseaba un hijo de Adam no era para pagar una

deuda ni para mantener su parte del trato, sino porque amaba a su marido.

Parpadeó para librarse de las lágrimas y meditó acerca de lo irónico de la situación, porque aunque ya sabía que no había ningún impedimento físico, y había desentrañado su tormento interno, no podía intentar quedarse embarazada, por el momento.

Pensó que tal vez pudiera decírselo a Adam; confesarle que las vendas habían caído por fin de sus ojos y que su proposición la había liberado de todas las decepciones y engaños que la rodeaban. Pero no sabía si era demasiado tarde o si él iba a querer escucharla. Quizás existiera ya otra mujer en su vida...

Por desgracia, las dudas sobre su marido, hicieron que Roz fuera menos comprensiva con Nicky. Además Adam no había llegado a la hora esperada, y cuando Milly llamó al aeropuerto se enteró de que el vuelo de Tokio había sufrido un retraso en Manila.

-Puede ser que hasta pasada la medianoche no llegue a casa, es probable que decida quedarse en Brisbane; así que vamos a la cama. De cualquier modo pareces cansada, Roz -dijo el ama de llaves.

-¡De verdad que yo sí me siento cansada! -suspiró Nicky con un gran bostezo-. Debe ser este aire del campo -añadió, y hasta mucho tiempo después Milly y Roz no recordaron con cuánto cariño les había dado las buenas noches.

-¡Vaya! -dijo Milly mientras se cerraba la puerta detrás de Nicky-, pero no, no importa.

-¿Qué? -preguntó Roz.

-Bueno, fui a Pimpana esta mañana, a la oficina de correos; justo cuando salía oí el teléfono, pero Nicky contestó la llamada. Me olvidé de preguntarle quién había llamado, pero no pudo haber sido nada importante, me lo hubiera dicho; por cierto, Jeannete regresa mañana.

Media hora después Roz se dio cuenta, con disgusto, de que no iba a poder conciliar el sueño. Se levantó y entró en el dormitorio de Adam. Estaba amueblado de manera más austera que el suyo, aunque con una combinación de colores más vivos. Estuvo paseando un rato por la habitación, tocando sus cosas, el marco de plata de la fotografía de su padre, el juego de cepillos de ónix... Roz llevaba un camisón de seda blanco, de manga corta y sintió el contacto de la tela tibio y sensual.

Cuando se iba hacia su cuarto, tuvo el impulso, de pronto, de dormir en la cama de Adam. Se tumbó sobre ella y se preguntó qué habilidades poseían las hermosas *geishas* que ella no conocía, y cómo podría adquirirlas y hacerse tan deseable que él no pudiera resistírsele. Porque si él no quería oír lo que Roz quería decide, sabía que no podría enfrentarse a Adam con palabras.

Se sintió un poco triste y pensó que era patética su imagen de mujer que se pregunta cómo seducir a su marido, cómo tomar iniciativas, algo que nunca había hecho antes; y se sintió como una adolescente antes de su primera vez…

Se quedó dormida con aquellos pensamientos en su cabeza, cuando se despertó, desorientada y mareada, vio a Adam inclinado sobre ella.

CAPÍTULO 6

SUS labios se separaron después de un beso fugaz y Roz se quedó mirando fijamente los ojos oscuros de Adam y se preguntó si no estaría soñando. Luego suspiró y, sin ser del todo consciente, rodeó el cuello de su marido con los brazos.

-Has vuelto -murmuró ella.

-Claro que sí, ¿lo dudabas, Roz?

-Sí, no. Supongo que estarás muy cansado. No creo que sea muy divertido quedarse tirado en Manila. Ya te has cambiado de ropa -le dijo con voz suave, al darse cuenta de que él llevaba puesto un batín.

-En cuanto llegué me di una ducha; desde luego no ha sido nada divertido el retraso, sobre todo porque ha sido uno de esos vuelos en los que todo sale mal; hasta mi equipaje se extravió. No quería despertarte, estabas durmiendo con tanta tranquilidad que me disponía a acostarme en tu cama.

Roz se quedó mirando el rostro cansado de su marido y percibió su olor a limpio, a recién duchado. Sintió que su corazón latía con rapidez.

-Ahora... ahora que estoy despierta, ¿no te quedarás conmigo? -murmuró y deslizó las manos por debajo de su ropa.

-Roz... -comenzó a decir Adam secamente.

-Lo sé; sé que tenemos un acuerdo -se apresuró a decir, mientras acariciaba la piel de sus anchos hombros por debajo del batín-, pero podríamos empezar de nuevo mañana si quieres. Es que... me gustaría que me amaras ahora mismo, así te podrías relajar y...

-¿Amarte? -repitió Adam con extrañeza.

Ella lo miró a la cara y su corazón pareció acelerarse aún más.

Tragó saliva y pensó que se había equivocado otra vez y que la desesperación o los pensamientos que había tenido antes de quedarse dormida la habían traicionado. Pero mientras el silencio se prolongaba, su miedo se transformó en seguridad y ella apartó sus manos de él y se sentó mientras Adam retrocedía un poco.

-No importa. ¿Tienes hambre? ¿Quieres comer algo?

-No. Roz...

-Está bien, yo lo comprendo -lo interrumpió.

-¿Qué es lo que comprendes?

-Que son -giró la cabeza para ver el reloj que estaba al lado de la cama-, las tres de la mañana, que has estado volando un montón de horas y además has venido conduciendo -se encogió de hombros-. Eso es suficiente para que cualquiera se sienta agotado, ¿no es cierto? Pero ya en serio, si quieres algo de comer…

-Milly me dejó algo fuera de la nevera, gracias.

-¿Qué haríamos sin ella? -dijo Roz con naturalidad-. Bueno, me voy a mi cama. Que duermas bien -ella se disponía a irse cuando él la tomó de la muñeca.

-Considerando que es el primer ofrecimiento que he recibido de ti, Roz -dijo él, casi sin mover los labios-, sería un tonto si lo desaprovecho.

Ella suspiró mientras la mirada de Adam recorría todo su cuerpo, desde el pelo revuelto hasta la blanca seda que delineaba sus senos turgentes.

-Pero si tú no quieres -murmuró ella-, ¿qué es lo que vas a desaprovechar? Nada de valor... -se quedó callada porque se dio cuenta de que había hablado con reproche, como si tuviera derecho a hacerlo. Miró hacia otro lado, sintiéndose confundida.

Adam la examinaba con expresión pensativa hasta que ella se decidió a mirarlo a los ojos. Luego él le dijo:

-Creo que has dado en el clavo, Roz.

-¡Oh! -exclamó ella.

-Podemos hacer que valga la pena -comentó Adam-. ¿Podrías decirme si no tienes otro motivo... no es tan mala la jaula en la que vives después de todo? ¿O es que te has despertado con deseos de amar y me encontraste al alcance de la mano? Pueden no ser las mejores razones para hacer el amor, pero por lo menos serían honestas.

Roz se quedó mirándolo como si estuviera hipnotizada, y por un momento sintió que lo odiaba. Pronto se dio cuenta de que Adam estaba dispuesto a no creer nada de lo que ella le dijese. Además, en aquel momento, confesarle que lo amaba podría sonar falso, porque lo había descubierto demasiado tarde...

-Adam, ¿hay alguien más?

Sus ojos se entrecerraron y sus dedos apretaron con fuerza la muñeca de su mujer antes de soltarla bruscamente.

-¿Qué te hace pensar eso, Roz? -dijo finalmente con un gesto de rencor que la atemorizó-. ¿Y estás sólo preguntándomelo o es eso lo que querrías?

-¡No! Lo siento, no debí... yo... -se quedó callada un momento y después agregó-. Me iré a la cama.

-¿Y esperar a que mañana las cosas se hayan resuelto solas? -se burló él.

-Creo que a veces esperas demasiado de mí, Adam. -dijo, y de inmediato se preguntó por qué lo había dicho. La verdad era que él se había casado sin amarla y que todo se reducía a eso.

-¿Lo crees, Roz? Tal vez. Buenas noches.

La muchacha se metió en su cama sintiéndose exhausta, después

de aquel momento de tensión, y cayó en un sueño intranquilo. Por la mañana, unas voces de alarma la despertaron. Esto era tan poco común que se sentó en la cama para intentar entender lo que decían. Pudo oír a Milly que explicaba:

-Ella debió haberlo hecho entre la hora que me fui a la cama y la que tú llegaste a casa, o tal vez después, no lo sé; pero no oí nada extraño. ¿Estaba su coche en el garaje cuando tú...?

-Yo no aparqué en el garaje, ¡ni siquiera abrí las puertas! -dijo Adam furioso-. Dejé el coche frente a la entrada y, desde luego, tampoco pensé en revisar su cama; pero el verdadero misterio es cómo pudo haber sucedido algo así sin que tú o Roz...

De pronto, hubo un gran silencio y la puerta de su habitación se abrió de manera violenta; Adam apareció en el umbral con un papel en la mano y expresión de furia en la cara.

-¿Qué sucede? -preguntó Roz, a pesar de que sospechaba lo que ocurría.

Él cerró la puerta con fuerza, pero antes Roz pudo ver a Milly en el pasillo, pálida y con gesto de preocupación.

-Lee esto -le dijo Adam entre dientes, y se acercó a la cama para arrojarle el papel a Roz.

-¿Qué es esto?

-Como si no lo supieras -apuntó con sarcasmo, y volvió a coger el papel-. Yo lo leeré, es de Nicky, y estaba sobre la mesa del vestíbulo. *Querida Roz, espero que no pienses que soy una cobarde al dejarte que tú le expliques todo a Adam, pero he decidido seguir tu consejo. Me dijiste que tendría que tomar una decisión y eso es lo que he hecho. Quiero casarme con Richard...* -Adam se detuvo, y exclamó con violencia-. ¡Richard! ¡No lo puedo creer!

-Continúa -dijo Roz-. ¿Hay algo más?

-¡Claro que sí! Dice... *y si la familia no lo aprueba, no volverán a verme nunca.* Luego ella -continuó él con tanto desdén que Roz palideció-, prosigue con instrucciones detalladas sobre cómo debemos publicar un anuncio en el periódico para hacerle saber nuestra aprobación.

-Ella... Yo... -Roz se llevó las manos a la boca, porque estaba asustada; Adam la miraba con enfado y desprecio.

-¿Tú? -preguntó cuando ella se quedó callada-: No te preocupes, ya sé que es a ti a quien tengo que agradecer esto, Roz. ¿Estabas tratando de volver a vivir tu vida a través de Nicky cuando le diste ese consejo? ¿Pensabas en Mike Howard, el gran amor de tu vida, al que dejaste escapar porque todos te decían que era demasiado joven, sobre todo yo?

-¡No! No, tú no lo entiendes -exclamó Roz.

-¿Entonces Nicky miente? ¿Nunca le dijiste eso? -preguntó.

-¡No! Sí, lo hice, pero...

-Entonces pagarás por esto, Roz -le dijo Adam con el tono de voz más duro que había usado nunca.

-Adam, tú no lo comprendes. ¡En realidad no fue así!

-Yo creo que sí lo comprendo -dijo con tono amenazador-. y también lo harás tú dentro de poco -salió de la habitación dando un portazo. .

Roz se levantó de prisa de la cama para ir detrás de él, pero titubeó y primero decidió vestirse. Al azar cogió un pantalón vaquero y una blusa de algodón rosa que se fue abrochando mientras bajaba la escalera.

La cocina estaba vacía, así que fue al estudio de Adam donde encontró a Milly y a su marido, hablando por teléfono que decía:

-Quiero a Richard aquí dentro de una hora, y si puedes trae a Amy también. No hay peros, Margaret, sólo ven -colgó de golpe y miró a Roz-. ¿Bien? -dijo en tono duro y cortante.

-Adam -dijo la chica con voz temblorosa-, por favor, debes creerme, le advertí que no hiciera ninguna locura. Además yo me enteré de todo accidentalmente, aunque ya sospechaba que le sucedía algo. Pero hace dos noches comenzó a llorar y me lo contó. Así que yo...

-¿Le diste el famoso consejo?

-¡No! De hecho traté de pararle los pies. Pero Nicky insistía en señalar que yo sólo tenía diecinueve años cuando nos casamos, y apenas te conocía. Luego -Roz tomó aire-, me pidió que hablara contigo sobre ello. Yo le dije que era ella quien debería hacerlo, pero me contestó que no tenía valor. Fue entonces cuando le prometí que yo lo haría, si ella no cometía ninguna locura. Te juro que así fue. Algo debió haber sucedido ayer... -se quedó callada de pronto y miró a Milly-. ¿Esa llamada de teléfono...?

-Sí-dijo Milly con calma-. Ahora me pregunto... -se quedó mirándola fijamente y luego añadió, cuanto más pienso en ello cada vez estoy más segura de que fue esa llamada lo que provocó todo esto. Nicky estaba tranquila ayer, Roz. Y después dijo que estaba muy cansada, pero en realidad no había hecho nada en todo el día. Mientras estuviste fuera, ella sólo...

-¿Y dónde diablos estabas? -reclamó Adam a Roz.

-Fui al ginecólogo -le respondió con firmeza.

-¿Y quién diablos crees que la llamó y la dejó tan intranquila? -preguntó él secamente.

-Sólo puedo suponerlo. Tal vez Lucía lo descubrió, Nicky me dijo que tú y ella erais los únicos que no lo sabíais.

-¿Insinúas que toda la familia lo sabía y que no se molestaron en decírmelo? -preguntó con indignación-. ¿Y tú, sabiéndolo, no hiciste

nada para poner sobre aviso a alguien, Roz?

-Quiero que sepas que no sabía que Nicky iba a hacer algo así. Y además te lo iba a decir. Sólo que... no tuve oportunidad.

-Pero ella estaba aquí contigo. Sabías que tenía problemas, ¡sabes lo inconstante que es mi hermana, Roz! Yo creo que se sintió apoyada por ti. Quizás por eso querías estar conmigo anoche -le dijo irónicamente.

Roz se quedó inmóvil como una estatua, mientras Milly parecía querer desaparecer, pero era obvio que a Adam no le importaba su presencia porque añadió:

-Bien, tan sólo por curiosidad, ¿qué harías tú si estuvieras en mi lugar, Roz?

Roz humedeció sus labios y descubrió que estaba enfadada.

-Si yo fuera tú, Adam, pondría un anuncio en el periódico para que volviera y después les permitiría que se comprometieran. No sé si funcionará un matrimonio entre ellos o si Richard es el hombre indicado para Nicky, pero pienso que ella podría hacer algo peor; y no creo que sea un crimen casarse con un pariente lejano. Pero además pienso que deberías confiar en que Richard será razonable, él le dijo que no se casaría con ella sin la aprobación de la familia, y creo que estará sorprendido, como todos nosotros, de que Nicky haya reaccionado así; si yo fuera tú, eso sería lo que haría. Diles que no te opones a que se comprometan y si dentro de un año siguen sintiendo lo mismo, entonces podrán empezar a hablar de matrimonio. No se me ocurre otra manera para manejar a Nicky, y además no todos los matrimonios jóvenes fracasan; a pesar de todo esto creo que sería más inteligente esperar.

-Yo... estoy de acuerdo con Roz -dijo Milly titubeando. Adam permanecía en silencio, con sus ojos oscuros fijos en la mirada azul de Roz. Pero ella no se acobardó, y se quedó mirándolo con gesto desafiante, los labios firmes y repitiéndose a sí misma que no le importaba lo que hiciera Adam Milroy ante esa situación.

-Supongo que no podía esperarse otra cosa de ti, Roz.

-¡Ni de ti! -ella se dio media vuelta y salió rápidamente del estudio, en el momento en que el teléfono comenzó a sonar.

Corrió a su habitación y cerró la puerta; se apoyó en ella, respirando agitadamente por la furia y la frustración, mientras trataba de contener las lágrimas. Pensó que había llegado al límite de sus fuerzas y que realmente odiaba a su marido. Decidió que tenía que hacer algo.

Fue hacia el armario y sacó una maleta que puso sobre la cama. Luego, de manera indiscriminada, tomó en sus manos un montón de ropa interior.

La puerta se abrió y Adam entró en el dormitorio.

-Vete -le dijo ella bruscamente.

-¿Qué crees que estás haciendo?

-Estoy haciendo el equipaje, porque me voy. Puedo no ser el tipo de esposa en el que querías convertirme, y aunque acepto parte de la responsabilidad, no tengo por qué ser insultada delante de otras personas o acusada como has hecho hoy. Todos cometemos algún error en la vida, Adam, y es obvio que yo soy el tuyo. ¿Por qué no lo admites y me dejas ir? Puedes quedarte con Nimmitabel como pago de todo lo que has hecho por mí, pero... -ella se calló y dio un paso hacia atrás; él se acercó y le arrebató la ropa de sus manos-. Adam, déjame -le dijo secamente.

-No vas a ningún lado, Roz -ordenó con calma.

-¡Sí me voy! No puedes detenerme...

-Oh, sí, sí puedo -la abrazó y ella luchó con desesperación, hasta que se le acabaron las fuerzas y se quedó apoyada en él, indefensa, temblando y llorando. Adam la tomó en brazos y la llevó a la cama.

-No, no... -balbuceó ella.

-¿Qué te dijo el doctor ayer? -preguntó él, mientras colocaba unas almohadas detrás de ella; apartó la maleta para poderse sentar.

-¿Qué importa eso? -preguntó con amargura.

-Dímelo, Roz.

Ella se fijó en la expresión decidida de sus ojos.

-No tengo nada físico. Todo está en mi mente, en otras palabras.

-Bueno, son buenas noticias, ¿no?

-Pero sólo si estoy tranquila y alcanzo el estado de ánimo adecuado y, meterme en tu cama... pero tal vez no deba decir eso. Estoy segura de que podría convertirse en un problema posterior, otro más...

Ella se quedó callada, observando la expresión de su marido, luego se sentó y exclamó en tono furioso:

-¡No te rías de mí, no te atrevas!

Pero él se reía y cuando Roz lo iba a agredir, Adam la tomó de las muñecas y se tumbó a un lado.

-No te entiendo. -dijo Roz-. Dices que no soy una buena esposa, pero cuando trato de cambiar, lo único que se te ocurre pensar... hacer... es buscar razones para dudarlo y volverte muy antipático o burlarte de mí. Esperas que todo sea perfecto, ¿pero cómo puede ser así? Desde luego, no sé para qué me molesto en continuar.

Roz lo miraba fijamente y sus ojos brillaban como zafiros, su boca estaba apretada y sus pechos subían y bajaban de manera visible bajo la fina tela de su blusa rosa.

Adam la miraba con aire pensativo, pero de una manera que la hizo ruborizarse.

-Es curioso, Roz, cuánto me gustas cuando te enfadas. Nunca pensé que pudieras ponerte tan furiosa conmigo, ni que fuéramos tan distintos. Sobre todo por esto -añadió y soltó sus muñecas para acariciar su boca con los dedos.

-¿Qué?

-Esto... -sujetó la barbilla de Roz para inclinarle la cabeza un poco hacia atrás y besar sus labios. Durante un momento la venció la sorpresa, pero después, determinada a tomar aquella increíble y molesta demostración de machismo con el desprecio que se merecía, permaneció pasiva. Pero el deseo fue más fuerte que su decisión, y al final se encontró besándolo; y aunque lo hacía con furia, era de una manera íntima, como nunca lo había besado antes.

Adam levantó su cabeza al fin, pero ella mantuvo los ojos cerrados para no verlo sonreír.

-Bien, bien. ¿Es una pequeña... sorpresa?

La boca de ella tembló, pero al mirado no halló la expresión divertida que esperaba, sino una mirada oscura, que trataba de llegar hasta su alma. Luego sintió los dedos de Adam que desabrochaban su blusa y entreabrió los labios mientras su marido apartaba la fina tela y descubría su pecho.

Roz levantó una mano para cogerlo por la muñeca, pero él negó con la cabeza y le dijo:

-Sólo quiero admirarlo. Ha sido... -se quedó callado súbitamente.

-Adam... -suspiró ella, y se estremeció. Deseaba que la desnudara y la abrazara con ardor; necesitaba sentir el peso de él, las manos de Adam en su pelo o alrededor de su cintura y anhelaba poder abrazarlo y acariciarlo con sus labios. En silencio, Roz se preguntaba dónde había quedado toda su furia; pero no se movió, porque a pesar de lo que sentía tenía miedo de ser rechazada de nuevo.

Poco después se alegró de haber esperado, aunque pensó que no había sido muy valiente. Adam cubrió sus senos con la blusa y se dijo:

-Roz, es posible que nuestro matrimonio no sea perfecto, pero no tengo intención de romperlo. ¿Tú sí? En serio, deseo seguir contigo, aunque te provocara esta mañana; te pido que me disculpes.

-Entonces -se humedeció los labios-, ¿crees que no fui yo quien animó a Nicky?

-Sí, te creo. Me di cuenta de ello después. Ahora dime, ¿quieres romper nuestro matrimonio?

-No -murmuró ella-. No.

-Pero dijiste...

-Lo sé -lo interrumpió-. A veces me confundo, y creo... que incluso he llegado a pensar en separamos definitivamente, pero -

suspiró-, nunca he podido imaginármelo.

-Entonces, ¿te ha preocupado qué era lo que nos separaba, aunque no te dijera que no había nada? No, Roz -la atrajo hacia él mientras ella se movía con inquietud-, no te apartes de mí. Contéstame.

Ella tragó saliva y se preguntó qué podía contestarle; si se iba a atrever a explicarle que era por otros motivos diferentes de los que él esperaba.

-Sí, pero, Adam...

-Mira, está bien -sonrió él-. Yo me sentiría igual de mal si creyera que estás decidida a dejarme, porque, a pesar de todo, llevamos ya mucho tiempo juntos; y también porque me siento responsable de que esto no vaya bien -le acarició el pelo-. Esperaba hacerlo mejor, hacerte feliz, y por lo menos esperaba brindarte seguridad, tranquilidad. Y por eso, cuando fue obvio que yo iba en dirección equivocada, decidí que teníamos que separamos momentáneamente. Pero no porque tratara de terminar con este matrimonio, como pareces creer. Podría encontrar una manera más fácil de hacerlo, si así quisiera, y tú lo sabes. Pero también en una ocasión te di mi palabra.- Las pestañas de ella se agitaban y no respondió. -¿Me comprendes, Roz?

-Sí. Tú vas a levantarte y... no, Adam -agregó con rapidez cuando vio que él apretaba la boca-. Sí, lo comprendo, y no voy hacer más escenas. Lamento haber sido tan tonta.

-Lamento haber sido tan antipático -dijo él con otra sonrisa.- Pero llegué a casa de mal humor y... -se quedó callado bruscamente.

-¿Debido a que yo... no comprendía? -murmuró Roz.

Él siguió en silencio durante un momento mirándola.

-Debido a algo que me pasó que... no esperaba -dijo al fin.

-¿Mientras estabas fuera?

-Sí -respondió él.

-¿Podrías contármelo? -le preguntó.

-Algún día -dijo él- Tal vez... Pero se acerca un coche, debe ser Margaret con Richard. ¿Quieres bajar a brindarme tu apoyo moral? A menos que… -se detuvo -, a Margaret le agrade la idea que se casen Richard y Nicky.

-No lo creo -dijo Roz.

-¿Has hablado con ella acerca de esto?

-No, pero en una ocasión dijo algo que entonces no comprendí. Pero ahora que sé lo que pasa, todo parece encajar perfectamente como un rompecabezas. Sí, bajaré pero antes voy a vestirme de manera apropiada. No vayas a...

-¿Qué? ¿Perder el control?

Ella sonrió.

-Debes sentirte mejor -dijo él.

- Sí.

Adam parecía estar muy cómodo sobre la cama. Roz volvió a descubrir en sí misma el deseo de acariciarlo, de ser suya, pero no sabía cómo hacerlo.

Él se puso de pie, interrumpiendo sus pensamientos.

-No tardes -le dijo acariciándole el pelo.

-No.

Él salió y cerró la puerta. La chica pensó que aunque hubiese otra mujer, deseaba darle a su marido lo mejor de sí misma. Se recostó sobre las almohadas y trató de reírse de su curiosa obsesión por las *geishas;* pensó que quizá fuera eso. Pero tenía la terrible sensación de que no había sido algo pasajero para él. Creía que su marido se había enamorado de alguien; como ella misma, sin saberlo, se había enamorado de Adam. Pero entonces no tenía sentido que él quisiera seguir con ella, a no ser que la otra no fuera adecuada para casarse. Tal vez estuviera comprometida con otro hombre o Adam quisiera mantener su palabra y no le gustara la idea de abandonarla, con la cantidad de problemas que tenía ella...

Cerró los ojos ante las lágrimas de desesperación; luego suspiró y murmuró:

-Detente, Roz. Estás dejando que tu imaginación vuele, y todo porque, por el momento, él prefiere dormir sin ti; de lo cual tú tienes la culpa. No puedes culparlo de no comprender que tus sentimientos han cambiado de pronto. Pero de todos modos, si se ha enamorado, ¿de quién puede ser? Me pregunto... no, ¿no será Louise?, aunque siempre me he preguntado si él seguía queriéndola; aunque Adam estaba seguro de que Louise no lo amaba, cuando lo dejó quizá no era verdad. Tal vez se encontraron de nuevo... o…

Estaba perdida en sus pensamientos cuando oyó el ruido de otro coche que se acercaba; se asomó a la ventana y vio a su elegante cuñada, Lucía Whatney, que se bajaba de su Alfa Romeo con expresión belicosa.

Roz sonrió y pensó que Lucía ya sabía lo de Nicky. Se vistió rápidamente y, mientras se peinaba, tomó la decisión de hacer exactamente lo que Adam quería. Trataría de relajarse, ser una amiga más que una esposa y tratar de borrar de su mente todas aquellas especulaciones que le hacían daño, a ella y a su matrimonio. De pronto recordó el dolor que había experimentado la señora Howard cuando su marido se sintió atraído por Roz. En aquel momento, ella se sentía en una situación parecida.

Se decidió a salir de la habitación para unirse a la disputa. Pero se quedó mirando la cama y se preguntó si no había renunciado a un punto importante.

El estudio estaba vacío y silencioso, pero Roz se dio cuenta de que era demasiado pequeño para albergar a todos los combatientes. Margaret había acudido con Richard y Amy, y Lucía debió haber llegado acompañada de Flavia y Angelo. Todos ellos estaban en el salón, junto a Adam y Milly, y nadie pareció darse cuenta de que Roz había entrado en silencio, para enterarse de lo que sucedía.

Flavia lloraba, enjugándose las lágrimas con un pequeño pañuelo blanco de encaje. Richard estaba pálido, igual que su madre, pero en los ojos de Margaret sólo había disgusto, no sorpresa; Lucía hablaba sin cesar y Amy empezaba a llorar, mientras Angelo parecía divertirse. Adam estaba de espaldas a Roz, y Milly miraba con expresión ausente hacia el jardín.

Cuando Lucía hizo una pausa para tomar aire, Angelo se dio cuenta de que Roz había llegado y la saludó, de manera que todos se enteraron de su presencia y se dirigieron a ella con diferentes grados de interés; pero todo continuó igual.

-Como iba diciéndote -dijo Lucía-, yo habría esperado más de ti, Richard...

-¿Qué es exactamente lo que tienes en contra de Richard? -la interrumpió Margaret-. ¿Por qué no dices con claridad que él no es lo bastante bueno para Nicky, Lucía?

-No, no, Lucía no quiere decir eso, Margaret –intervino Flavia-. No se trata de eso...

Pero Margaret continuó como si Flavia no hubiera hablado.

-Yo tengo otro punto de vista, Lucía. Sucede que no creo que Nicky sea la mujer indicada para Richard. Lo que ha hecho lo demuestra a la perfección. Es una niña inmadura y malcriada...

-Es sólo una niña -asintió Flavia.

-Y yo diría... -los ojos de Lucía brillaron, pero Roz no quiso oír y se preguntó por qué Adam no intervenía y frenaba aquella discusión. Él se dio la vuelta y le sonrió; luego se volvió de nuevo, y mientras miraba su espalda, se le ocurrió que estaba muy tranquilo, como esperando algo... Pero fue Richard el que tomó la palabra para decir:

-Mamá, apreciaría mucho que no hablaras de mí como si no estuviera aquí. Respecto a ti, tía Lucía, yo me he portado siempre bien con Nicky. No sé dónde poner el listón para elegir los novios de tu hermana, pero quiero que sepas que no me he aprovechado de ella. No lo hice, aunque pude haberlo hecho.

Él se quedó callado, como esperando una respuesta, con aspecto de fría amabilidad, pero Lucía no pudo contestar nada.

Richard se volvió hacia Adam.

-Si cometí un error fue el tratar de ocultártelo, Adam. Pero Nicky estaba segura de que se armaría un gran lío. Sin embargo, la

llamé por teléfono ayer y le dije que no podíamos continuar así más tiempo, que tendríamos que encontrar una solución. También le expliqué que no era nada probable que la encerraras en un convento o que me mandaras a mí a la guerra; pero que si la familia no lo aprobaba, tendríamos que esperar a que ella cumpliera veintiún años para casarnos. Lo que no sospeché es que pretendiera huir, sino, no se lo hubiera permitido. Yo... -titubeó por primera vez-, yo sé que es muy joven, y a veces impetuosa, y que eso causará problemas de vez en cuando, pero precisamente por eso la amo... así es Nicky -finalizó él.

Roz esperó, conteniendo la respiración, igual que todos los demás. Luego vio que los hombros de Adam se relajaban y adivinó que su marido había estado esperando que Richard se justificara de alguna manera.

-Richard, Roz ha hecho una sugerencia con la cual, tengo que admitirlo, no estaba de acuerdo hasta hace dos minutos. Ahora tiene mi apoyo incondicional. No encuentro ningún motivo para impedir que tú y Nicky os comprometáis formalmente -Lucía y Margaret gimieron, pero él las ignoró-, y si seguís pensando lo mismo dentro de doce meses, entonces podremos hablar de matrimonio. Mientras tanto, gracias por cuidarla, eso significa mucho para nosotros -y se acercó para estrechar la mano de Richard.

Roz no pudo ver la expresión de Adam, pero sí la de Richard y tragó con dificultad.

Flavia fue la primera en reaccionar; se acercó a Richard, se puso de puntillas y besó con afecto su mejilla.

-Yo creía que ya no había chicos como tú -le dijo con ojos brillantes-. ¡Tan correcto, tan razonable! Pero lo más importante es que creo que comprendes a Nicky, y eso es muy bueno. ¡También tienes mi bendición!

-Gracias -dijo Richard, pareciendo, de pronto, un niño confundido-. Muchas gracias.

-Pero no es a mí a quien tienes que agradecérselo -comentó Flavia-. Ni a Adam tampoco. Es a Roz, que tuvo el acierto de solucionarlo antes que todos nosotros.

-¡Oh! -exclamó Roz, pero Richard se acercó a ella y la abrazó; aquello la hizo sentirse muy bien, pero se preguntó cómo podía reaccionar Margaret.

Richard cruzó la habitación, llegó hasta su madre y le dijo:

-Mamá, no te enfades; recuerda que una vez me dijiste que en el amor no se manda.

-Sí, lo dije -se enjugó una lágrima-. Ahora me siento orgullosa de ti -se dio la vuelta para mirar a Roz-. Gracias por tener fe en mi

hijo. No es que yo no la tuviera, pero -se encogió de hombros-, tú has sabido ser imparcial.

Roz se sentía incapaz de hablar y miró a Adam, que, sonriendo, dijo:

-Fue por ayudar -y le guiñó el ojo a ella. Luego agregó: -Bien, ahora debemos intentar que vuelva, ¿no creéis?

Todos asintieron, excepto Lucía que miraba con rencor a su cuñada. Roz se preguntó por qué Lucía estaría enfadada con ella. De pronto Milly interrumpió sus pensamientos cuando dijo:

-Mmm... No creo que tengamos que hacerlo.

Lucía miró a Milly y señaló con voz irritada:

-¿Por qué no?

Milly señaló hacia la ventana todos se dieron la vuelta y vieron a Nicky que se dirigía a la entrada, con aire de cansancio.

-¡Dios mío! -exclamó Adam, mientras todos parecían quedarse atónitos. Poco después salieron al porche para recibir a la chica.

Nicky se paró al pie de la escalera y alzó la vista, con desolación.

Otra vez el propio Richard se hizo cargo de la situación. La abrazó y le dijo con firmeza:

-Si vuelves a hacer eso, Nicky, ¡te juro que no quiero saber nada más de ti!

-No lo haré, no lo haré -gimió compungida-. ¡Ha sido tan espantoso! El coche se me estropeó y tuve que pedir ayuda a un camionero que me subió a su desvencijada camioneta, sin amortiguadores; me mareé y encima el conductor me hizo insinuaciones. Creí que iba a tener la fortaleza suficiente para afrontarlo, pero cuando tienes ganas de vomitar... Richard, no te enfades conmigo. Sólo quería irme porque te quiero, pero tienes razón; se ha solucionado todo, ¿verdad? -preguntó desde el refugio de los brazos de él, como si de pronto hubiera comprendido el motivo de que toda su familia estuviera allí.

-Sí, Nicky, y debes agradecer que sea Richard quien trate contigo, en vez de yo mismo -dijo Adam con una sonrisa-; porque te hubiera puesto sobre mis rodillas y te hubiera dado unos azotes. Sin embargo, dejaré que Richard te dé los detalles, y el resto de nosotros... ¡oh, vaya!, si apenas son las nueve de la mañana. Iba a sugerir que nos tomáramos una copa, pero a estas horas...

-¿Qué tal un desayuno con champán? -sugirió Milly-. Puedo preparar uno rápidamente.

-Milly, eres un genio -le dijo Adam.

Varias horas después Milly, Adam y Roz despedían a los visitantes. El desayuno había sido un verdadero éxito; Nicky había estado radiante, y Flavia había hablado con emoción de la dulzura

del amor juvenil; Lucía no había dicho una sola palabra y se pasó todo el tiempo apretando los labios.

Margaret, a solas, le había confiado a Roz que sólo deseaba ver feliz a Richard. Pero también añadió, después de pensarlo, que no le sorprendería que a Nicky le pareciera una eternidad tener que esperar doce meses, una vez que regresara a la realidad.

Angelo se acercó a Adam, con su tercera copa de champán en la mano, y le dijo:

-Viendo que no te opones a los matrimonios de jóvenes ya, querido hermano...

-¡No tientes tu suerte! Sigo juzgando cada caso por sus propios méritos -Adam lo interrumpió con una sonrisa forzada.

-Ya veo. Entonces tal vez tenga que empezar por ganarme el apoyo de Roz, mientras tanto.

Afortunadamente Amy llamó a Adam, pero Lucía había oído las palabras de Angelo y le dirigió una mirada venenosa a su cuñada. Roz se dio cuenta de ello y pensó que Lucía creía que ella tenía demasiada influencia sobre Adam.

Poco, después todos se despidieron. Nicky había decidido pasar el resto de sus vacaciones con su madre, y cuando Milly entró en casa, Adam exclamó:

-¡Gracias a Dios! ¡Estoy exhausto! Tenía muchísimas ganas de que se fueran. ¡Estoy exhausto!

-¿Por qué no te vuelves a la cama? -Roz sonrió.

-No. Tengo que ir a la oficina un par de horas.

-¿No podrías arreglado aquí? -sugirió ella.

Él se encogió de hombros.

-Supongo que sí, pero no creo que pudiera dormir, aunque me acostara; de todos modos no estaré fuera todo el día. ¿Estarás...? -la miró fijamente.

-¡Estaré bien! -dijo ella, aferrándose a su resolución de ser fuerte; Adam se fue media hora después, sin ver a Lex que se acercaba con aire triste por el camino.

CAPÍTULO 7

-NO lo creo -dijo Roz sintiéndose mareada.

Pero al final tuvo que hacerlo. El veterinario estaba visitando los establos, tomando una muestra de sangre de un caballo, cuando Nimmitabel se puso nerviosa, se zafó de su atadura y resbaló en el suelo de la cuadra; cuando lograron atraparla ya cojeaba. El había llevado su aparato portátil de rayos-x y le hizo, inmediatamente una radiografía; después se la llevó a su consulta para revelarla. El resultado mostró que Nimmitabel tenía fracturada una pata delantera.

-¿Así que nunca volverá a correr? -preguntó Roz, muy pálida y aturdida.

El veterinario se acarició el bigote.

-Señora Milroy, es muy difícil tratar las fracturas de caballos, como usted sabe. Son muy pesados, excitables, y propensos al pánico; además por naturaleza, pasan la mayor parte de su vida sobre sus patas.

-Ella... ¿no la van a tumbar? -murmuró Roz.

-No. Por ahora, no. Tenemos técnicas nuevas, muy adecuadas para este tipo de fracturas y, en caso de un animal tan valioso como éste, no escatimaremos esfuerzos; pero bueno, aunque todo salga bien, con respecto a correr... -se detuvo incómodo, luego dijo-, le he sugerido a Lex que la transportemos a la clínica, donde puede recibir una atención adecuada continuamente.

-Sí. Sí...

-¡Si Adam estuviera aquí! -exclamó Lex. Miró a Roz con expresión de ansiedad.

-Está bien, Lex. Él también estaría de acuerdo, estoy segura.

-Pero tú...

-Yo estaré bien -le aseguró ella-. Sólo quiero pasar unos minutos con ella.

Poco después vio cómo la ambulancia abandonaba la propiedad, con Lex en la cabina; decidió pasear un rato, hasta que llegó al sitio en el que, a la mañana siguiente de su cumpleaños, había decidido tratar de arreglar su matrimonio con Adam. Pero ese día, sólo podía: pensar en Nimmitabel, que al principio creía que Roz era su madre, en cómo había crecido fuerte y hermosa, en una yegua muriendo en sus brazos, en los sueños de su abuelo... Se preguntó qué quedaba de aquello. Una potranca aún bella, pero lisiada.

Roz cerró los ojos y pensó que no le importaba que Nimmitabel nunca volviera a correr, con tal de que se salvara.

Permaneció sentada en aquel lugar hasta que el sol comenzó a

ocultarse, y supuso que Adam debía continuar fuera; pero cuando llegó a casa él ya había llegado, y oyó su voz en el estudio, hablando por teléfono. Mientras iba por el pasillo, oyó las voces de Jeanette y Milly en la cocina; se sorprendió de haber olvidado que su doncella regresaba aquel día y pensó ir a saludada, pero necesitaba estar sola. Todos creerían que ella estaba dando de comer a los caballos y subió, en silencio, a su habitación.

Roz no se enteró de que Adam, después de hablar por teléfono con Lex, había intentado localizada en el establo y después había mandado a Jeanette a buscarla a su cuarto. Seguía sentada en la cama, sin poder pensar en nada, mientras oscurecía.

De pronto, Adam entró en la habitación y cerró la puerta. Roz alzó la mirada hacia su marido, un hombre atractivo e inteligente que era más que un compañero.

-Estoy bien -dijo ella y trató de sonreír-. Cosas así suelen pasar con los caballos, ¿no es cierto? Es como una apuesta –tragó saliva.

-Sí, Roz.

-Y los médicos pueden salvarla. Eso es todo lo que me importa. Es terrible verla así, pero...

-Roz -le dijo-, no tienes por qué ser tan valiente conmigo. Sé cómo debes sentirte.

-Puedo soportado -suspiró.

Él se acercó, se sentó a su lado y le cogió una mano; finalmente la chica empezó a llorar. Y siguió haciéndolo durante un rato, hasta que Adam le dijo:

-Roz, ya es suficiente. Te vas a sentir peor, si sigues llorando.

Ella suspiró y se frotó los ojos. Adam la abrazó y ella se dio cuenta de que lo que necesitaba en aquel momento, era estar allí, estrechada contra su cuerpo, protegida por sus brazos, sintiéndose amada.

-¿Adam? -preguntó con voz temblorosa-. Me has pedido que sea sincera contigo, ¿no es cierto? Quiero... necesito hacer el amor ahora, aunque sea por todas esas extrañas razones, pero tengo tanto vacío en el corazón y... y -las palabras se quedaron en la garganta y suspiró. Había dejado de llorar y se quedó mirándolo-. Ya no sé qué hacer. Todo parece escaparse de mí... ¿Sería muy difícil para ti?

Adam la miraba fijamente, con los labios apretados y los ojos tan oscuros como la noche.

-Yo participaré -dijo ella-. No será como ha sido otras veces -deslizó los brazos tras la nuca de su marido, y comenzó a besarlo en el cuello.

Él se quedó rígido, como una estatua y pronunció su nombre en un tono que la hizo pensar que estaba enfadado, pero no se detuvo; comenzó a desabrocharse la camisa y le dijo, con la respiración

alterada:

-No te enfades, por favor. Me siento tan triste, y no sólo por Nimmitabel sino por lo tonta que he sido. Necesito confianza, te necesito a ti -apoyó la cara en el pecho de Adam y aunque ya no lloraba, aún se estremecía. Después de un rato, él le pidió:

-Roz, ven conmigo.

-¿A dónde?

-A mi habitación -se puso de pie y la levantó como si fuera una niña-. Nadie nos molestará allí -cerró la puerta con el pie y dejó a Roz sobre la cama; se acostó a su lado y la abrazó hasta que se calmó.

-Roz, vamos a analizar esto. Nosotros...

Pero ella se apartó de él y se sentó.

-¡No! Sé lo que vas a decir, ¡vas a discutir conmigo de nuevo! ¡Pero yo no quiero palabras, no quiero razonar! -ella lo miraba fijamente, sin llorar-. Parece que te has olvidado de mis derechos conyugales, ¿no es así como se llaman? ¿O son sólo los maridos los que tienen esos derechos?

Una chispa de diversión iluminó los ojos de él, pero respondió con seriedad:

-No, claro que no.

-Entonces vamos a verlo -se puso de rodillas y se quitó el vestido.

La habitación estaba iluminada con el resplandor rojizo del atardecer. Ella titubeó, consciente de que en la mirada de Adam ya no había diversión y de que no parecía enfadado.

Se quedó quieta durante un momento y después se desabrochó el sostén, lo dobló con cuidado y lo apartó a un lado. Se puso las manos en los muslos y se irguió; sus senos firmes subían y bajaban con suavidad al ritmo de su respiración. Ella permaneció sin moverse, bajo la mirada oscura y sin expresión de Adam y, mientras esperaba, se dio cuenta de que la tristeza y la cólera de la incertidumbre se habían convertido en una enorme serenidad. Ya nada podía hacerla retroceder, y era consciente de ello.

-¿Te está provocando alguna sensación esto? -le preguntó-. A mí sí. Mira -murmuró y puso la mano de su marido sobre el corazón-. ¿Sabes cómo reacciono cuando me acaricias? Me estremezco hasta la punta de los pies. ¿Te acuerdas cuando bailamos en mi fiesta de cumpleaños, y me preguntaste en qué estaba pensando?

Él la miraba, asintió con un movimiento de cabeza, y se puso de rodillas frente a ella.

-Estaba recordando la última vez que hicimos el amor y cómo me besabas aquí y aquí -deslizó la mano de Adam sobre su cuerpo desnudo-. Y sólo recordarlo hizo que me excitará. Me asombré y me

dio vergüenza. Nunca me había pasado antes, me sentí desnuda y... no sé cuál es la palabra.

La luz del sol ya se había ido y los ojos azules de Roz parecían más oscuros.

-¿Sensual? -sugirió Adam.

-Sí, ésa es -Roz notó que su corazón latía con más fuerza al pensar en ello. Se sintió muy vulnerable mientras él la observaba. Ella soltó su mano y se mordió el labio inferior.

-Así que -dijo Adam en voz baja-. Las apariencias engañan. Nunca lo hubiera creído -la sujetó por los hombros y comenzó a mover las manos sobre su cuerpo, en ardientes caricias-. Pero no es un crimen sentir eso, ¿sabes?

Roz tembló mientras las manos fuertes y grandes de su marido se acercaban a su cintura. Ella cerró los ojos y suspiró de placer.

-Lo sé -murmuró apoyándose sobre su pecho-. Así es como soy en realidad. Menos mal -alzó los ojos y vio que él estaba mirando su boca; sonrió-. No podía imaginarme cuánta sensualidad iba a llegar a experimentar, ¿no es cierto? De otra manera tal vez me hubieran encerrado en algún sitio. Pero si tú...

-Roz -los ojos oscuros de Adam brillaron y la abrazó con más fuerza-, un marido puede aprovecharse de tanto deseo... ¡así que no digas que no te he avisado!

Roz se despertó con los truenos de una tormenta y, en el reloj que estaba al lado de la cama, vio que eran las doce y media de la mañana. Poco después, mientras las cortinas se agitaban y comenzaba a llover con fuerza, Adam se movió junto a ella.

-¡Diablos! -exclamó, adormilado y se levantó rápidamente para cerrar las ventanas.

Ella lo miró y esperó en silencio a que él se tendiera a su lado en la cama. Roz se movió para recibirlo y él la rodeó con sus brazos.

-¿Te he despertado? Lo siento.

-No. Ha sido la tormenta.

Se quedó callado un momento, con la cara escondida en el pelo de la esposa. Después levantó la cabeza y dijo:

-¿Cómo te sientes?

-Aniquilada -contestó con suavidad-. Pero estupendamente. ¿Cómo estás tú?

-No me gustaría decírtelo.

-¿Qué quiere decir eso? -preguntó y liberó una mano para acariciarle el hombro desnudo.

-Significa que si continúas acariciándome, dentro de poco será evidente, mi querida Roz. Sin embargo...

-Tengo un poder increíble de recuperación -lo interrumpió ella-. Y nada que hacer hoy. Podría pasar todo el día como una amante, recuperando mi fuerza y pensando cómo seducirte por la noche.

-No creo poder esperar tanto. Sedúceme ahora.

Ella lo hizo, pero aquella vez fue diferente, suave, despacio, pero siempre de forma encantadora, casi insoportable, hasta que Roz se estremeció en los brazos de él. Y tampoco, aquella vez, hizo ningún esfuerzo por ocultar sus emociones.

Algún tiempo después, cuando su respiración ya se había calmado y estaban tumbados muy juntos, cogidos de la mano, Roz vio que su marido estaba sonriendo.

-¿Qué? -murmuró ella.

-Estaba pensando en maneras para conservar mi fuerza si continuamos así.

-¿No lo deseas?

Él la miró y después la besó en la mejilla.

-Claro que sí, Roz.

-¿Entonces... no estás enfadado conmigo?

-¿Parece que sí?

-No -respondió ella-. Pero, ¿no fue idea tuya que nos separáramos? Y cuando te levantes, quiero decir que quizás a la fría y dura luz de la mañana...

-Ya me he levantado -intervino él-. No a la luz de la mañana, pero sí después de la primera vez que hicimos el amor, esta tarde, cuando te quedaste dormida y yo no tenía sueño. Entonces me levanté y... tranquilicé a los demás, entre otras cosas -dijo él.

-¡Oh...!

-Pero volví a la cama, Roz.

Hubo silencio. Luego ella se relajó con un suspiro y apoyó la cabeza en el hombro de él. Roz pensó que tenía que conformarse con aquello, con que hubiera vuelto a su lado y no estuviera enfadado. Esperar que le dijera que la amaba era pedir demasiado.

Aquella noche, Roz había descubierto lo que significaba vivir en la intimidad con un hombre, aunque llevaba tiempo casada. El cambio de la chica fue también evidente para su doncella, cuando llegó a llevarle el desayuno a su cuarto. Roz se había ido a su cama, por sugerencia de Adam y llevaba un pijama de seda blanca.

-Te he echado de menos, Jeanette -dijo ella con una sonrisa-. ¿Te has divertido estos días?

-Mucho -respondió Jeanette con entusiasmo-. Pero me alegra estar de vuelta -se puso seria-. Sin embargo, me dio mucha pena lo de la potranca. Usted... quiero decir ayer... -se detuvo.

Roz miró hacia la bandeja y el pelo le cubrió la cara. Luego alzó la vista y sonrió.

-Estaba muy deprimida ayer, pero con eso no voy a conseguir nada bueno para Nimmitabel. Adam acaba de ir a verla.

-Él sabrá lo que es mejor para ella -dijo Jeanette, de manera confidencial, y añadió, casi sin querer-. Como lo hizo con usted.

Roz se quedó atónita por el comentario.

-Quiero decir que parece tan tranquila y hermosa esta mañana -corrigió la doncella-. Sólo el señor Milroy pudo haber hecho eso por usted.

Roz recordó lo que había tenido que hacer para persuadir a su marido, pero pensó que su criada tenía razón al suponer que sólo el señor Milroy era capaz de hacer eso por ella. Sintió que se ruborizaba al pensarlo, pero Jeanette miraba todos los rincones de la habitación, para revisar cómo había quedado todo después de su ausencia. Roz sonrió mientras pensaba en lo estragos que había hecho en los cajones de su cómoda el día anterior y, de pronto, le pareció que había pasado mucho tiempo desde entonces.

Milly también se percató de que la señora parecía diferente, pero se guardó sus comentarios.

Adam regresó a la hora de comer y se encontró a Roz en el estudio. La tomó entre sus brazos y la besó durante un rato, luego se sentó con ella en sus rodillas.

-¿Cómo está Nimmitabel? -le preguntó ella.

-Creo que va a salvarse -dijo él con aire pensativo-. Está sedada la mayor parte del tiempo, pero cuando está despierta parece muy tranquila.

-Tal vez... ha madurado de pronto -sugirió Roz.

Él esbozó una ligera sonrisa.

-Tal vez.

-¿Crees que podrá volver a correr, Adam?

Él tardó en responder.

-Ha habido tantos milagros asociados con ella, Roz... pero no, no lo creo.

-No importa. Con tal de que logren salvarla -se movió entre sus brazos- ¿Cuándo puedo verla?

-Espera un par de días -le aconsejó él-. Está recibiendo la mejor atención posible y es importante que esté tranquila.

-Yo no la inquietaría -prometió Roz.

-Lo sé, pero puede afectarle. Nada va a pasar mientras tanto.

-Está bien -aceptó-. ¿Qué vas a hacer después de comer? ¿Vas a trabajar?

-No, voy a descansar -dijo él con seriedad.

-Oh.

-Mmmm. De hecho, voy a descansar un par de días más. Me voy al Hotel Ramada, pasaré parte del tiempo en la playa, cenando

fuera todas las noches, quizá vaya al casino y el resto del tiempo lo pasaré en la cama.

-¿Solo?

-Sí -le dijo él con un brillo en los ojos, mientras ella miraba a su marido con extrañeza-. Sólo contigo.

Después de un rato Roz reaccionó y dijo:

-En ese caso, tengo que hacer el equipaje.

-Jeanette lo está haciendo. Por cierto, me han comunicado que las maletas que se perdieron en el vuelo a Japón llegan mañana. Hay una sorpresa... -se detuvo de pronto-, para ti allí -terminó la frase secamente.

-¿Me vas a decir lo que es, o tengo que esperar? -dijo Roz.

-Esperarás.

-¿No me das ni una pista?

-No, excepto... bueno, no tenía la seguridad de que fuera apropiado -y como si estuviera cambiando de tema, agregó-. ¿Cómo sigue el vacío de tu corazón?

-Lleno -contestó con mucha decisión y no se atrevió a añadir que era lleno de amor.

Adam no volvió a mencionar aquellos asuntos durante los días maravillosos que pasaron en la playa; sin embargo, Roz lo había sorprendido, en varias ocasiones, observándola con una intensidad que la incomodó, pero se había propuesto no preocuparse por ello. Pensó que, seguramente, Adam se preguntaba por qué había cambiado de un modo tan radical. Quizás él hubiera adivinado que su mujer estaba dispuesta a luchar por su matrimonio, pero Roz sospechaba que ignoraba el motivo.

La última noche de sus vacaciones improvisadas fueron al casino. No hacía mucho tiempo que lo habían inaugurado, y al ser el mejor de Queensland, el Casino Júpiter de la Costa Dorada había atraído una enorme atención. El edificio era espectacular, tenía hotel, restaurantes, salones para congresos y, bajo un techo de cristal inclinado que de noche parecía un río de luz, estaban los dos pisos del casino.

Roz llevaba un vestido negro plisado, con un amplio escote que dejaba al descubierto la suave y dorada piel de los hombros y el cuello. Calzaba sandalias negras, de tacón alto, y como único adorno el brazalete de oro con diamantes. Llevaba el pelo suelto y el color negro de su atuendo acentuaba su color rubio.

-¿Voy demasiado elegante? -le preguntó a Adam suavemente.

-No. Y podemos empeñar el brazalete, si perdemos -le dijo él con una sonrisa-. No te vayas a alejar de mí esta noche.

-¿Por qué?
-Alguien puede raptarte.
-¿Por el brazalete? -preguntó ingenuamente.
-Porque estás muy hermosa.
-Oh -se relajó-. Lo dudo. Podría suceder justo lo contrario -añadió con una mirada burlona.
Él se acercó y puso un dedo en la barbilla de Roz.
-¿Qué quieres decir con eso, pequeña bruja?
Roz fingió pensarlo y acarició la camisa de lino de su marido.
-Alguna -hizo una pausa-, dama exótica puede tratar de seducirte.
-¡Oh! -dijo él-, tendrá que ser muy exótica para competir contigo.
Roz se ruborizó, sabiendo con exactitud a qué se refería, y se rió.
-Debes creerlo... un día te lo explicaré. ¿Podemos irnos? ¡Me apetece muchísimo ganar una fortuna!
Roz se dio media vuelta para coger el bolso, y ésa fue una de las ocasiones en que lo sorprendió mirándola fijamente. Pero fingió no darse cuenta.
-¡Adam! No lo creo -exclamó mientras contaba un montón de fichas-. ¡Estoy igual que cuando empecé!
Estaban cenando en la terraza del restaurante del casino.
-Pues eso está muy bien -comentó él-. Desearía poder decir lo mismo.
-No has perdido mucho.
-No, tienes razón. Debo ser demasiado cauteloso, por naturaleza.
-Debe de ser -dijo pensativa-, quiero decir que nunca pierdes la cabeza en las carreras, o tu camisa -sonrió ella.
-Aprendí esa lección hace mucho tiempo, Roz. Y no considero el hipódromo como un lugar para apostar... sino como un negocio en el que me gusta estar involucrado. Y respecto a esto del casino, es divertido de vez en cuando, pero fatal si crees que puedes ganarle a la casa con frecuencia.
-No pensé que me fuera a gustar tanto -confesó ella-. Tal vez haya heredado alguna de las aficiones de mi abuelo, después de todo.
-El divertirte una noche no es ningún crimen, Roz. De hecho iba a sugerir que jugáramos una vez más antes de irnos. ¿Qué te apetece esta vez? ¿Ruleta? ¿Dados?
-*Blackjack* -exclamó entusiasmada.
Roz se sorprendió porque, aunque era entre semana y ya muy tarde, había mucha gente alrededor de las mesas.
Pero Adam consiguió un asiento para ella en la mesa de *Blackjack,* la *croupier* le sonrió a Roz y comenzó a darle cartas;

durante unos minutos, Roz se quedó absorta en el juego. Luego miró alrededor de una mesa, buscando a Adam y vio que estaba charlando con un hombre mayor, al que no conocía, como a otros que se habían acercado, en el casino, a saludarlos. Adam levantó una mano al verla y ella volvió a jugar con una sonrisa. Al otro lado de la mesa se acababa de sentar una mujer espléndida. Roz se fijó en ella y pensó que si le hubieran pedido que describiese a la dama exótica que podría raptar a Adam, esa mujer cubría los requisitos a la perfección.

Parecía tener unos treinta años, alta con pelo largo y dorado, y ojos verdes. Llevaba un vestido de seda verde, de tirantes muy finos, cuyo escote se abría sobre un busto magnífico. Golpeó la mesa para solicitar otra carta y una sortija con una enorme esmeralda rodeada de diamantes brilló a la luz de las lámparas.

Pero la carta que le dieron sumó más de veintiuno así que le sonrió al hombre que estaba detrás de ella, quien le entregó un billete de cien dólares; ella lo cogió y se lo dio a la *croupier* para que lo cambiara por fichas.

Cuando la mujer miró a Roz con sus hermosos ojos almendrados, la chica sintió la mano de Adam en su hombro. Pero cuando se dio la vuelta para sonreírle, él no la estaba mirando a ella, sino al otro lado de la mesa, con los labios apretados. Roz se sintió extraña al darse cuenta de que su marido estaba mirando a la mujer de verde; pero había algo más, era como si existiese una corriente eléctrica entre ellos que todos los presentes parecieron percibir; incluso la *croupier* se quedó mirándolos antes de barajar.

Luego, la mirada de los ojos verdes se deslizó hacia abajo para estudiar a Roz, y por alguna razón ella contuvo el aliento; sintió la mano de Adam apretándole el hombro pero no podía apartar los ojos de aquella mujer.

Hasta que la *croupier* dijo:

-Hagan sus apuestas, por favor -y la mujer de verde sonrió y levantó una mano para esbozar un saludo.

-¿Ya ha sido suficiente, Roz? -preguntó Adam.

-Sí. ¡Sí!

Estaban acostados en la lujosa habitación del Hotel Ramada, sin hablar, sin dormir.

Adam había estado callado durante el viaje al hotel y Roz igual, aún pensando en aquel curioso encuentro.

Él ya estaba en la cama cuando su esposa salió del baño; se había tumbado con las manos detrás de la cabeza, y permaneció en silencio, mientras ella se desvestía. Luego, Roz se deslizó bajo las

sábanas y él rodeó sus hombros con un brazo, pero no la miró.

-¿Quién era ella? -preguntó Roz.

Después de un largo rato, cuando ella pensó que no iba a contestarle, Adam le dijo:

-Louise.

-Me preguntaba si sería ella -murmuró Roz-. Es muy guapa y muy elegante.

-Así son también las fieras come hombres -contestó bruscamente.

-Es -titubeó-, la primera vez que la ves desde...

-Sí. Ellos viven en Perth.

Ella no hizo más preguntas, y después de un rato, él descargó la tensión nerviosa acumulada.

-Yo pensé… -comenzó Adam-, solía creer que sería satisfactorio verla de nuevo, mostrarle que yo había salido adelante, que supiera de lo que se había alejado.

-¿Y no ha sido así? -le preguntó Roz.

-No, todo lo contrario. Ha sido un triunfo para ella y eso me molesta porque me doy cuenta de que todos estos años he evitado enfrentarme a la realidad.- Roz contuvo el aliento. -Pude no haberla amado -le explicó él-, pero consiguió destrozar mi orgullo. Y todo este tiempo he estado pensando que era una mujer codiciosa e interesada. He pensado... bueno, aunque quizá nunca estuve enamorado de ella, yo no le hice eso... irme con otra mujer. Pero Louise me engañó, y al hacerlo lastimó mi ego.

-¿Quieres decir...?

-Que me sentiría mejor si yo la hubiese dejado, pero que ella me abandonara por otro hombre más rico y mayor que yo, es algo que siempre me dolerá; lo cual es ridículo, porque la alternativa era vivir juntos en la desdicha. Yo lo sabía de sobra, pero el orgullo es un sentimiento que me supera.

-¿Pero sigue con él? -murmuró Roz.

-Sí. Y lo ha hecho muy feliz, según parece.

-¿Crees que se enamoró de él o...?

-No lo sé, Roz. Pero ahora ya no importa. Lo que importa es que ella fue capaz de solucionar su vida con sensibilidad e inteligencia. Creo que tienen cuatro hijos.

Roz se sorprendió.

-Y yo te tengo a ti -le dijo Adam en voz baja, y comenzó a hacerle el amor con una lentitud exquisita.

Salieron del hotel, hacia su casa el domingo por la mañana muy temprano. Pero mientras esperaban en un semáforo, vieron pasar a Michael Howard acompañado de una chica que tendría, aproximada

mente, veinte años.

Roz parpadeó y se quedó mirándolos.

Iban cogidos de la mano, y la muchacha era muy hermosa y con mucha personalidad.

Roz los observó mientras Adam conducía lentamente, debido al intenso tráfico. Durante un rato avanzaron al paso de la pareja. Iban charlando, absortos uno en el otro y parecían estar muy contentos. Roz tuvo la sensación de estar mirando a un familiar, no a alguien que un día quiso casarse con ella.

Poco después los jóvenes se metieron por otra calle y ella se volvió hacia Adam. El apartó su mirada del camino durante un instante y había un gesto de duda en sus ojos.

-Qué casualidad -comentó ella-. Me refiero a que tú vieras a Louise el otro día, y yo a Mike hoy.

Él no dijo nada, pero en el siguiente semáforo, cogió suavemente la mano de su mujer.

-¿Cómo sabías que Mike se había casado? -le preguntó ella.

-Solicitó un trabajo con nosotros; no en Electrónica Milroy sino en una compañía filial. Es probable que no supiera que la empresa me pertenecía. Estaba yo en una junta general, cuando su solicitud llegó. Todos sus datos estaban en el impreso y cuando el nombre me resultó conocido, lo leí. Viven con los padres de Mike, por lo menos ése fue el domicilio que dio, y su esposa es enfermera. Llevan casados aproximadamente cuatro meses.

-¿Y tú...?

-Yo no intervine de ninguna forma. Pero la compañía buscaba una persona con más experiencia.

-Yo... -comenzó Roz de nuevo-. Fue como ver a un extraño todo parece tan lejano ahora. Su padre... debe aprobarla, a ella.

-Roz... -Adam maldijo cuando otro coche se atravesó en el camino y tuvo que pisar el freno hasta el fondo para evitar el choque. Pero fueron sacudidos por el coche que tenían detrás, a cuyo conductor no le había dado tiempo a frenar.

Un coche de policía que había visto el accidente se lanzó perseguir al vehículo que había causado el golpe, con las luces encendidas y la sirena puesta.

Roz tragó saliva y se quedó pálida.

-¿Estás bien? -preguntó Adam, también lívido, pero furioso.

-Sí -dijo temblorosa.

-No pareces estarlo, Roz.

-Estoy bien. Sólo ha sido el susto, y luego esa... sirena.

Él volvió a maldecir y rodeó los hombros de su mujer con un brazo.

-Relájate -le ordenó-. Creo que nadie ha sufrido daño alguno -se

bajó del coche.

La parte trasera del Jaguar no estaba demasiado abollada. Después de un rato llegó un policía y tomó los datos de Adam y el otro conductor y se encargó de dirigir el tráfico.

-Eran sólo unos jóvenes revoltosos -dijo Adam cuando volvió al coche.

-¿Los han cogido?

-Sí, por fortuna, antes de que causaran más problemas. Bueno -puso en marcha el motor con precaución, pero todo parecía funcionar-, al menos nos movemos, cosa que no pueden decir los de atrás, así que a casa. ¿Te sientes mejor?

-Sí.

-¿Segura?

-Sí -respondió Roz con decisión-. No voy a asustarme el resto de mi vida cada vez que oiga una sirena, ¿no es cierto? -y le sonrió.

Y Adam le dijo cariñosamente:

-No, señora.

CAPÍTULO 8

LA vida en casa del matrimonio Milroy transcurrió de manera tranquila y descansada durante un cierto tiempo después de sus breves vacaciones. Al menos para Roz, mientras que Adam pasaba muchas horas fuera y, algunas veces, parecía preocupado. Roz había llegado a la conclusión, algo dudosa, de que sus problemas estaban relacionados con sus nuevos negocios con los japoneses. Pero había decidido, también actuar de forma racional y apartó de su imaginación cualquier asomo de duda.

Después de todo, tenía motivos para estar contenta; aunque no había sido capaz de decirle con palabras que lo amaba, había luchado por demostrárselo. Y dos de los problemas principales de su relación habían sido eliminados; él se había enfrentado a su primer matrimonio, y eso debía disminuir su escepticismo acerca del amor, y de las mujeres, ahora que podía admirar y respetar a Louise. Para Roz estaba muy claro que los fantasmas de Louise y Mike Howard habían desaparecido para siempre, y esperaba que para Adam también, y cuando un día pensó que no era por Louise por quien tenía que preocuparse, sino por otra mujer, se sintió avergonzada y como si estuviera calumniando a Adam. Estaba convencida de que no era sano especular de esa manera.

Sin embargo había algo más que la desconcertaba: Adam le había dicho que tenía una sorpresa de Tokio, pero aunque el equipaje perdido ya había aparecido, él no había vuelto a mencionar el asunto. Roz pensaba que quizás la sorpresa fuera un paquete aparte que aún no hubiera llegado. Sabía que era absurdo no atreverse a preguntárselo directamente, pero no podía hacerlo. Recordaba que Adam parecía un poco extraño cuando lo mencionó la primera vez y eso hacía que ella no quisiera preguntar.

Pero Roz se propuso encontrar diversos antídotos para sus preocupaciones; durante la paz de esas semanas se decidió a poner un mayor interés en su casa y un deseo de relacionarse con la gente más a su manera. Todo había empezado cuando le mencionó a Milly que siempre había estado interesada en las hierbas y que le gustaría cultivar algo para después utilizarlo en la cocina.

-¡Qué gran idea! -exclamó Milly-. Podríamos plantar diversos tipos de té y muchas cosas más. Por cierto, iba a decirte que el papel de las paredes y la tapicería de los muebles del comedor están un poco gastados, lo que es una buena excusa para volver a decorarlo todo. Por lo general contrato a un decorador, ¿pero quizás a ti te apetezca...?

Roz parecía entusiasmada con la idea y, además, Nimmitabel

había superado los peores momentos y su fractura empezaba a curarse. El animal podía ser utilizado ya para criar y Roz pensó que quizá le yegua tuviera más suerte que ella y se quedaría pronto embarazada.

Dos semanas después habían plantado todas las hierbas y decorado el comedor. La rapidez con que habían conseguido acabar se debía, en gran parte a Jeanette, quien resultó muy útil para la elección de la tapicería, y decidió que las doce elegantes sillas de caoba fueran cubiertas de seda amarilla para que hicieran juego con el papel de la pared.

Los últimos detalles fueron resueltos por Roz, con la ayuda de su suegra, que había llegado inesperadamente.

-Mi querida Roz -le dijo mientras miraba la habitación-. ¡Me encanta! No sabía que tuvieras tan buen gusto.

-Necesita algo más; los adornos que teníamos antes no van nada ahora. Pensé que tal vez estuviera bien poner todo blanco, pero… -se encogió de hombros.

Flavia parpadeó, y le dijo:

-Pero qué buena idea, tal vez con un toque de color jade. ¡Ven conmigo, Roz! -le ordenó-. Conozco la tienda adecuada.

Horas después Roz regresó de un largo paseo por las tiendas de antigüedades, exhausta pero contenta.

Esa misma noche, en el comedor, le explicó a Adam lo que había comprado.

-Creo que las lámparas de alabastro quedarán muy bien en el aparador. Encontramos un enorme jarrón decorado en tono verde claro, con elegantes asas en el cuello que podría quedar estupendamente aquí y un candelabro de cerámica para la mesa. Eso es todo... ¡oh, no!, compramos también una vajilla nueva y algunos manteles -recordó sintiéndose un poco culpable-. He gastado un montón de dinero hoy, Adam.

-Incitada por mi madre, sin duda -comentó él.

-Ella... bueno, dijo que estaba segura de que a ti no te importaría.

-Así es ella -dijo con cierta sequedad.

Roz notó el calor que le subía a las mejillas.

-¿Te importa? Quizá tenía que habértelo preguntado antes, pero llegó por sorpresa y... nos divertimos -finalizó ella.

-Así es mi madre. Por cierto -él examinó el color rojo de sus mejillas-, no debes sentirte como una niña regañada. ¡No voy a pegarte por haberte divertido!

La exasperación de Roz se convirtió en indignación.

-¡Me estabas tomando el pelo!

-No pude resistirlo -murmuró él-. Y ahora voy a besarte. ¿Alguna

objeción? Después de todo, dijiste que te habías gastado mucho dinero hoy.

-Bueno... pero también ahorré un poco. Milly iba a contratar a un decorador, así que hubiera sido más caro; y Jeanette tapizó los muebles. Tu madre sabe regatear con los vendedores de antigüedades muy bien, mientras que un decorador... Adam -protestó ella-. ¡Aquí no!

Los dedos de él se posaron sobre la blusa de su mujer.

-¿Tenías otra cosa en mente? -le preguntó Adam con ojos traviesos.

-¡No! La cena estará lista pronto...

-Pero al decir que aquí no, querías decir que tenéis en mente otro lugar, como tu habitación. Soy benévolo -sus dedos avanzaron hacia los botones, hasta que la blusa quedó abierta y él deslizó las manos dentro para acariciarle los senos. Ella se había dado un baño al volver a casa y no se había puesto sujetador, porque era una tarde calurosa.

-Oh -murmuró Roz- creo que estás imposible. Sabes a lo que me refería... ¡Alguien puede entrar en cualquier momento!

-¿Por qué? No utilizamos este comedor cuando estamos solos. Además, ¿te importa? -preguntó Adam con suavidad-. Tan sólo se darían media vuelta y saldrían otra vez.

Roz lo miró con la boca abierta y parpadeó, mientras él la acariciaba. Ella se estremeció y sintió que iba a perder el control. Miró la superficie lisa y desnuda de la mesa del comedor y suspiró por las imágenes que llenaron su mente.

-No -suplicó y apoyó la cabeza en el pecho de su marido.- ¡No me provoques!

Adam la abrazó y Roz notó que él se estaba riendo.

-No es gracioso -señaló, y pensó que estaría ruborizada de la cabeza a los pies, y no sólo por sus pensamientos sino porque él había comprendido de inmediato.

-Tal vez no -dijo Adam después de un momento-, pero muy imaginativo e innovador -añadió él.

-¡Oh... has sido tú! Quizá nunca pueda volver a entrar aquí sólo de pensar que tengamos una cena... ¡Oh!

Pero cuando él dejó de reírse y estaba resistiéndose a los esfuerzos de ella por liberarse, dijo:

-Eso sería una lástima, después de todo tu trabajo. Y a mí me gustaría mucho venir aquí otra vez para divertimos; así podremos compartir una broma privada, ¿no es así mi querida y traviesa Roz?

Ella contuvo el aliento y se forzó a mirarlo.

-Roz, no te pongas así. Lo siento -le dijo seriamente.

Los labios de ella temblaron, y comenzó a reír; pero alguien

llamó a la puerta y se quedó quieta, dando gracias a Dios por estar de espaldas a la puerta. Jeanette anunció:

-La cena está servida, señor Milroy... ¡oh! ¡Lo siento! No quería…

-Está bien, Jeanette -le dijo Adam con calma--. Estaremos listos en un minuto.

-Bueno, no hay prisa. Estoy segura de que MilIy podría… quiero decir...

-No te molestes, Jeanette -agregó seriamente, pero Roz pude sentir el esfuerzo que le había costado no reírse; mientras la doncella pareció entender la insinuación, porque salió de inmediato.

-¡Te lo dije! -exclamó ella--. Ahora ya no sólo no puedo entrar en esta habitación, sino que tampoco puedo mirar a Jeanette -pero se estaba riendo. Mientras, Adam la soltó y, con cuidado, le abrochó la blusa, riéndose en silencio.

-Ahí estás, toda propiedad y prudencia de nuevo -murmuró y la besó en los labios-. Y yo te ayudaré a hacerles frente -la tomó de la mano.

Pero un poco más tarde, Adam volvía a mostrarse pensativo y preocupado; y aunque fue a la cama de Roz, había algo de tensión en su manera de hacer el amor, como si recordara algo que no le gustase.

Roz pensaba en ello a la mañana siguiente, cuando estaba desempaquetando los objetos que había comprado el día anterior. Decidió poner la mesa con el nuevo mantel y la vajilla, para ver cómo quedaba y llamó a Milly y a Jeanette para que lo vieran. En ese momento llegó Lucía.

-Bien, bien -dijo Lucía-. Mamá me contó que habíais ido de compras, Roz -lanzó una mirada crítica-. Muy bonito -murmuró.

Milly, que estaba detrás de ella, dijo:

-Iba a preparar café para la señora Milroy, señora Whatney. ¿Quiere uno?

-Gracias, Milly -aceptó Lucía.

-Lo tomaremos en el estudio, por favor, Milly -le pidió Roz-. Lucía, ¡qué sorpresa!

Lucía esbozó una fría sonrisa y Roz recordó la última vez que había visto a su cuñada, la mañana en que Nicky había intentado huir; y recordó la mirada venenosa de Lucía, porque estaba molesta por su intervención a favor de Richard y Nicky. También se le ocurrió pensar que a su cuñada le fastidiaba que ella fuera de compras con Flavia, ya que eso significaba una relación más

estrecha entre ellas.

Durante una media hora tomaron café y charlaron de manera amigable, sobre asuntos intranscendentes, sentadas en el estudio. De pronto, Lucía preguntó de manera poco natural:

-¿Cómo está Adam?

-Bien. Está en Sydney, pero regresará a casa mañana. ¿Por qué lo preguntas?

Lucía se encogió de hombros.

-¡Oh!, simple curiosidad. Debo admitir que lo llevas muy bien, Roz; pero desde hace algún tiempo me he dado cuenta de que tu matrimonio es diferente.

-¿A qué te refieres?

-¡No me interpretes mal! -Lucía agitó una elegante y cuidada mano-. Yo estoy a favor de los matrimonios racionales, que son como un contrato. Aunque esperaba que Adam fuera... bueno, más discreto en eso. Pero parece que a ti no te molesta, así que... -se detuvo y miró el gesto confundido de Roz-. ¿Quieres decir que no sabías que se llevó a su amante a Japón con él? Querida, una amiga mía iba en el mismo vuelo, y no sólo estuvieron juntos en el avión, también se alojaron en el mismo hotel en Tokio. Y mi amiga, se encontró a Adam comprándole un fabuloso y caro kimono; la noche siguiente -hizo una pausa-, mi amiga lo vio salir de la habitación de ella. Sus... relaciones fueron bien conocidas por todo el mundo hace algunos años, pero por supuesto, Adam nunca se hubiera casado con ella.

-¿Por qué no?

-Ella se ha divorciado dos veces, se dedica con intensidad a su trabajo y yo la he oído decir que no está interesada en dejar su carrera para criar niños. Supongo que este... nuevo asunto que hay entre ellos los satisface a los dos.

-¿Y qué te hizo pensar que mi matrimonio es diferente, Lucía? Aparte de esto...

-Tú, Roz. He visto demasiadas muchachas enamoradas, y me di cuenta de que tú no lo estabas. ¿Me equivoqué? -preguntó con indulgencia.

-No... pero ahora lo estoy... -Roz se quedó en silencio y se llevó una mano a los labios. Además del daño que le había causado enterarse de lo de Adam, había sido sincera con Lucía, que le había destrozado el corazón.

-Bien -dijo Lucía-, eso es una desgracia.

-Lucía -exclamó Roz roja por la ola de cólera que la inundó-. No creas que no sé por qué me has dicho todo esto. Por alguna razón no soportas que yo tenga alguna influencia en la familia, aunque es lo último que quiero o busco.

-¡Oh! ¿Y qué hay sobre Nicky?

-Lo que sucedió con ella y la manera en que me vi envuelta en ello fue una casualidad.

-Cuéntame lo de tu matrimonio -dijo Lucía.

-No. Eso es algo entre Adam y yo, y así se va a quedar. Pero si estás celosa porque yo empiece a pintar algo en esta familia, estás perdiendo el tiempo y no puedo creer que alguien pueda ser... ¡tan pretenciosa y ridícula!

-¿Y no crees que es también ridículo presumir entre nosotras cuando tú no eres mejor que yo...? -se quedó callada y se puso pálida; luego, para asombro de Roz, se dio la vuelta y pudo notar que los hombros de su cuñada se estremecían por el llanto.

-¿Lucía...?

No hubo respuesta.

Roz se arrodilló al lado de la silla de su cuñada.

-Por favor, no entiendo -le dijo-. No llores... déjame ayudarte. Dijiste que... -se quedó callada y sus ojos se abrieron con sorpresa-. ¿Quieres decir que tú y Gareth...?

Lucía se acomodó en la silla, parecía indefensa y triste, como nunca se había mostrado.

-¿Acaso él... es él..?

-Sí -gimió Lucía-. Me ha sido infiel durante muchos años, y me está matando poco a poco, porque lo amo y lo odio, y nunca podría dejarlo...

Todo salió a la luz, una letanía de amarguras que Lucía había enterrado en su corazón durante tanto tiempo y habían hecho de ella una mujer dura y amargada.

-No hago nada por escapar de esta situación; incluso hay veces que me desprecio más que a Gareth, pero la verdad es que no puedo odiarlo. Yo... me emociono como una niña cada vez que termina con una amante y me desea de nuevo. Me vuelvo a enamorar porque... -continuó con amargura-, no puedo abandonado ni aceptar que él es así y alegrarme de que sea feliz conmigo, aunque sea un descarriado. ¿Por qué me atormento cada vez que sucede, y... y ataco a cualquier persona que esté cerca?

Roz permaneció en silencio, porque no sabía qué decir; puso su mano sobre la de Lucía y se quedó quieta, a su lado. Siguieron así durante un buen rato, hasta que Lucía se calmó.

-Parece que estamos en una situación parecida, así que tal vez nos podamos ayudar.

-¡Oh, Roz! -le dijo Lucía con tristeza-. Nunca me perdonaré por esto, sobre todo si tú no lo sabías.

-¿No es posible que tu amiga se haya equivocado respecto a Adam?

-Nunca se ha equivocado con Gareth -señaló Lucía con ironía luego cerró los ojos y se mordió el labio-, Pero tal vez haya sido sólo una aventura para Adam, algo que sucedió involuntariamente, cuan se encontraron juntos en Tokio, y solos. De hecho no hay nada que sugiera otra cosa. Lo que te he dicho sobre que esa mujer era su amante, es sólo... una conjetura porque... porque... -tomó aire -. Debido a mi obsesión. Y eso es cierto, Roz.

Lucía se quedó a comer y cuando se fue, parecía ser la de siempre, excepto por su palidez; sólo sus ojos delataban culpa ansiedad, y Roz se dio cuenta de ello. Pero pensó que quizás aquella situación permitiera que pudieran llegar a ser amigas.

Mientras el Alfa Romeo plateado se alejaba, Roz pensó que nunca hubiera creído llegar a tener tanta confianza en su cuñada.

Antes de entrar en casa, respiró profundamente y decidió aparentar tranquilidad y despreocupación ante Milly y Jeanette, las cuales estarían deseando saber el motivo de la visita de Lucía.

Cuando se estaba desnudando para irse a la cama, se dio cuenta de que había puesto tal empeño en borrar cualquier sospecha que Milly pudiera tener, que había conseguido, también, dejar de pensar en Adam. Sólo le preocupaba el estado de ánimo de su cuñada, a la que había encontrado un tanto desequilibrada. Volvió a pensar en su marido. Se preguntaba si Adam estaría, de verdad, en Sydney en viaje de negocios. Recordó que él le había dicho que algo inesperado le había sucedido en Tokio y que no había negado que hubiese alguien más...

Se metió en la cama, donde Adam le hiciera el amor con tan tensión la noche anterior, y cuando dejó de pensar en todo aquello se encontró abrazando la almohada, sin llorar, pero triste y abatida por tantas emociones, en especial por la incredulidad. Aunque hubiera sucedido algo en Tokio estaba segura de que su relación con ella en aquel momento significaba que no existía otra mujer en su vida. Pero la duda continuaba, porque quizás ella hubiera forzado a su marido a aquella nueva situación entre ellos. Y de pronto, se convenció de que era cierto que él tenía una amante. Adam era diferente y ella no había querido darse cuenta.

Mientras ella recibía su apoyo y consuelo, otra mujer tenía su corazón; porque a pesar de los intentos de Lucía por borrar el fantasma de una amante permanente, todo encajaba a la perfección con lo que había sucedido desde su cumpleaños.

Roz no podía conciliar el sueño y dudaba qué actitud adoptar ante Adam. Quizás debiera fingir que no lo sabía, pero le asustaba llegar a la misma situación que Lucía. Además, era peor que Adam sólo tuviera una amante, porque eso significaba que estaba enamorado de ella.

A la mañana siguiente Roz se levantó con las mismas dudas, y además sabía que Adam volvía esa misma noche. Pasó sola todo el día, porque era el día libre de Milly y Jeannette que parecía decaída desde hacía unos días, admitió qué tenía dolor de muelas pero que odiaba ir al dentista. Roz le dio una aspirina y la mandó al médico, con la advertencia de que no se fuera hasta que la atendieran, y después le sugirió que pasara la tarde con su madre.

Roz sintió un gran alivio al quedarse sola y no tener que fingir alegría. Pero el alivio se mezcló con una sensación de confusión y tristeza intolerable. No sabía qué hacer y por más que pensaba no encontraba una solución.

Por fin decidió ir al huerto donde había plantado las hierbas con Milly y observó que la maleza crecía más de prisa que sus plantas, así que se dispuso a trabajar en el jardín.

Media hora después, acalorada y llena de tierra, alzó la vista y vio a Adam de pie, observándola.

-¡Adam! -exclamó-. ¡No te he oído llegar! ¿Llevas mucho tiempo aquí? -se puso de pie y apartó un mechón de pelo de la cara, y se dejó una mancha en la frente.

-No, sólo llevo cinco minutos. Estabas tan absorta en eso...

-Sí -se quitó los guantes y sacudió sus pantalones blancos-. No te esperaba hasta esta noche. ¡Hace mucho calor! Vamos a casa y prepararé algo fresco para beber. ¿Qué tal en Sydney?

Adam no respondió y se quedó mirándola mientras ella guardaba las herramientas. Roz titubeó un instante, antes de acercarse y alzar la cara para que él la besara.

-En Sydney hacía frío. ¿Cómo estás tú? -y le dio un beso breve.

-¡Bien! -contestó con alegría.

-¿Y dónde están Milly y Jeanette?

Roz le explicó cuando entraban en la cocina y empezó a hablar de cosas sin importancia mientras se lavaba las manos. Después preparó limonada y le preguntó a su marido si tenía hambre.

De nuevo él se quedó mirándola sin contestar, y Roz notó que estaba cansado y que en sus ojos había algo más que no pudo descifrar, algo que la asustó. Pero siguió charlando con él sin darle importancia hasta que Adam dijo que no tenía hambre.

-Vamos al estudio para estar cómodos. No es normal que tengamos toda la casa para nosotros solos, ¿verdad?

El ventilador del estudio estaba funcionando. Adam se quitó la chaqueta de su traje gris y la corbata azul marino.

Roz puso las bebidas sobre una mesa y preguntó:

-¿Pasa algo malo? ¿Prefieres una cerveza? No se me ocurrió... -

Roz no podía seguir aparentando que todo era normal y le pareció que él había tomado una decisión. Ella se llevó una mano a la boca, se forzó a mirarlo y dijo en voz baja-: Lo siento, ¿qué sucede?

-Pensé que tú podrías decírmelo. Pero pareces perfectamente normal y alegre -le lanzó una mirada sardónica.

-Adam... no comprendo -murmuró ella.

-¿No, Roz? ¿De verdad? Bien, te lo diré -se acercó y la tomó de la barbilla, mientras Roz lo miraba con ojos asombrados-. Cuando llegué de Sydney esta mañana, antes de lo previsto, me fui directamente a la oficina; allí me encontré un mensaje urgente –añadió con suavidad, pero ella se estremeció-, que decía que me pusiera en contacto con mi querida hermana Lucía.

-Ella... te lo contó.

-Mmm... De todo lo que te dijo, Roz, ¿qué te creíste?

-Yo... -sintió que se ruborizaba y no pudo continuar.

-Ella tenía razón, ¿sabes? -aceptó Adam-. Sí, me encontré con una vieja amiga en el vuelo de Tokio; también la dejé en su habitación muy tarde, por la noche y la compré un kimono.

-¡Oh, Adam! -exclamó Roz-. Yo...

-Pero en apariencia nada de eso te importa Roz -la interrumpió bruscamente-. Estabas preparándote para continuar como si nada hubiera pasado -él acarició sus labios con un dedo-. No significaba nada extraordinario para ti. Y por supuesto sé por qué -le dijo irónicamente.

-¿Lo sabes? -preguntó con voz temblorosa.

Él le sonrió con una sonrisa helada.

-Mientras puedas conservar todo esto, no te importa lo que yo haga a tus espaldas.

-¿Supongo que no hablaste de eso con Lucía?

Su boca se endureció y un resplandor de cólera iluminó sus ojos.

-No. Fue una conversación breve, y la última, durante algún tiempo. Así como ésta también va a ser la última charla que tengamos nosotros, Roz. No me conformo con ser sólo un sustituto que, a veces, llena el vacío de tu corazón, querida. Quiero todo o nada -ella gimió, pero él continuó--. ¡Oh!, has sido una buena actriz desde que te propuse que nos separáramos temporalmente y pensaste que ibas a perder todo esto...

-¡No! -exclamó ella-. No fue eso, no fue así...

-Roz, si yo supiera que tú me engañas con otro hombre es probable que hiciera cualquier locura. ¿Cómo esperas que crea que no te importa, si sientes algo por mí?

-¡No sabía cómo te sentías! Adam...

-Entonces te lo diré -dijo él con disgusto-. La primera noche en Tokio, me sentía cansado, deprimido y estaba convencido de que tú

te alejabas cada vez más de mí; entonces empecé a darme cuenta, de lo que eso significaba para mí. Pero me obligué a pensar que tú no eras la única mujer en el mundo, que, incluso en mi hotel, había otra que se me había insinuado repetidas veces y decidí aprovecharme ello.

Roz lo miró fijamente, muy pálida.

-¿Lo hiciste? -le preguntó ella.

-Traté de hacerlo -confesó secamente-. Que no lo consiguiera, no significa que no tuviera intención de hacerlo.

-¿Quiere eso decir que esa mujer no significa nada para ti?- preguntó confundida.

-Ella fue muy comprensiva conmigo, en lo que muchas no hubieran sido. Pero lo que en realidad trato de decirte...

Él se quedó callado cuando vio que las lágrimas corrían por el rostro de su mujer, pero era llanto de alivio y comprensión.

-Roz, es demasiado tarde para eso. Yo...

-Adam -lo interrumpió, enjugándose las lágrimas-. Una vez dijiste que nuestros objetivos eran opuestos, pero no como ahora ¿Me dejas que te lo explique?

Él no dijo nada, pero ella notó que no parecía tan enfadado aunque su mirada era dura y fría.

-A mí también me pasó algo. Algo que me asustó. Temía tanto enamorarme de ti, que pretendí creer que nada me afectaba. Quizá te parezca una locura, y tal vez porque sucedió cuando todo me había salido mal, me dejó una impresión mayor de la que debía -se detuvo por un momento y después le confesó la razón por la cual los Howard no la consideraban apropiada para su hijo.

-Roz, ¿por qué no me lo dijiste antes? -dijo con tono amenazador.

-Ni siquiera quería pensar en ello -admitió--. Me hacía sentirme tan mal y... de alguna manera avergonzada.

-Y por eso te casaste conmigo.

-A menudo me he preguntado lo que habría significado para casarme contigo antes de eso. ¿Te acuerdas de la primera vez que nos conocimos, cuando yo tenía catorce años? Bueno, después estuve una larga temporada soñando que estábamos juntos.

-Yo... –Adam comenzó a decir algo, pero ella continuó:

-Realmente fue algo temporal, yo creía que lo había superado pero cuando me pediste que me casara contigo me gustó lo seguro y sin complicaciones que parecía; era como una proposición de negocios, aunque dijiste que me encontrabas deseable. Por eso me casé contigo. Parecía borrar el estigma de... -su voz se quebró-, de otros hombres que me deseaban y pensaban que era... algo que yo no quería ser. Tu propuesta parecía ofrecer la seguridad, frente al

sufrimiento que padecía la señora Howard; y yo no sabía qué otra cosa podía hacer -en su voz afloraba la sinceridad-. Pero -tragó saliva-, de manera inconsciente, traté de mantener el matrimonio seguro y si complicaciones. Tampoco me di cuenta de que lo que había sucedido con el señor Howard había afectado el concepto que yo tenía de mí misma, y me había hecho intentar borrar cualquier semejanza con el tipo de... mujer que él suponía que yo era -se detuvo y se llevó una mano a la cara-. Estaba muy confundida, y empecé a entenderlo todo la noche que me llamaste desde Tokio.

-Continúa -le pidió Adam en voz baja.

Roz bajó la mano e irguió los hombros.

-Esa llamada acentuó el miedo que tenía desde que sugeriste que nos separáramos temporalmente. Esas dos cosas juntas provocaron el cambio, Adam -lo miró-. No puedo negarlo. Pero me hicieron comprender que me había enamorado de ti, aunque había luchado contra ello, porque tenía miedo de cómo me sentía. También recordaba que el amor no era parte de tu plan...

Él la miraba sin hacer ningún gesto.

-Tampoco yo había planeado que al imaginarte en los brazos de una encantadora *geisha,* iba a morirme de celos -le confesó ella.

-Yo te dije... tú me dijiste, Roz...

-Lo sé -sonrió ella con tristeza-. De cualquier modo así fue. Y aun si me equivoco...

-Tienes un buen argumento.

-Sabía que sólo debía culparme a mí misma -continuó ella mirándose las manos-. Creías que no me había importado lo que me contó Lucía, pero no fue así. Decidí hacerle frente y luchar por ti de la única forma que se me ocurrió, luchar por tu amor con mi cuerpo. Y eso es algo que nunca creí poder hacer.

-¡Podrías habérmelo dicho!

-No podía probarlo como tampoco puedo hacerlo ahora. Sólo te diré que todo esto no significa nada para mí, excepto por los demás, por Milly, Jeanette, tu madre, todos. Han llegado a significar mucho para mí. Pero aun a ellas las hubiera cambiado por la posibilidad de darte un hijo. Sólo puedo decirte... -comenzó a llorar, y salió de la habitación.

Roz corría por el jardín cuando Adam la alcanzó; trató de seguir huyendo y luchó por evadirse de sus brazos, pero al final, dejó de resistirse y se apoyó en el tronco de un árbol.

Adam notó su expresión de pánico y la estrechó con más fuerza mientras ella se movía con inquietud.

-Roz, quería decir que tenías que haberme contado lo del padre de Mike. Porque hubiera sido la noticia mejor de mi vida.

-¡Pero fue tan terrible!

-Terrible para ti, estoy de acuerdo -dijo él-, pero lo peor de todo ha sido guardártelo. Lo que me consuela es que eso significa que no te hice daño con mis estúpidas ideas sobre el amor; por eso digo que hubiera sido una buena noticia.

Ella abrió la boca, pero no podía hablar. Él continuó.

-Roz, te juro que la única razón por la que propuse una separación fue porque estaba desesperado y porque te encontraba cada vez más nerviosa, tanto que ya empezaba a afectarte físicamente.

-¡Pero, Adam! -los labios le temblaban-, ¡Podías habérmelo dicho!

-Por desgracia -dijo él con tono de burla-, era lo último que podía hacer. ¿Recuerdas que una vez me dijiste que a pesar de todo mi cinismo yo estaba empeñado en que te enamoraras de mí?

Roz asintió.

-Tenías razón, pero era porque yo me había enamorado de ti. Fue entonces cuando pensé que la única oportunidad que tenía de ganar tu amor era separándome un poco de ti. Pero también sabía que no podía decírtelo -dijo con una sonrisa-. Fue casi un milagro que yo admitiera estar enamorado de ti y aun así trataba de negarlo. Hasta que me convencí de que tú también podrías amarme.

-En cambio, a mí me daba la impresión de que tú me odiabas más que otra cosa -dijo Roz-. Aunque comencé a tener esperanza cuando me confiaste tus sentimientos respecto a Louise. Pero también, a ratos, me parecías muy distante, como si me estuvieras contando todo aquello por cortesía. Así que cuando Lucía me dijo lo de Tokio todo pareció encajar a la perfección: creía que tú te habías enamorado de alguien, pero no sabía qué hacer conmigo. Y hoy, no sabía qué hacer, cómo actuar; supongo que me porté así porque estaba asustada...

-Roz -suspiró él-, si te pareció que estaba distante a ratos, fue porque ver a Louise... no, espera -dijo él con suavidad al sentir que ella se ponía tensa-, déjame explicarte. Al ver a Louise comprendí que mi orgullo me estaba conduciendo a otra trampa. Y además me sentía culpable por lo de Tokio.

Ella se movió entre sus brazos.

-Si las cosas pasaron como me has contado -murmuró ella-, no está tan clara cuál era tu intención en Tokio, Adam.

Después de un rato él le preguntó:

-¿Te gustaría ver la sorpresa que te traje de Japón?

-¿Ya ha llegado? -dijo ella con interés.

-Pensé que se te había olvidado -dijo y la besó de nuevo con suavidad.

-Yo pensé que se te había olvidado a ti -confesó Roz.

-Ven a verla ahora -la invitó, tomándola de la mano-. Y comprenderás porqué no sabía qué hacer con ella.

-¡Oh, Adam! - exclamó ella unos minutos después cuando abrió el paquete.

-Esto, según me explicaron -dijo él con seriedad-, es un *koshimaki* tradicional, y se usa alrededor de la cintura en vez de ropa interior. Y éste es como un fondo... -dijo acariciando la seda del kimono.

-¡Oh, Adam! -dijo Roz de nuevo-, ¡Lo compraste para mí!

-Sí, pero con ayuda -la miró.

-Comprendo -dijo ella rápidamente.

-¿De verdad, Roz? Después del desastre de la noche y de explicarle algunas cosas, ella me dijo que tú debías ser muy especial y que quería ayudarme a escoger algo digno de ti. Pero... -él se detuvo.

-¿Entonces no te atrevías a dármelo porque te recordaba...?

-Algo así, me sentía culpable.

-¿Puedo ponérmelo? Me muero de ganas, pero antes tengo que quitarme esta ropa y...

-Yo te ayudo.

-Y también voy a darme una ducha, porque estoy...

-También te ayudo -dijo Adam con seriedad-. Me daré una ducha contigo. Tienes unas ideas muy brillantes, a veces.

-Yo no... -ella se ruborizó y sus labios temblaron un poco.

-¿No fue la misma idea que tuviste acerca de la mesa del comedor? ¡Qué lástima! -dijo Adam con suavidad y esbozando una sonrisa.

-Nunca vas a dejarme que olvide eso, ¿verdad? –murmuró Roz.

-¿Quieres que lo haga?

-No. Te amo, amo la forma en que me abrazas, y me encanta la idea de hacerlo bajo la ducha...

Horas más tarde, tendidos sobre la cama, Roz se movió entre sus brazos y le preguntó:

-Adam, ¿y si no podemos tener hijos?

-Sabremos superado -murmuró él .- Pero hemos pasado juntos tantas cosas... Quizás ahora puedas sentirte tranquila y contenta y... no te sorprendas si los tenemos... ¿Te gustaría hacer una apuesta.

-No -respondió con una sonrisa-. ¡Tengo la sensación de que siempre ganas tus apuestas! Te quiero... parece que no puedo dejar de decirlo.

-Ni siquiera lo intentes, porque... -hizo una pausa, luego se sentó mientras exclamaba-. ¡Diablos! He oído el motor de un coche. ¿Estás esperando a alguien?

-No.

Él se levantó y fue hacia la ventana, luego maldijo de nuevo.

-Debí haberlo sospechado -añadió con amargura.

-¿Quién es?

-Mamá y Lucía. Vienen a tratar de aliviar la herida, seguro. No conozco a nadie que tenga una familia tan molesta y entrometida como ésta...

-Adam -le dijo ella-, tú no lo comprendes…

-Voy a decirles -terminó, sentándose a su lado-, que se alejen, por lo menos durante seis meses.

-Pero hay algo...

Él la abrazó de una manera que le impidió hablar. La besó con pasión, y Roz olvidó lo que iba a decir.

Luego Adam separó sus labios de la boca de su mujer y dijo:

-Les diré que todo va bien y que nada volverá a interponerse entre mi *geisha* y yo.